



AÑO 9.º

NUM. 108.

LA
ESPAÑA MODERNA

Director: JOSE LAZARO

DICIEMBRE 1897

MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO,

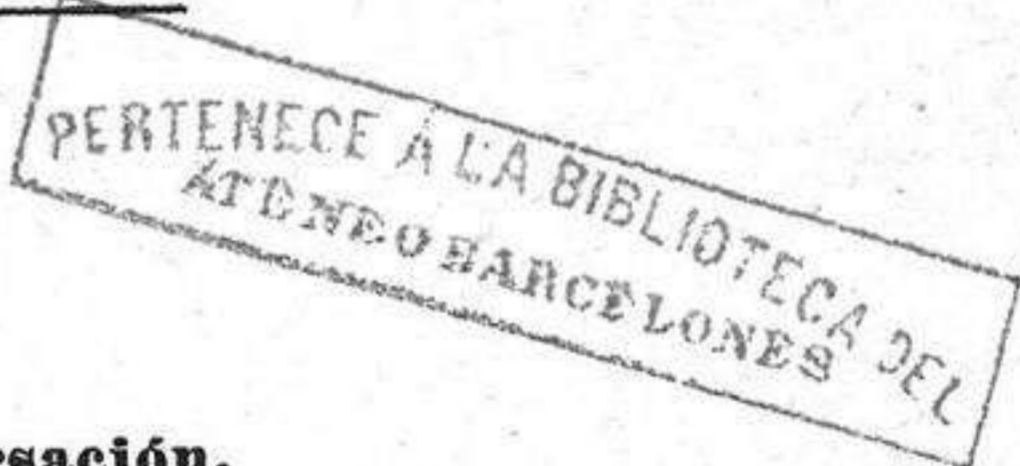
Calle de Blasco de Garay, núm. 9.

Teléfono 3.145.

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.

EL SILENCIO

(NOVELA).



Una conversación.

Alberto Portal, el tan conocido pintor, habíanos invitado á Santiago D*** y á mí para que fuésemos á ver su último lienzo, que iba á remitir á América. Santiago D*** es mi más antiguo compañero en letras; pero existe entre nosotros un lazo mucho más fuerte que el vínculo profesional: una amistad firme, constituída por mútua estimación, esfuerzos comunes, recíproca ayuda en horas difíciles, simpatías y gustos semejantes. En los asuntos en que es preciso entenderse para ser amigos íntimos, nuestros pareceres concuerdan casi siempre; en las cosas de la vida, admiro su rectitud, la seguridad de su juicio, su energía, que nada perjudican para que tenga una sensibilidad ardiente y dulce á la vez, una delicadeza enteramente femenina. Los que sólo por sus escritos le conozcan no pueden de ningún modo sospechar lo que es; porque siempre se ha dedicado á trabajos eruditos, más bien áridos, exactos, minuciosos, impersonales, en los que desaparece él mismo, como si temiera que la literatura de imaginación, para la cual es maravillosamente apto, desarrollase en él ciertas virtuali-

dades, ciertos gérmenes que reprime por diputarlos peligrosos. En cuanto á Portal, cuyo elogio como artista sería superfluo, es ante todo un hombre de mundo, muy frecuentador de los círculos elegantes, un poco *snob*, socio de varios casinos, excelente *sportsman*. Esto equivale á decir que nuestras relaciones con él, bastante poco seguidas, son por completo accidentales.

Habíamos pagado nuestro tributo de alabanzas á su cuadro, así como á unos hermosos estudios que nos enseñó. Fumábamos axcelentes cigarrillos, medio tendidos en un diván oriental, delante de una botella de Jerez.

Poco á poco cambió el giro de nuestra conversación, que versaba sobre cuestiones de arte. Empezamos á hablar de diversas personalidades muy visibles, cuya historia anecdótica conocía Portal á fondo, y, por último, de un escándalo reciente: la estrepitosa ruptura de unas relaciones, que desde mucho tiempo antes nada tenían de misteriosas, entre un caballero casado y una señora de las más encopetadas. Portal nos dió á conocer todos los detalles del asunto con tanta precisión, que hubiera podido creerse si habría desempeñado algún papel en el mismo. Con los ojos entornados, despidiendo bocanadas de humo en espiral hacia el dosel de telas bordadas que corona su diván, parecía gozarse en su propio relato y con nuestra atención sostenida. Por lo demás, removía esas tristezas sin que pareciese afectarle ni aun la sombra de ellas, con el mismo tono que hubiera empleado para explicar las interioridades de una carrera de caballos ó las peripecias de un *match*. Cuando ya no tuvo nada más que referir, juzgó las cosas de este modo:

—Ya ven ustedes que, en resumen, eso ha ocurrido más correctamente de lo que pudiera creerse por el escándalo que con ello se ha armado.

Como nosotros nada respondiésemos, añadió:

—Una vez descubierta una intriga, debe cesar, ¿no es así?.....

Tuve la debilidad de murmurar:

—Sin duda..... Siempre acontece eso.....

Santiago D*** me echó una mirada acusadora y preguntó:

—Pero, acabemos; ¿son fundados los rumores que corren acerca de la señora X***? ¿Es cierto que está?.....

Interrumpióse dos segundos y prosiguió:

—..... ¿Que está gravemente enferma?

—Loca, loca querrá decir usted, —rectificó Portal. —Creo que se exagera..... Las personas mejor informadas hablan de un ligero extravío del espíritu, pero afirmase que se repondrá..... En todo caso, el hecho es que ha tomado las cosas muy por lo trágico.....

—¿Y el amante?—pregunté.

—¡Oh, ese!—dijo Portal, con un gesto significativo.—Lo que es él no perderá por eso la cabeza, respondo á ustedes de ello. Sin duda le ha fastidiado mucho, muchísimo..... Siempre son desagradables esas aventuras..... Pero, ¿qué querían ustedes que hiciese?..... Una mujer que engaña á su marido ya sabe á lo que se expone: ha de procurar no ser descubierta. ¡Esta señora fué desde el principio tan imprudente!.....

A lo cual repliqué yo:

—Porque amaba de veras, sin duda.....

—Ese fué su yerro,—declaró victoriosamente Portal.—Nunca se debe amar de veras, pues entonces ya no se ve claro.

Santiago D*** se agitaba desde hacía un momento. No pudo contenerse más y estalló:

—¿Saben ustedes lo que me extraña en historias como esa? Pues bien: la pequeñez de alma y la vulgaridad de sentimientos que revelan..... en el hombre, por supuesto. La mujer ha sufrido; á ella la dispenso..... Pero su amante es un bruto.....

Portal abrió los ojos con extrañeza y preguntó:

—¿Por qué? Haga usted el favor de decírmelo.

Mi buen amigo continuó, arrastrado por su afición á moralizar:

—Demos de lado á la anécdota que acaba usted de contar-nos; no es más ni menos significativa que otras muchas. Veamos cómo pasan las cosas en las nueve décimas de los casos parecidos. Porque esas historias de adulterio son siempre casi iguales.....

—Para los espectadores, no para los protagonistas,—dijo Portal.

Santiago, sin contestar á la interrupción, prosiguió:

—Un hombre y una mujer á quienes separan las circunstancias, los deberes, la vida entera social, préndanse uno de otro. Admito que sean de una virtud media: no se rinden al primer grito de su deseo, sino que luchan y resisten.

Portal interrumpió otra vez:

—Más ó menos.

—Conformes; más ó menos, pero siempre un poco—repetió D***.—Con tal de que eso no sea ya para ellos una costumbre, en cuyo caso no me interesan. Así, pues, resisten algún tiempo. Luego sucumben, porque nunca se ha amado nadie como ellos, porque..... En resumen, por toda clase de buenas razones. Está muy bien..... Por poderosa que sea su pasión, hallan el medio de conciliarla con las exigencias de su vida, regular al parecer, y que no querrían sacrificar. ¡Eso no! Y se dedican de incógnito al perfecto amor durante cierto número de semanas, de meses ó de años.

El insoportable Portal volvió á interrumpir con tono escéptico:

—¡Oh!..... ¡De años!.....

—Nada supone el tiempo—dijo Santiago con un gesto de impaciencia.—Al principio se miran como víctimas del orden social, que es injusto y tiránico, ya se comprende; buscan excusas y las encuentran. Llega después un momento en que ya no las necesitan; practican con plena seguridad la mentira, el disimulo, la hipocresía. Entonces todo se echa á perder. Sobreviene cualquier incidente, una carta extraviada, un embuste sorprendido, una cita torpe, y se descubre su trapisonda.

¿Imaginan ustedes que va á ocurrir algún drama? ¡De ningún modo! Algunas escenas de comedia, y nada más. Entran las explicaciones. El cónyuge engañado, marido ó mujer, reclama sus derechos, se agita, amenaza; vense apuntar los tribunales, el divorcio, el escándalo. Pero en ese momento, descubren de pronto los amantes que el matrimonio es sagrado; que alguno de los dos tiene hijos cuyo porvenir no debe comprometerse; que los vínculos que les unen con el cónyuge respectivo son más sólidos de lo que sospechaban; que el cocido de familia es un alimento más sano y más indispensable, ya que no más nutritivo y agradable que la caza manida..... Y se separan. ¡Buenos días, buenas noches! Acabóse todo, no hablemos más de ello.....

—Es verdad—dijo Portal;—ese es el curso ordinario de tales asuntos. Pero ¿no es también el mejor desenlace que pueden tener?

—Pues bien—continuó Santiago;—tengo la candidez de parecerme eso miserable..... Sí, me imagino que cuando se ha amado lo suficiente para olvidar..... sus deberes (permítanme ustedes que emplee esta antigua palabra en desuso), debieran aceptarse todas las consecuencias de ese olvido. Aún voy más lejos: imagino que si el amor no tiene ya la frescura y el imperio de los primeros tiempos, todavía debiera sacrificarse todo lo demás en aras de él por el bien parecer, por dignidad, por respeto de sí mismo.

Al oír esto Portal, no pudo menos de reírse y exclamó:

—Mi querido amigo, pero ¿de dónde sale usted?..... Ya no estamos en los tiempos del romanticismo..... Y luego, ¡vaya una moral!..... Vamos, ¿qué sería de la sociedad si se pensara como usted?..... Al más pequeño rasguño hecho con un cortaplumas en el contrato, sería preciso destruir todas sus cláusulas.....

—¡Ah, la sociedad!..... ¡Peor para ella!—respondió Santiago.—La sociedad sigue siempre su curso, bien ó mal, y acontezca lo que quiera. Por otra parte, el individuo me inte-

resa mucho más que la sociedad. Me agrada verle desarrollarse noblemente fuera de lo convencional y de los prejuicios. Ó el amor es un crimen y no debe amarse, ó es lo más hermoso que hay en la vida, y tiene derecho á los sacrificios necesarios.

Portal alzó los brazos y dijo:

—¡Dios mío, qué lógica!..... ¡No le conocía á usted bajo ese aspecto, querido!..... ¡Es usted un nihilista, un anarquista, un hombre peligrosísimo!..... Yo tomo las cosas con mayor sencillez..... Me parece muy bien eso de tomarse y dejarse con facilidad..... Creo que es una gran fortuna que la inmensa mayoría de nuestros contemporáneos juzgue en eso como yo. ¿Qué digo la mayoría?..... ¡La totalidad, querido, la totalidad!..... Diez, quince, veinte historias puedo referir á ustedes como la que acabo de contarles..... Usted apenas podría citar-me una que se desenlace según su corazón..... á menos quizá de ir á buscarla en la *Gaceta de los Tribunales*.

Santiago D*** meneó la cabeza, diciendo:

—Es verdad, y lo siento por los hombres de nuestro tiempo. Sin embargo.....

Interrumpióse, pareció reflexionar un instante y prosiguió:

—Sin embargo, si ustedes quieren, voy á contarles una que difiere de esas un poco..... Por ser más rara, paréceme que tiene tanto significado..... Les demostraré á ustedes, si la escuchan, que el alma contemporánea aún es capaz de alguna exaltación..... Tal vez nos codeamos con muchas parecidas..... Pero no se conocen ó se olvidan, porque son de las que sólo se desarrollan en silencio. Una pura casualidad me ha revelado ésta. ¿Quieren ustedes oirla?

—¡Diga usted!—exclamó Portal, ofreciéndonos otros pitillos.

Santiago D*** nos hizo entonces el relato que va á leerse, tal como he podido reconstituirlo.

HASTA EL FINAL DE LA CULPA

I

PRELUDIO

Durante el verano de 188..., tuve que pasar varias semanas en Weimar. Como entonces me ocupaba de Goethe, tenía interés en consultar ciertos documentos que no hubiera podido encontrar en otra parte, y á la vez vivir en la atmósfera donde vivió el grande hombre; parecíame que así llegaría á comprender más de cerca los secretos de su corazón ó los de su pensamiento. El resultado de aquella experiencia fué que en poco tiempo perdí muchas de mis ilusiones acerca de él. Sin embargo, una me quedó: admiré cómo aquel hombre, que por todos conceptos es uno de los precursores del siglo XIX, perteneció siempre al siglo XVIII en todo lo que atañe á la idea y á la práctica de la vida. Hasta el fin, á pesar de haber escrito *Werther* y leído *René*, siguió perteneciendo á aquella linda época que tan bien supo saborear la existencia. Pocos hombres tuvieron más robusto propósito de ser felices; así, siendo el amo de Weimar, rehizo, acomodó, dispuso con pasmosa habilidad su pequeña residencia con la mira puesta en el bienestar, en el placer y en el atractivo. Parece que lleva impreso su sello: todo cuanto allí se ve, el castillo, el parque, el teatro, despierta la idea de una existencia fácil, armoniosa y dulce. Hasta me parece una canción alegre el ligero murmullo

de aquel riachuelo del Ilm, cuyas pardas aguas corren bajo las umbrías espesas de hermosos árboles viejos.

Esa disposición tan estudiada, ese carácter artificial de la pequeña ciudad me desagradaron: hartas tempestades han pasado sobre el mundo, para que aún pueda gustarnos mucho el «*olimpismo*» del gran egoísta. Me cargaba el verle exhibido en todas partes, con apacible indiferencia, como si aún estuviésemos en los buenos tiempos *rococo* de Carlos Augusto, de la duquesa madre y de la señora de Stein. Los personajes de la historia de Goethe, cuyos retratos eran mi continua pesadilla, se me hicieron tan antipáticos como el mismo protagonista. Teníales tirria por haber sido demasiado felices; de buena gana los hubiera abandonado de vez en cuando para irme á vagar sin objeto por los bosques de Thuringia, si no me hubiese corrido prisa acabar el trabajo que me retenía en Weimar.

Estaba aposentado en la fonda del *Príncipe Heredero*, esquina á la plaza del Mercado, el sitio menos muerto de la ciudad: era un caserón patriarcal, donde se está alojado con limpieza y se come regular. Pero las comidas, muy largas y copiosas, me parecían mustias en un vasto comedor adornado con grandes bustos en yeso de los fundadores del Imperio, pequeños bustos de Goethe y de Schiller, inevitables como el destino, y otros bustos más (también de yeso) de los más populares entre los soberanos del país. Veía desfilas por allá viajeros con su *Guía-Bædeker*, que estaban un día ó dos, visitaban las curiosidades de la comarca y desaparecían. Fuera de algunas insignificantes frases cruzadas acá y allá con esos compañeros por azar, veíame reducido á mi propia compañía, que nunca me ha sido muy grata.

Al cabo de una decena de llevar esa monótona existencia, comenzaba á pesarme la soledad, cuando entré en relaciones con un joven profesor alemán, el doctor Cristián Hort, á quien constantemente encontraba en el Museo de Goethe. Comenzamos por un cambio de reflexiones ante uno de los innumera-

bles retratos de Cristiana. Opiné que con su cara despierta, sus hermosos labios sensuales, sus grandes ojos cándidos y el buen humor de su cara rechoncha, la mujer legítima de Goethe es, en suma, la más simpática en la galería de sus amadas. El doctor Hort no era de mi parecer: sentía debilidad por Bettina, de la cual prefería la mirada revoltosa y el aire picaresco. ¡Cuestión de gusto! Sea como fuere, esta discusión sirvió de punto de partida para algunas otras. Como las salas del Museo de Goethe, con los suboficiales que las guardan y el silencio respetuoso que en ellas reina, no eran á propósito para nuestras conversaciones, acabamos por ir á continuarlas en el parque. Pues bien; un día que pasábamos charlando por delante de una de esas casitas de campo cercadas y rodeadas de árboles que hay próximas á él, ví salir de allí una pareja que me llamó la atención. La mujer, muy buena moza, muy esbelta, era de una elegancia enteramente inesperada en Weimar, realzada aun más por la nobleza de su porte y la armonía de sus movimientos; llevaba un velete espeso, que me impidió ver su rostro. En cuanto al hombre, era de notable hermosura: regulares y bien perfiladas las facciones, mate la tez, contrastando con el bigote muy negro, tranquilo el aire y firme el andar. Iban sin mirar nada, indiferentes, con altivez, al paisaje que por casualidad los circuía, absortos ambos en una cosa invisible que pasaba en el fondo de ellos mismos. Seguía-les yo con la vista, y me dijo mi acompañante:

—Son franceses.

—¿Cómo es eso?—exclamé, sorprendido de hallar franceses domiciliados en una pequeña ciudad alemana.

—Sí— prosiguió el doctor Hort — franceses. Llevan aquí dos años, según me han dicho.

—¿Qué hacen?

—No se sabe. Salen raras veces. La mujer siempre va con velo, como hoy. Unas diez veces la he encontrado y nunca he visto sus facciones. Por lo demás, no conocen á nadie, no ven á nadie, no hablan con nadie.

—¿Un misterio, entonces?

—De ellos no se conoce nada más que el nombre; y hasta se duda de que sea auténtico.

—¿Cómo se llaman?

—De Sourbelles.

Tuve que hacerle repetir dos ó tres veces este apellido, estropeado por él.

—¿De Sourbelles?.... —repetí yo. — Me parece que me suena.

En efecto, había oído en alguna parte ese nombre, pero en vano intenté poner en claro mis recuerdos.

—Preténdese que hay un drama en su pasado,—prosiguió el doctor Hort.—Por lo demás, no se sabe á ciencia cierta de qué se trata. Unos dicen que no están casados; otros, que han venido aquí después de un grave escándalo. En la ciudad se ocupan mucho de ellos. Pero como su servidumbre no habla, sólo es posible hacer conjeturas.

Aún más que esas noticias incompletas excitó mi curiosidad la verdaderamente fuertísima impresión que la desconocida pareja me produjo en su rápido paso. Volví, pues, á pasearme por los alrededores de la casa de campo. En vano; con las ventanas grises medio cerradas, las paredes de color de ladrillo; los árboles que la escondían, la brionía que trepaba por los balcones y el silencio que reinaba allí, parecíame cada vez más misteriosa. En cuanto á sus moradores, no volví á encontrarlos: ningún signo exterior manifestaba su existencia. Sólo dos ó tres veces vi aparecer en una ventana la cabeza de una doncella de labor, con un gorrito puesto, mientras abría ó cerraba las maderas con rápido ademán. De vez en cuando, el doctor Hort, que estaba enterado al dedillo de los chismes y cuentos de la ciudad, me ponía al corriente de sus dichos y hechos. Pero esos informes eran poco decisivos: nunca versaban sino acerca de una compra hecha en cualquiera tienda, una expedición á Eisenach ó á Cobourg, una asistencia al teatro en el fondo de un palco, ú otros incidentes de tan poca

importancia. Cuanto menos conseguía saber mi nuevo amigo acerca de los misteriosos extranjeros, tanto más le preocupaban.

—Muy pronto tengo que irme—me decía—¡y no sabré nada de esa gente!....

Y agregaba, melancólico:

—¿Por qué será más fácil adquirir noticias acerca de los muertos que acerca de los vivos? Conozco á la señora de Stein como si la viese á diario. Sé el matiz exacto de sus cabellos, la hora de sus comidas, lo que pensaba respecto á todas las cosas, cómo vestía, etc., etc. ¡Y nunca he podido ver la punta de la nariz á la señora de Sourbelles!

—Por eso—le respondí—vale más escribir historia que novela.

Pues bien; cierto día, al entrar yo en el comedor de la fonda tuve la sorpresa de reconocer junto á mi sitio de costumbre el fino perfil del señor de Sourbelles. Acababa de comer la sopa y parecía contemplar con suma atención el busto del duque reinante, que estaba enfrente de él. Le dirigí la palabra en francés: miróme con extrañeza y me respondió, pero sin dejar que se entablase una conversación. Creyendo que estaba resuelto á encerrarse en el mutismo, no insistí; de suerte que la comida prosiguió en silencio. Al levantarnos de la mesa, no cruzamos más que un ligero saludo. Al siguiente día, contra lo que era de esperar, él fué quien rompió el hielo; púsose á hablar y habló mucho, como una persona que desde largo tiempo atrás no ha hecho uso de su lengua materna, que oye con gozo el sonido de su propia voz y presta de pronto desproporcionado interés á mil cosas indiferentes. En seguida reconocí que era hombre de entendimiento y de letras, de carácter abierto y excelente educación; que tenía ideas originales é inesperadas y gustaba de exponerlas. Pero no hablaba sino de cosas y nunca de sí mismo. Después de haber comido juntos varias veces, después de algunos paseos propuestos por él, después de dos ó tres veladas que pasamos en uno de esos

jardines de conciertos donde se mata el tiempo sin mucho trabajo, gracias á la cerveza y los cigarros, mientras una banda militar toca overturas de Wagner, habíamos desflorado casi todos los asuntos en que se complacen las personas ilustradas. Conocía las opiniones políticas y religiosas de mi compañero casual, sus gustos literarios, sus preferencias artísticas, sus juicios acerca de la Alemania moderna, el Emperador, el Reichstag, los socialistas; pero no sabía lo que hacía él en Weimar, ni si hacía allí algo, ni de dónde había venido; es decir, absolutamente nada de lo que le concerniese. Ni una palabra que pudiera servirme de indicio, ni ayudarme á abrigar alguna suposición. Como me quejase del aspecto artificial de Weimar, se le escapó esta exclamación:

—Sí, es una ciudad aburrida y monótona....

Adivinó sin duda la indiscreta pregunta que tuve en la punta de la lengua:—Si eso le parece á usted, ¿por qué vive usted aquí?—puesto que tras una breve vacilación, añadió:

—Pero, ¿qué quiere usted? Aún vale más que otras muchas ciudades alemanas.... No es excesivamente prusiana.... Y se está casi seguro de no encontrar aquí compatriotas conocidos...

Esta última frase excitó mi imaginación, que se puso á trabajar sobre este tema apenas bosquejado: me dije que el señor de Sourbelles había ido á fijarse en Weimar, sin duda para estar completamente solo, al abrigo de esos fastidiosos que se encuentran en todos los sitios de veraneo á la moda, y que para ello tendría razones que probablemente ignoraría yo siempre. Por otra parte, mi curiosidad menguaba conforme iba en aumento la simpatía que me inspiraba. Hubiera concluído por resignarme á tomarle tal como era, con su delicado ingenio melancólico y su aguda inteligencia algo paradógica, felicitándome de haberle conocido y sin preocuparme de su pasado más que del doctor Hort ú otro cualquiera..., cuando un día, después de tomar juntos el café, me dijo bruscamente:

—Debo advertir á usted, caballero, que hoy nos reunimos por última vez.

—¿Cómo es eso?—exclamé.—¿Se marcha usted?.....

Apartó de mí la vista y me respondió con un tono que se esforzaba en hacer indiferente:

—No, no me marchó..... La señora de Sourbelles estaba ausente; estará de regreso esta noche..... Vine al *Príncipe Heredero* para huir de mi soledad..... Ahora, se acabó: vuelvo á mi casa de campo, á reanudar mi vida habitual.....

Buenas ganas me dieron de preguntarle por qué el regreso de su mujer había de interrumpir por completo nuestras relaciones; sin embargo, reprimí la pregunta que la sorpresa iba á arrancarme.

Esperaba alguna explicación y no me dió ninguna. Confieso que me quedé resentido, con tanto mayor motivo cuanto que había hecho todo lo posible por agradarle; y estaba resuelto á separarme de él con frialdad. Pero estuvo tan afable y tan simpático en todo lo que me dijo después, mostró un pesar tan evidente en su último apretón de manos, que me fué imposible ocultarle que por mi parte sentía mucho perder su trato; de suerte que nuestra despedida fué positivamente amistosa.

—¡Esto es rarísimo, más extraño que todo lo demás!—pensé.—Ha parecido gustar de mi compañía; somos extranjeros ambos, compatriotas; estamos perdidos en una ciudad que no nos agrada, entre estos *gæthólatras* cuyo fetiquismo nos irrita los nervios: ¿qué puede impedirle invitarme á ir á su casa ó por lo menos venir de vez en cuando á buscarme á la fonda?

Como aún tuviese que pasar algunos días en Weimar, volví á frecuentar el trato del doctor Hort, á quien tenía un tanto abandonado y que no lo tomó á mal.

El bueno del sabio continuaba yendo al museo de Goethe, pero se modificaban sus gustos: el rostro ajado de Bettina había concluído por fatigarle y se prendaba con vivísimo sentimiento de la despeluznada Maximiliana, de la cual se puso á hablarme con exuberancia.

—Es usted romántico de imaginación,—le dije bromeando. Defendióse lo mejor que pudo, explicándose así:

E. M.—*Diciembre 1897.*

—No crea usted que me guste Maximiliana á causa de sus mal peinados cabellos, sino porque fué desventurada. ¡Esa sí que era de imaginación romántica, como dice usted! Su imaginación dió un colorido dramático, que no me disgusta, al abandono de Goethe.

—Vulgar historia, por lo menos en cuanto á Goethe—respondí.—Por lo demás, vuestro grande hombre nunca tuvo sino sentimientos muy medianos: es de los que no saben amar á nadie sino á sí mismos. Le tengo mala voluntad, desde que estoy estudiándole. Las que engañó (y engañaba á cuantas le amaron) valían más que él.

Me esperaba algunas protestas; porque los *goethólogos*, en general, no admiten que se toque á su ídolo. El doctor Hort se limitó á menear su bondadosa cabezota rubia, respondiendo, con un relámpago en sus ojos pensativos:

—¿Acaso la mujer no es siempre en estas cosas superior al hombre?..... Siempre es ella quien sufre ante todo..... Y, ¿por qué no he de confesárselo?: siento una simpatía y una curiosidad infinitas por su sufrimiento.....

Ibamos por el parque hablando de esta manera. Llegábamos precisamente á la vista de la casita de ladrillo de Sourbelles, cerrada y silenciosa como de costumbre. Hort apuntó á ella con el bastón, continuando:

—Así, mire usted, daría mucho, muchísimo, por saber lo que ocurre allí dentro. Porque ahí pasa algo, estoy seguro de ello..... Y como siempre, cuando ocurre algo entre un hombre y una mujer, la mujer es la víctima.

Después de un suspiro, prosiguió:

—¡Qué suerte tiene usted, de haber podido hablar con el señor de Sourbelles!.....

—¡Oh!—respondí, encogiéndome de hombros.—¡Para lo que me ha dicho!.....

—No importa; á lo menos ha oído usted el metal de su voz, ha recibido usted una impresión directa de él, está usted en condiciones para comprender algo de su carácter ó de su vida.

—Todo lo que sé es que no produce la impresión de un hombre feliz..... ni la de un verdugo, se lo afirmo á usted.

—¿No le ha dicho nada de ella....., de su misteriosa compañera?..... ¿Por qué se tapa siempre la cara?..... ¿Por qué se ha ausentado?..... ¿Por qué ha vuelto?..... Bien sé que nada de eso me atañe, pero por lo mismo me interesa más.

Había un no sé qué de cómico en esta curiosidad candorosa, harto benévola para producir desagrado y también incapaz de indiscreción.

—Pues bien, consuéllese usted—dije al bueno del sabio.— Es probable que sus desconocidos amigos se marchen un día ú otro, como han llegado. Entonces, además de los otros «por qué», se preguntará usted: ¿por qué se han ido? Después, ya no pensará usted más en ello. Así va el mundo. Pasamos junto á muchos misterios; no sabemos casi nada de nuestro prójimo; lo cual no nos impide juzgarle, si llega el caso. ¡Vaya! más vale ocuparnos de nosotros mismos ó de las hermosas mujeres, fallecidas cien años ha, que tuvieron la suerte de excitar la fantasía de vuestro Goethe.

Pasó tiempo, el verano tocaba á su fin, las hojas de los vistosos árboles del parque empezaban á amarillear; y, avanzando mi trabajo, veía aproximarse el momento de partir. Confieso que no dejaba de agradarme: había aspirado más aire goethiano del que mis pulmones pueden soportar, y sentíame harto de aquella pícara pequeña ciudad, que parece un anacronismo, tan fuera de lugar en la actual Alemania como un tricornio en la cabeza de un general prusiano. Por tanto, no imaginaba que hubiera de volver á reunirme con el señor de Sourbelles, ni saber nada de él.

Pero una mañana, á mi regreso á la fonda para comer, ví delante de ella al doctor Hort visiblemente emocionado. Pareció tan sorprendido de mi tranquilidad, como yo lo estaba de su agitación.

—Conque, ¿no sabe usted nada?—me preguntó.

—¡No! ¿Qué hay?

—¿Es posible?..... ¡Si no se habla de otra cosa desde hace algunas horas.....! ¡La señora de Sourbelles ha muerto.....!

Y añadió, bajando la voz:

—¡Hasta se dice que se ha envenenado.....!

En seguida corrió á hablar con el repostero principal, que paseaba por el vestíbulo, y de quien pensaba que tendría noticias. El repostero contó cuanto sabía: que el comisario de policía había hecho una visita, que era activa la correspondencia telegráfica entre Weimar y París, que estaba probado el suicidio, que la difunta empleó el arsénico y había sufrido mucho, y que el cadáver sería trasladado probablemente á Francia.

—¿Y el marido?—pregunté.

Las más contradictorias habladurías circulaban acerca del estado de ánimo del señor de Sourbelles: según unos, estaba lleno de desesperación; otros repetían que él tuvo la culpa de ese trágico desenlace; en los primeros momentos, algunos hasta habían aventurado la hipótesis de un crimen. Al hablar de él, el repostero lo hacía con una sonrisa casi desdeñosa, con ese aire hostil que suele manifestarse contra las personas á quienes no se comprende.

Sentí entonces inmensa compasión por ese pobre hombre, abandonado, rodeado de desconfianzas, que debía de sufrir horriblemente con uno de esos dolores condenados á devorarse en silencio, sin que nada los alivie. Me le representé encerrado en su casa, á solas con la muerta, con sus recuerdos, con sus reflexiones, con sus remordimientos quizá..... Me dije que una voz humana le haría bien; y que, después de todo, siendo compatriotas, era yo la única persona de quien pudiera esperar algún auxilio. Sin embargo, no me atreví á visitarle; me limité á escribir cuatro líneas en una tarjeta, para expresarle mis simpatías y ponerme á su disposición eventualmente, enviándosela con un mozo de la fonda. Unos instantes después recibí la respuesta: el señor de Sourbelles me rogaba que fuese á verle. Accedí en el acto á su invitación.

La casa tenía ese aire desolado de las mansiones donde penetra la muerte. Por conmovido que yo estuviese, no pude menos de observar su aspecto. Debía de estar amueblada según el antiguo estilo alemán, pues en el vestíbulo había unas pesadas sillas, una mesa y una lámpara suspensión de hierro forjado, de dicho estilo. Reconocí la misma moda en el salón donde me introdujeron; pero allí destruían el acorde numerosos objetos de origen extranjero. Revelaban un gusto elegante: el de una mujer acostumbrada á las delicadezas de un medio distinguido hasta el rebuscamiento, que se había esforzado en trasplantar algo de él en su residencia accidental. Varios cuadros de la escuela francesa atrajeron mis miradas: reconocí uno de Besnard que había admirado en una de las Exposiciones del Campo de Marte, un perfil de mujer, destacándose en sombra violácea sobre un fondo caliente de puesta de sol. Encima de la chimenea, donde se conservaba la vulgar guarnición, reparé en dos preciosos jarrones de Emilio Gallé. Había un libro abierto sobre la mesa, donde esperaban turno otros dos ó tres de cubierta amarilla; el abierto era *La Ilusión*, de Juan Lahoz. De un cesto de labor sobresalía, desbordándose, un bordado complicadísimo, como si momentos antes lo hubieran tirado allí al descuido. Todas esas cosas parecían despedir aún el reflejo de la vida que las animaba la víspera y acababa de extinguirse.

Pero no tuve tiempo para mirar mucho en torno mío: entró el señor de Sourbelles. Al punto fuí presa de una emoción penetrante, que me hizo temblar las rodillas: tan dolorosa fué su aparición. Ya no era el hombre á quien encontraba tan pocos días antes en la mesa del *Príncipe Heredero*, y cuya chispeante conversación desfloraba todos los asuntos en un semiabandono casi familiar. Arrugas, que no le conocía yo, surcaban su hermoso rostro; contraíanse sus facciones en derredor de sus ojos hinchados y ojerosos, que miraban vagamente á todas partes con una movilidad arisca; tenía en desorden los cabellos y entreabierto por el pecho la camisa; su negligencia en

el vestir, cuando antes le había visto de una corrección tan mesurada, era indicio de que se había apoderado de él repentinamente un indiferentismo absoluto. Detúvose en el umbral y me dirigió una mirada llena de desesperación. Luego, como me aproximase á él, me alargó la mano diciendo con voz ahogada:

—Gracias, por haber venido.

Tartamudeé algunas palabras, que no escuchó. Púsose á ir y venir por el aposento con las manos metidas en los bolsillos del batín, sin decir nada, con ese movimiento de fiera en la jaula que manifiesta la excitación interior llegada al paroxismo. Bien pronto no le fué suficiente el estrecho espacio del saloncillo y pasó al comedor, cuyo alto aparador entreví, cargado de piezas de loza, estaño y gres antiguas. Así transcurrieron largos minutos. Comprendiendo que ninguna palabra bastaría á darle alivio, permanecí de pie ante el bordado sin acabar, siguiéndole con la vista. Entre tanto, resonó un campanillazo. Estremecióse el señor de Sourbelles, aguzando el oído. Le traían un telegrama. Lo abrió, lo leyó, lo estrujó, encogiéndose de hombros y prosiguió otro rato su paseo circular. Parece que se había olvidado de mi presencia. De pronto se detuvo delante de mí.

—Dispense usted que le reciba de esta manera—me dijo, haciendo un gran esfuerzo para emplear un tono natural.—Usted me dispensará, ¿no es cierto?.....

Me incliné y continuó:

—¿Sabe usted?.....

Hice una seña afirmativa.

—¿Lo sabe usted todo?—repitió.

Respondí con dulzura:

—Sé que tiene usted una grande aflicción.

Retorcióse las manos.

—¡Ach!—exclamó, empleando esta expresiva interjección alemana.—¡No, usted no puede saber!....., porque es espantoso!..... ¡Ha sufrido horriblemente!..... ¡No puede usted ima-

ginar!..... ¡Dios mío, Dios mío!..... ¡Ha sido tan larga la agonia!..... ¡No puede usted imaginárselo, es imposible!

Repetía las mismas palabras, las mismas frases entrecortadas, sin ilación. Luego continuaba su marcha, deteníase delante de mí, me miraba con fijeza y con indecible expresión de dolor, repetía lo que acababa de decir, ó bien tocaba ó hacía cambiar de sitio á algún objeto, maquinalmente.

—¡Ayer aún leía esto!—dijo, levantando uno de los tomos en que me había fijado.—Y luego trabajó en esta labor.....

Se puso á mover el bordado.

—¡Tenía un aire tan tranquilo!..... ¡Su aire habitual, enteramente!..... ¿Podía yo prever?..... Conversamos con afecto, cariñosísimamente..... ¡Dios mío, cuánto habrá tenido que sufrir para..... para causarme este tormento!..... Porque era buena..... ¡Pobre alma mía querida!.....

Dos lágrimas brillaron en sus ojos.

—¡Sí, pobre alma mía, noble y generosa, que conoció tales tormentos!..... ¡Pobre!..... ¡Pobre!.....

Prorrumpió en sollozos; con ademán de niño herido que pide socorro, tendióme ambas manos y se echó en mis brazos. Luego se echó atrás exclamando:

—¡Perdóneme!..... ¡Apenas le conozco!..... Usted no puede comprenderme..... Pero me acongoja no tener á nadie..... ¡nadie á quien decirle..... todo!..... ¡Oh, el silencio!..... ¡Si supiera usted cuán pesado es algunas veces!..... Yo callaba, me callaba todo lo posible..... Sin embargo, ella me ha oído..... ¡Ella, ella que hubiera debido ignorar siempre!..... No es culpa mía, pues hice lo que pude, todo cuanto pude..... ¡Cómo ha debido de sufrir!..... ¡Cuánto habrá sufrido!.....

Esta idea era la que le asaltaba de continuo. Visiblemente pensaba mucho más en los dolores de la muerta que en su propio sufrimiento; olvidábase de sí mismo y la lloraba *por ella*. La compasión que me inspiraba hízose más viva. Pero, ¿qué podía yo decirle? Le apreté la mano y le dije tartamudeando palabras torpes para darle seguridades de mi simpatía.

Por desmañado que fuese yo para ello, mi simpatía era un leitívulo para él, puesto que me dió las gracias diciéndome en un tono más tranquilo:

—Presentí que había entre nosotros algún vínculo..... Sin embargo, estuve casi descortés al abandonarle á usted..... Debí de parecerle estrafalario, ¿no es así?..... Pero, sin duda, usted adivinó que yo no me pertenecía..... ¡Qué quiere usted!..... Si usted supiese, no se asombraría ya de nada..... ¡No, de nada; sino de verme aún vivo, habiendo muerto ella!.....

Detúvose, dió dos vueltas alrededor de la estancia y volvió á acercárame.

—Pero, ¿por qué no ha de saberlo usted?..... ¿Por qué no he de contárselo todo?..... ¿Qué importa que ahora se sepa?... ¡Ella es quien nunca debió saberlo!..... Dígame, ¿me escuchará usted?..... Quizá me alivie al ocuparme de estas cosas..... Pues entonces, venga usted..... ¡Vamos junto á ella!..... No quiero dejarla sola..... ¡No, no quiero!..... Piénselo usted: ¡tiene toda la eternidad para estar sola, lejos de mí!..... Venga usted, ¿quiere?.....

Salió del salón. Le seguí al primer piso de la casa. Me hizo entrar en una especie de tocador, colgado de telas oscuras, donde cortinas hábilmente dispuestas velaban la luz de dos ventanas. Allí, en una penumbra de crepúsculo, estaba tendida la muerta en una meridiana, rodeada de gran profusión de flores cuyos intensos aromas ponían pesado el aire. Un largo velo la cubría por completo, trasluciéndose bajo él apenas su esbeltez. El señor de Sourbelles la contempló un momento y la cogió una mano por debajo del velo.

—¡No,—dijo,—no permanezcamos aquí!..... ¡No podría hablar delante de ella!..... ¡Venga usted!..... Por otra parte, estaremos cerca, muy cerca.....

Abriendo entonces una puerta de escape, me introdujo en un cuartito que evidentemente le servía de gabinete de trabajo.

—Siéntese usted,—me dijo, señalándome una butaca.—Le contaré..... Le contaré á usted.....

Y tan pronto sentado enfrente de mí, poniendo á veces su brazo encima del mío ó la cabeza entre sus manos, con voz entrecortada; tan pronto yendo de un lado para otro ó interrumpiéndose pora desaparecer en la estancia inmediata, me confió el secreto de su vida en estos términos, poco más ó menos.

II

NARRACIÓN

—¿Tendré que referírsele á usted todo? No, ¿no es así? Los detalles del comienzo no son necesarios. Además, todas las historias se parecen al principio, ó á lo menos tienen aspecto de asemejarse. Sin embargo, la nuestra no empezó por completo como las otras. Desde su origen hubo en nuestro caso algo repentino, irresistible, fatal; una tempestad de verano preparada en un abrir y cerrar de ojos por un soplo de viento y que estalla sin verla venir.....

Estaba yo de guarnición en una pequeña ciudad del Norte..... Capitán..... capitán de caballería..... Me aburría: no elegí libremente la carrera militar, á la que nunca tuve afición. Seguía mi suerte, sin resistencia inútil, pero no sin pensar en lo que hubiera podido ser y ya no sería; esos pensamientos eran melancólicos. Tenía entonces treinta y cuatro años. Hasta aquel momento, había vivido como todo el mundo..... Aventuras, ni más ni menos que la generalidad de mis camaradas y del mismo orden; en suma: fáciles, vulgares, iniciadas sin esfuerzos, concluídas sin pena, olvidadas de prisa..... Ningún amor, excepto en mi primera juventud: una de esas historietas sentimentales de que creemos morirnos y que

sólo dejan un leve recuerdo y un poco de ridículo..... Naturalmente, no me daba cuenta de que ignoraba el amor; antes por el contrario, indignábame haber amado y sufrido mucho, haber gozado mi parte de exaltación y de felicidad..... ¡Tontearías!..... Mis pasiones, interrumpidas por cada cambio de guarnición, por las cuales no hubiera hecho el más pequeño sacrificio, que me causaban un poco de mediano placer y nunca me habían costado una lágrima, no eran amor: eso bien lo sé ahora.

Pues bien; á consecuencia de un movimiento en el personal facultativo, fué trasladado el subprefecto de la ciudad donde llevaba yo varios meses de residencia. Su sucesor se llamaba..... Le llamaré el señor H***. Ningún inconveniente habría en decir á usted su apellido, puesto que nuestra historia no permaneció secreta. Sin embargo, prefiero no pronunciarlo.

La llegada y la instalación del nuevo subprefecto fueron un acontecimiento para la comarca; con tanto más motivo cuanto que el señor H*** disfrutaba de una vaga notoriedad literaria por haber publicado algunos libros, dos ó tres novelas, unos estudios históricos, yo no sé qué. Decíase de él que era hombre de chispa y de su mujer que era muy guapa; se pensaba que darían un poco de animación á nuestra vida de sociedad, desprovista de todo género de esplendores. Llegaron á la entrada del invierno, en el momento de comenzar la temporada de diversiones. No tardé en encontrarles en un baile que en honor suyo daba una familia amiga mía. Fui presentado al señor H*** en el gabinete de fumar. Me desagradó hasta ponerme nervioso. Tenía una vocecilla de carraca, que me causaba daño. Hablaba mucho de política, de literatura, de galanteos, bien informado acerca de todo, abundoso en anécdotas y agudezas de ingenio, satisfecho hasta el delirio de lo que decía. Además era muy amable, muy atento, con sus puntas y ribetes de obsequiosidad; sabía interrumpirse para escuchar los dichos de algunas personas principales, con un aire de interés perfectamente representado; en una pala-

bra, conducíase como hombre astuto que penetra en un medio desconocido sin saber á ciencia cierta á qué carta quedarse, pero resuelto á hacerse simpático allí.

No sé cómo fué ello, pero el señor H*** se cogió á mi brazo y nos dirigimos hacia el jardín de invierno, como dos buenos amigos. Recuerdo muy bien que me hablaba del Emperador de Alemania, cuyo carácter impetuoso le causaba inquietud. Respondíale yo con monosílabos. De pronto, me dijo:

—Allí viene mi mujer. ¿Me permite usted que lo presente?

Miré á la señora de H***, que se acercaba despacio á nosotros, mirándonos también, con otra mujer: quedé deslumbrado, deslumbrado hasta perder el juicio. Su marido la dijo mi nombre. Cruzamos unas cuantas palabras insignificantes, sin oír yo ninguna de las suyas: tanto me trastornó el sonido de su voz. Luego, como el señor H*** ofreciese el brazo á la otra señora, yo la ofrecí el mío maquinalmente. Entramos en los salones.

Cuando la dejé, inclinándome ante ella, bebiendo su mirada, ya nos pertenecíamos uno á otro, aunque no habíamos cruzado sino las frases más corrientes. Creo que ambos temíamos destruir el éxtasis que se apoderaba de nosotros; quizá sintiéramos también ese confuso miedo que da el presentimiento de la suerte futura cuando se encarna y amaga. Nada decíamos, hasta nuestros ojos se esforzaban en callar; pero sentí como un escalofrío imperceptible correr por su brazo, que rozaba al mío; y cada minuto que pasábamos juntos, en medio de la, para nosotros, invisible concurrencia, forjábase más robusta la cadena que iba á unir nuestros dos seres.

Entre tanto, avanzaba la velada. El señor H*** llevóse consigo á su mujer. La ví alejarse con él; sus ojos se encontraron con mis ojos. ¡Oh, cómo hablaban! ¡Cómo expresaban la mortal angustia de un sentimiento dominante hasta lo sumo! ¡Cómo pregonaban la confesión que no había salido de sus labios! ¡Cómo los oía yo y cómo les comprendí? Fué un re-

lámpago: ya no estaba allí ella; me quedé solo, oprimido el pecho, feliz, desesperado, ebrio, loco y obligado, empero, á reprimirme, á ocultar los pensamientos que imaginaba irradiar fuera de mí mismo. Traté de observar las caras de las personas que aún circulaban por los salones casi desiertos, de oír las frases sueltas que se pronunciaban en los grupos cada vez menores. Hablábase de la señora de H***, como puede comprenderse. Me estremecí con ciertas frases en que sonaba su nombre:

—¡Es admirablemente hermosa!—dijo alguien.

Me sentí lleno de furor contra el desconocido que se atrevía á admirarla. Sin embargo, una voz respondió:

—Sí, es hermosa; pero su aire es frío.

Aún más me irritó esta restricción necia. Evidentemente expresaba la impresión general, pues añadieron:

—¡Hermosura de hielo!

¡Ah, imbéciles!.... ¡Sólo habían tenido ojos de ciego para ella!.... En cambio, á la primera mirada comprendí yo el alma fogosa que se escondía bajo la severidad estudiada de las apariencias. Enardecíame, estaba al cabo de todos mis pensamientos; los agitaba, conducía y arrastraba en torbellino, como un enjambre atacado de vértigo. Dejé de escuchar y huí, para anonadarme en mi único deseo: ¡verla, volver á verla en todas partes y siempre!....

Entonces comenzó una existencia de angustia y de embriaguez. Tuve una vida multiplicada, hipnotizado por un pensamiento único que jamás me abandonaba, que absorbía todas mis fuerzas, y tan intenso que no hubiera podido decir si era dolor ó gozo. Sentía siempre como al final de aquel baile, del que se me pasaba el tiempo en evocar los menores minutos: sólo á ella veía, aunque ya no estuviese allí; sólo pensaba en volver á verla. Sin embargo, necesité mucho ingenio para encontrarla de nuevo. Nada hay sencillo en las ciudades pequeñas: en la nuestra había poco trato social y hasta entonces no me había mezclado en él. De pronto me volví el

más sociable de los oficiales de la guarnición: frecuentaba todas las casas donde podía presentarme, iba al teatro siempre que actuaba cualquiera compañía de paso, no perdía ni uno de los medianos conciertos que se daban dos veces al mes. Algunas veces la veía en el fondo de un palco y apenas me era posible dirigirla un saludo, que me devolvía con la mirada más bien que con el ademán; ó pasaba interminables noches, oculto en el hueco de un balcón, espionando hasta la hora en que se disipaba toda esperanza de una entrada tardía. Pero, también algunas veces estaba allí ella, la hablaba, oía su voz. Al cabo, me invitó á las recepciones de su casa, á las cuales fui. Muy luego, llegando á horas desusadas (en las que me aguardaba, bien lo comprendía yo), logré proporcionarme breves instantes de entrevista á solas. ¿Qué era eso? A cada encuentro crecía mi amor: crecía á cada combinación que me aproximaba á ella, á cada palabra, á cada mirada que cruzábamos; crecía de continuo, se hacía más tiránico, más exigente, más impaciente.

Fué aquél un período de fiebre en que tuve horas de locura, pero que no se prolongó. No hubo entre nosotros ningún manejo de galantería, ningún regateo. Nuestra primera declaración fué decisiva. Por mi parte, en aquel momento no conocí la menor lucha interior, la menor vacilación, el menor escrúpulo; y sin remordimiento ninguno me acercaba al señor H*** y le apretaba la mano, aunque tenía el firme propósito de quitarle su mujer; fui calculista, embustero, astuto, hipócrita, aun siéndolo muy poco por naturaleza, sin que me costase ningún esfuerzo. En cuanto á ella, que por fortuna no tenía hijos, ignoro lo que pesaron en su ánimo los vínculos de la familia, de la costumbre, de la sociedad; los afectos arraigados, los deberes, todos esos obstáculos que á veces retardan ó hasta impiden el desenlace fatal del amor. Las mujeres tienen siempre más virtud ó preocupaciones que nosotros: ella conoció de seguro luchas ignoradas por mí; sin embargo, creo que pasó con rapidez también por la fase de las vacilaciones y

que me quiso como yo la amaba, es decir, en absoluto, sin admitir nada más sagrado ni más fuerte que ese amor, nada que pudiera retrasarlo ni disminuirlo. Respondió á mi primer llamamiento. Se entregó sin aplazamientos, sin coquetería, sin combate, con el único gozo triunfal de ser de aquel á quien amaba y de embriagarle con la posesión de ella.....

El señor de Sourbelles se detuvo un momento; sus ojos se dirigían á mirar lo pasado, resucitaba los recuerdos evocados por sus palabras, meditaba acerca de aquellas cosas remotas, que acaso juzgase muy de otro modo ahora que se había cumplido el destino inaugurado por su dulcedumbre. Pasóse luego dos ó tres veces la mano por la frente, y prosiguió:

—Sí, así fué..... Sin embargo, ni uno ni otro estábamos corrompidos ó éramos perversos..... Ella no había amado nunca antes de conocerme, ni deseado nunca el amor, ni pensado jamás que pudiera separarse de la línea recta de su vida; tenía buenos sentimientos para con su marido, para con su familia, respeto á las leyes sociales, temor á los juicios del mundo, afición al bien; todas las opiniones, todas las creencias, todos los intereses de una mujer honrada..... Yo mismo era bastante escrupuloso en esas materias; no habiendo buscado en mis anteriores amoríos más que distracciones ó placeres, en otro tiempo me hubiera retraído de comprometer, para satisfacerlos, intereses graves y respetables. En dos ocasiones hasta dejé de frecuentar casas amigas por temor á introducir la perturbación en ellas, aunque fué para mí un penoso sacrificio. Por tanto (puedo hacerme esta justicia), yo también era un hombre honrado, tal vez hasta con más delicadeza de lo que esta expresión suele suponer cuando están interesados los sentidos. Sin embargo, creo que nunca se entablaron relaciones pecaminosas con mayor sencillez: aquello fué como si hubiéramos estado siempre destinados uno á otro, como si nuestro encuentro hubiera borrado en un instante todo nuestro pasado, destruído todos los obstáculos puestos entre nuestras dos vidas. Admiré cada vez más á mi amiga, la juzgué generosa y noble,

me dije que se confiaba á mi amor con plena candidez, sin poner ninguna reserva á esa dación de su persona que la generalidad de las mujeres acostumbra á complicar con tantas vacilaciones mezquinas ó cálculos mediocres; y unido á ella por un lazo más fuerte que ningún vínculo consagrado, me juré que nunca tendría que arrepentirse de su confianza.....

Usted lee novelas, caballero; me lo ha dicho. Pues bien; sin duda habrá notado usted que los autores que describen relaciones de la misma especie que las nuestras, complácense en descubrir en ellas gérmenes de menosprecio ó á lo menos de desconfianza, á veces de odio, como si los seres unidos por el amor fuera de las leyes no pudiesen ser sino enemigos ó cómplices. Algunos de nuestros moralistas, á quienes se atribuye autoridad en tales materias, han desenvuelto esta tesis: que el hombre se inclina naturalmente á despreciar á la mujer que se le entregó á despecho de sus deberes, porque teme que falte á su fe nueva como á la que la hizo él faltar. Estiman que hay en eso una especie de justicia, una moralidad, ¡qué sé yo!, una garantía para el orden social, un peligro capaz de precaver la culpa, de detener en la pendiente á los corazones previsores del porvenir, avaros de la dicha que detentan..... ¡Ah, caballero, cuánto compadezco á las pobres gentes que conocen, experimentan ó suponen tales sentimientos! ¡Cuán baja ó pusilánime, incapaz de los grandes sacrificios y abnegaciones sublimes del amor, es menester que para eso sea su alma!.....

No, no; yo no dudaba de ella, á pesar de la mentira á que yo la arrastré. Leía en su corazón cual en un libro abierto, como estoy seguro de que ella leía en el mío. Estaba cierto de que era puro, á pesar de todo, en fuerza de abnegación. Hubiérame considerado yo mismo como el último de los miserables, si hubiese tenido para con ella algo que no fuese una gratitud infinita y una ternura sin límites.

Fuimos imprudentes, sin cuidarnos de las astucias, precauciones y habilidades habituales. Nada temíamos, sino el no vernos lo suficiente, empero de amenazarnos la curiosidad

siempre en acecho de una ciudad pequeña y estar seguros de que vería claro. Por otra parte, á los dos nos pesaba la mentira, pareciéndonos la única mancha de nuestro amor, la única falta que cometíamos. Por eso, sin decidirnos á uno de esos escándalos que, cuando se les provoca, tienen un feísimo carácter de bravata y de crueldad, esperábamos tranquilamente á que se produjese por la fuerza de las cosas, aceptando de antemano, sin pavor ninguno, todas sus consecuencias posibles. Por mi parte, yo iba aún más lejos: deseaba ese escándalo, lo llamaba con todas mis aspiraciones. Porque no quería á mi amiga sólo para las citas furtivas en que nos reuníamos, para las breves horas que robaba yo á su existencia, para nuestros rápidos besos, para nuestras intimidades sobrado cortas; amábala con el impaciente deseo de consagrarla mi vida entera, con esa necesidad de duración, esa sed de eternidad que es la señal de un amor verdadero, olvidándome de todo lo que no fuese ella, con un desasimiento completo de mi ser absorto. Amábame ella otro tanto, aunque estaba más temerosa: por grande que sea su amor, las mujeres tienen un miedo insuperable al escándalo. Esta no se eximía de ese instinto de su sexo: estremecíase al pensar en la hora (que ambos preveíamos, que yo deseaba y que ella también deseaba á su manera) en que, descubierto nuestro caro secreto, habría de remacharnos uno á otro. Sin embargo, cuando por fin llegó esa hora, estuvo muy valiente: fué como si el peligro real disipase sus temores, como si sus últimos escrúpulos se desvaneciesen en el momento decisivo. Aún la veo entrar en mi casa, donde nunca había puesto los pies, pálida, pero serena, y decirme alargándome entrambas manos:

—Lo sabe todo.

Me miró confiada, aguardando mi respuesta.

—¡Bueno!—la dije.—¿Vámonos?.....

Vaciló unos cuantos segundos, haciendo por última vez la cuenta de sus sacrificios, con un postrer temblor ante lo desconocido en pos de que íbamos á ir, y me respondió:

—Cuando quieras.

Había previsto yo tantas veces este caso, que en un abrir y cerrar de ojos hice el balance de los trámites que me permitirían salir con decencia de la vida regular.

—Necesito unos días para arreglarlo todo,—la dije.

—Está bien,—contestó ella.—Yo no vuelvo más á casa.

En seguida convinimos el sitio donde iría á esperarme.

Discutimos con la mayor serenidad nuestro plan de conducta, trazando sus líneas sin titubear, como si se tratase de cosas sencillísimas. Sin embargo, esta discusión me condujo á preguntarla si sospechaba los propósitos de su marido.

—No,—me dijo, mirándome con los más francos ojos.—Presumo que pedirá el divorcio. Lo espero. ¿Qué quieres que haga él?.....

Después de una pausa apenas perceptible, añadió:

—..... Puesto que no me ha matado.....

—Es justo—la dije,—no tiene otra cosa que hacer.

En realidad, se me ocurrían otras soluciones posibles; pero quise evitarla el temor á la emoción de ellas, y por eso apresuré cuanto pude su marcha.

Unas horas después, tras una breve salida, al regresar á mi domicilio, encontré allí una tarjeta del Sr. H***.

Esto era inesperado, insólito, incorrecto; era el único incidente que yo no había previsto.

—Pero en último término—pensé—un hombre en su caso, si tiene corazón, está en su derecho para ponerse por encima del Código habitual que rige en los pequeños disentimientos de los hombres: es muy dueño de vengarse como le parezca.

Por tanto, en seguida le envié un recado para advertirle que estaba de vuelta, y á disposición suya.

Media hora después entró en mi casa.

Supuse que venía con intención de matarme, y confieso á usted que estaba dispuesto á defenderme, porque amaba mi vida. No tuve más que mirarle para comprender que no tenía nada que temer de él. Era otro hombre, destrozado y como

ennoblecido por un inmenso dolor. Jamás hubiera podido creer que su insípido rostro pudiera expresar tanta angustia, ni que hubiese tal facultad de sufrir en el insignificante funcionario que la víspera aún mariposeaba y cotorreaba por los salones de la ciudad. Esperaba odiarle y le tuve lástima. Sí, me inspiró una profunda lástima, esa compasión casi física que se siente por los heridos ó los moribundos. Hubiera querido decirle alguna frase compasiva; sentí la necesidad de manifestarle no sé qué estrafalaria simpatía. Pero éramos enemigos.....

Me levanté cuando entró y le indiqué una butaca. Rehusó, haciendo una señal con la cabeza; pero luego se dejó caer en el asiento, jadeando. Crispábanse y se retorcían sus manos encima de sus rodillas. Dos ó tres veces entreabrió los labios, sin proferir ningún sonido. Evitaba mirarme. Por fin, murmuró con voz sorda:

—Tengo derecho á matarle á usted.....

En el estado de agobio en que se hallaba, esa amenaza era ridícula, se lo aseguro á usted; por eso no la recogí.

—Pero no tema usted nada—prosiguió.

Al oír estas palabras no pude reprimir un ademán, que detuvo él haciendo una seña con la mano, encogiéndose de hombros, y aún más con la mirada..... una mirada indefinible, mirada que tendré presente siempre.

—No me comprende usted—prosiguió, explicándose.— Bien sé que usted no tiene miedo..... No, lo que yo quiero decir es que, aun cuando tuviera derecho á matarle, nunca seré un asesino.....

Interrumpióse para repetir dos veces estas palabras misteriosas, que sin duda expresaban largas reflexiones incomprendibles para mí:

—Además, ¿acaso se sabe?..... ¿Acaso se sabe nunca?.....

Después hubo silencio. Reanudaba el hilo de sus ideas, distraído de pronto del momento actual, por grave que fuese, con algo más grave todavía. Sentí un malestar indecible.

¡Cuánto hubiera preferido un acto de violencia á ese dolor, tan hondo, que no pensaba en contenerse ni en ocultarse, y que se desbordaba ante mí, que era su causa, como se habría manifestado junto á un amigo!

—Sin embargo—continuó por fin—uno de los dos está demás..... ¿no es así?..... de sobra en el mundo. Supongo que será usted del mismo parecer.....

Hice una señal afirmativa.

—Por tanto—prosiguió—es preciso batirnos..... ¡Batirnos á muerte!.....

Transformóse de nuevo, brillando en sus ojos un relámpago de odio, con la frente resuelta y enérgica. Prefería verle así: acabábaseme la compasión, tenía á mi vista un verdadero enemigo.

—Cuando usted quiera y como usted quiera—le dije.

—¡Bien—exclamó, como aliviado—muy bien!..... He querido verle á usted, aun cuando eso no está en uso..... Ya comprenderá usted..... para que nos entendiéramos bien..... antes que nuestros testigos..... Los testigos nunca tratan sino de disminuir las probabilidades de peligro: por el contrario, tratemos de aumentarlas..... Es menester que impongamos á nuestros testigos nuestra voluntad común..... ¿Tira usted á pistola?

—Sí.

—¡Mejor!..... Yo también..... Bueno: á quince pasos, apuntando..... hasta que uno de los dos no esté ya en estado de tirar, ¿no es así?

—Comprendido.

—Me las arreglaré para no llevar médico; tampoco lo lleve usted..... Quizá nos hiciera suspender el desafío.....

Me costó algún trabajo hacerle comprender que nunca encontraríamos testigos que consintieran dejarnos batir sin médico. Me replicaba:

—Pero, ¿y en el ejército?

Durante un momento discutimos en toda regla esta cues-

ción, sin violencia, como personas que disienten por fútil motivo y que sólo desean ponerse de acuerdo. Acabó por ceder, y dijo:

—¡Sea! Pero, entre nosotros, queda convenido que sólo suspendemos el lance en último extremo..... Uno de nosotros está de más..... de más.....

Luego, pasando á otro orden de ideas, comenzó á decir:

—En cuanto al pretexto del encuentro.....

Pareció meditar un rato y después se encogió de hombros, con un gesto de completa indiferencia, para concluir:

—No hace falta pretexto..... En seguida se sabrá todo..... Entonces, ¿qué importa?

Levantóse más fuerte, más tranquilo, más confortado, como si esa perspectiva de sangre le consolase.

—¿Estamos conformes en todo?—me preguntó otra vez desde el quicio de la puerta.

—Por completo,—le respondí.

Y se marchó.

El encuentro se efectuó al día siguiente, en las condiciones convenidas entre nosotros, en la frontera belga.

Estaba yo muy sereno, resuelto en absoluto, con la conciencia tan tranquila como debe estarse en víspera de una batalla donde se va á matar ó morir en cumplimiento del deber. La vida de aquel hombre, á quien había hecho yo tanto daño y que acababa de hablarme con una generosidad que no me era posible desconocer, parecía insignificante por completo entonces. Por supuesto, la mía también. Harto se me alcanzaba que si se volvía en mi contra la suerte de las armas, mi amada no me sobreviviría. Pero estaba decidido á defenderme como mejor supiese, es decir á hacer lo posible por matar al Sr. H***, que estaba entre ella y yo. Se lo repito á usted: la vida y la muerte me eran indiferentes, pues me constaba que era mía en muerte y en vida. Pero mi única tristeza era el no verla, el pasar lejos de ella las que acaso fuesen mis últimas horas.

De nuevo se detuvo el señor de Sourbelles, para preguntarme:

—¿Acaso le parezco á usted odioso?..... ¡Entonces, usted no ha amado nunca!..... Cuando se ama, sepa usted que se borra todo cuanto no sea el amor..... Y luego, ¿tenemos la culpa de que nuestra vida tenga absurdas exigencias? ¿Si las leyes y las costumbres están en flagrante contradicción con la naturaleza?..... No siento ninguna necesidad de alegar circunstancias atenuantes en mi favor, se lo aseguro á usted. Pero, en último caso, ¿no sublevaba el que esta mujer estuviese unida para toda la vida con un hombre á quien no amaba, y que yo no pudiera tenerla sino á escondidas, vergonzosamente, yo que la adoraba?

Compréndese que no era momento oportuno aquel para discutir las teorías de mi interlocutor. Sin embargo, me miraba como si su conciencia, despierta quizá después de largo sueño, necesitase alguna palabra para tranquilizarla ó absolverla. Pero un hombre de sangre fría es por instinto siempre defensor de la moral establecida y de las instituciones aceptadas universalmente: cuando uno mismo está en una situación normal, cuesta sumo trabajo comprender la exaltación de aquellos que atropellan ya por todo; se les tiene por peligrosos y se siente más bien la necesidad de ponerse al resguardo contra ellos. Aunque estaba yo lleno de compasión por el infeliz que ante mí se agitaba, érame imposible darle la razón. Por tanto, me limité á responderle evasivamente.

—En efecto, hay horas en que se ven las cosas bajo un prisma especial.

Me miró como si inquirese en mis ojos el verdadero significado de esas palabras vagas; comprendió que le vituperaban y encogióse de hombros, diciéndome:

—A pesar de todo lo que sobrevino después, no he cambiado de punto de vista..... Sin duda, á veces me enternecí por la suerte de aquel hombre galante y deploré que hubiera sido mi víctima..... Pero no he tenido ningún remordimiento jamás..... Y nunca lo tendré.....

Su dolorosa actitud desmentía sus palabras.

—Puesto que estoy hablando de ello—prosiguió, como si fuese á reanudar su relato—no necesito decir á usted cuál fué el término de aquel combate..... El Sr. H*** hizo el primer disparo y su bala me rozó el cuello; contesté sereno, y le dejé seco.

Callóse y volvió á mirarme; no se me ocurría ni una palabra que decirle. Se levantó y desapareció en el aposento inmediato, donde sin duda iba á pedir á la muerta, muda para siempre, las palabras de consuelo que sólo ella sabría tal vez decirle. Permaneció á su lado unos instantes, entró de nuevo, dió dos ó tres vueltas alrededor del gabinetito, retorciendo el pañuelo con dedos nerviosos. Su emoción era extremada. Sin embargo, consiguió vencerla, sentóse haciendo un esfuerzo y reanudó el relato con voz sorda, la cual se hizo poco á poco más firme.

—.....Algunas horas después, me había reunido con mi amiga.

Distaba mucho de esperar semejante desenlace, pues creo que no conocía á su marido; siempre le tuvo por hombre pacífico, prudente, poco propenso á arrebatos peligrosos; nunca sospechó que la amase. No la referí nuestra entrevista: la dejé creer que el señor H*** había cedido á un impulso de amor propio más bien que á un impulso de amor..... ¡Ay, no podíamos decirnos todo!..... Tampoco ella me lo dijo todo: vi pasar por sus grandes ojos despavoridos todo un mundo de pensamientos, pero no los expresó. Ignoro si se sintió herida en el corazón ó en la conciencia, si en el fondo de ella retemblaron antiguos recuerdos, si una voz secreta la acusó cruelmente por la sangre que acababa de correr. Tengo algún fundamento para sospechar que sufrió más que yo (el señor de Sourbelles no se hizo cargo de que se contradecía), en partes más delicadas de su alma, por el acto irremediable que nos entregaba uno á otro, por esa especie de complicidad en..... el crimen, para dar á las cosas su nombre convenido, que formaba entre nosotros en adelante el más sagrado de los vínculos. Pero no me

lo dijo: su habitual impenetrabilidad la sirvió en eso maravillosamente y también su fuerza de carácter, que debía aprender yo á conocer. Imagino que aceptó el hecho consumado con la enérgica serenidad que tienen las naturalezas vigorosas frente á lo irreparable. En todo caso, ninguna palabra suya me permitió nunca sospechar que ese trágico acontecimiento hubiera dejado sombras en su conciencia; y si sufrió por ello, tuvo el heroísmo de sufrir sola.....

Ya conoce usted el mundo, caballero, y sabe que está lleno de indulgencia para con los tapujos y faltas á medias, para con las situaciones en las cuales sólo hay cobardía, al paso que es implacable con quienes rompen sus moldes y hacen caso omiso de sus hipocresías. Por supuesto, nosotros no tuvimos la ilusión ni el deseo de reconciliarnos algún día con él, ni tampoco pensamos pedirle perdón. Harto comprendíamos que entre el mundo y nosotros había algo más imposible de pasar que no importa qué barrera. Comprendíamos que estábamos irrevocablemente separados, que nuestro castigo y nuestro premio eran el aislamiento absoluto, un aislamiento en que seríamos el todo uno para otro, en que no podríamos tener más esperanzas, goces, ambiciones, fines ni razón de ser, en una palabra, sino nuestro amor. ¿Sabe usted que estoy orgulloso de haber comprendido todo eso en seguida, sin sentir ningún temor ante el terrible peso que teníamos que llevar juntos, sin echar de menos nada de lo que dejaba detrás de mí, familia, amigos, carrera? Positivamente, parecíame que se me ensanchaba el alma, que me había elevado por encima de la vida, que respiraba un aire nuevo y libre. La tierra no era ya para nosotros más que una decoración cuyo primer término llenábamos nosotros por completo, mientras por el fondo se deslizaban comparsas invisibles.

Entonces pensé á menudo, caballero, en una escena de no sé que comedia, donde un moralista ingenioso pinta con mucha gracia el espanto, el aburrimiento, el cansancio anticipado, y, sobre todo, la cobardía del hombre que había soñado

deshonrar á una mujer burguesamente, según las conveniencias, sin romper nada; y á quien esa mujer (una cabeza ligera, concedido) se le presenta el día menos pensado á ofrecérsele por completo, para toda la vida. Esta situación, muy humana, como suele decirse, me había hecho reír como á todo el mundo y murmurar: «¡Cuán verdadero es esto!» Comprendía que no hubiera podido ni aun sonreírme por eso, que el único sentimiento que hubiesen despertado en mí hubiera sido una conmiseración tierna hacia esas dos almas vulgares y bajas, harto mezquinas para su destino. Yo no temía nada. Abriáse ante mí el porvenir con una especie de esplendor. Había entrado en el gran amor eterno y era dichoso locamente por sentirme emparedado en él, digámoslo así, sin probabilidad ninguna de escaparme.

Quizá no le interese á usted sino á medias la descripción de mis sentimientos. Querría usted, sin duda, conocer los de *ella*..... ¡Ah, esa es la cuestión!..... Como todas las verdaderas mujeres, llevaba el misterio dentro de sí: tal vez por eso inspiraba tanto amor..... Y luego, para que algún día pudiese yo conocerla, descifrar el enigma que me planteaban sus palabras, sus silencios, sus miradas, sus caricias, hubieran sido menester..... hubieran sido menester otros sucesos que los que acaecieron..... Compréndame usted bien, se lo suplico: nos adorábamos; pero el amor había sobrevenido tan rápido, tan violento, tan ciego, que había precedido á la intimidad. Aún éramos uno para otro un terreno desconocido. En cuanto á mí, que la había amado sin conocerla, continuaba ignorándola. Entonces no sufría por ello: mi amor podía prescindir de la curiosidad. Hoy es cuando sufro, y sufriré siempre.....

Hubo otra de aquellas pausas febriles que entrecortaban el relato del señor de Sourbelles. Volvió junto á la muerta, como poco antes. Aunque su visita se prolongó varios minutos, no salió por eso de su extraña preocupación, pues á la vuelta repitió:

— ¡Nunca había de llegar á conocerla, jamás!..... Porque llega el momento en que todo se confunde y se niebla; apro-

xímase el espantoso choque; vienen las horas de desesperación, peor que la muerte, y cuyo recuerdo es una lanza que me atraviesa, un fuego que me abrasa, un dolor inextinguible, donde hay también rubor; sí, la vergüenza de ser hombre, de tener un corazón cobarde y débil, un corazón de fango.....

Era preciso marcharse, ¿no es así? Pues bien; los acontecimientos que le he referido á usted ocurrieron en otoño. ¿A donde iríamos en el comienzo del invierno? Buscamos qué cielo podía convenirnos y elegimos el de los lagos italianos. Queríamos un paisaje dulce, tranquilizador, propio para el olvido, favorable para la dicha; un paisaje bastante apartado para estar allí solos sin que nos molestase nuestro aislamiento, separados de la muchedumbre enemiga, de los hoteles; uno de esos paisajes que la naturaleza complaciente ha bordado como de propósito para ciertos estados de alma. No conocíamos ninguno que en aquella estación respondiese mejor que él á nuestras aspiraciones íntimas.

En la *villa*, de color de rosa, que habíamos alquilado en la margen italiana del lago de Lugano, transcurrieron días de infinita brevedad. Las olas, verdes por el reflejo de los castaños, cantaban en derredor de los muros de nuestra terraza, embalsamada por el aroma del *olea fragans*. Alfombras de ciclámenes florecían aún en los vallecitos que subían en suaves recuestos desde el lago hasta las cimas. Nosotros no pensábamos en nada. El pasado no existía ya para nosotros, así como el resto del mundo: las mismas montañas que cortaban nuestro horizonte detenían también nuestros recuerdos. «Cuando se han vivido días como estos, decíamos á veces en esas horas en que se quiere sondear lo desconocido del porvenir, se ha realizado el ideal de la vida: ¡ya puede acontecer lo que quiera!.....» Eso creía yo, caballero. Después, figurábame que se puede hacer provisión de felicidad como quien junta dinero para su vejez. Luego aprendí ¡ay! que la dicha pasada no compensa los dolores presentes, y ahora sé que el encanto de las horas más hermosas se desvanece en amargura y desolación.

Todo se enlaza. Mi sufrimiento actual es tan profundo como completa fué mi ventura. Pero será más largo. Durará..... durará.....

Un sollozo, que no pudo reprimir, interrumpió al señor de Sourbelles. Le fué preciso un instante para reponerse, y luego continuó:

—Vivíamos solos en aquella casita de campo. Una mujer del país iba á arreglarnos las habitaciones y á hacernos la comida, que era siempre sumamente frugal. Los quehaceres domésticos que nos quedaban nos divertían en extremo. Todo nos hechizaba, como un idilio. Hay dentro de nosotros un fondo de niñería, que la felicidad hace salir al exterior. ¡Cuánto se hubieran asombrado los que creían conocer á mi amada y la juzgaban fría, indiferente ó demasiado seria, cuánto se hubieran asombrado al verla dedicarse á los quehaceres de la casa riéndose locamente de su propia torpeza, y congratularse de haber roto con las tiránicas costumbres de las mujeres de mundo, igual que con sus usos! Yo mismo me felicitaba como de una victoria decisiva por haber despertado á la criatura que en ella había, criatura voluntariosa y tierna, dulce y caprichosa, impulsiva, inesperada, ardiente, llena de contrastes como los verdaderos niños, contrastes que nadie llegaría á conocer nunca, excepto yo. Ese manantial de goces casi cándidos iba á causar nuestra desventura.

Una noche, después de habérsenos hecho tarde en la terraza, por donde corría un viento frío (llevaba puesto un trajeligerero, un vestido de gasa con una mantilla alrededor de la cara), ocurriósenos la idea de tomar té. Siempre que teníamos que servirnos nosotros mismos, eso nos divertía mucho. Comparándonos á niños que juegan á comiditas, nos reíamos con toda nuestra alma.

—¿Encontraremos lo que necesitamos?—pregunté.

—Vamos á verlo—respondió ella.

Se puso á buscar el té, el azúcar, la lamparilla de espíritu de vino..... Cuando estaba preparándola.....

La voz de mi interlocutor emitióse en notas bajas, como si necesitase un inmenso esfuerzo para continuar. De suerte que apenas comprendí las pocas frases breves, entrecortadas, doloridas, con las cuales resumió todo el accidente:

—De pronto, estalló la lámpara..... La ví rodeada de llamas..... Me arrojé á ella y la envolví en una manta..... No había exhalado un grito..... Sólo me miraba con unos ojos ¡oh!..... con ojos de desesperación..... Estaba cubierta de horribles quemaduras..... La cabeza, la cara, el cuerpo..... toda entera..... toda entera..... ¡Ah, Dios mío!

Hubo un largo silencio. El señor de Sourbelles se había inclinado y retorcido sobre uno de los brazos de su butaca, con la cabeza entre las manos. Representábase sin duda, al detalle, aquella escena espantosa. Oía yo su respiración, jadeante, entrecortar sus recuerdos.....

—Tal vez sepa usted cómo se cuidan esas cosas—prosiguió.—Yo no sabía absolutamente nada..... Hice lo que pude..... Figúrese usted que tuve que dejarla sola un momento; sí, sola..... para pedir socorro..... en casa de unos vecinos, á quienes desperté, con los cuales discutía desde la ventana, que no me comprendían..... Fueron en busca de un médico, muy lejos, á Lugano..... ¡Oh, qué horas, arrastrándose en la agonía!..... Sufrió horriblemente, pero sin quejarse; silenciosa, como siempre la ví en los casos graves, con todo su dolor en los ojos. Seguíanme de continuo sus miradas: cualesquiera que fuesen mis movimientos, las notaba fijas en mí; adivinaba yo sus mudas preguntas..... Dí vueltas en derredor suyo, sin atreverme á tocar sus pobres carnes hechas girones..... Cuando pedía alguna cosa, trataba de dársela; eso era todo lo que yo podía hacer..... Por fin oí rodar por el camino el coche del médico..... Traía lo necesario para la cura..... La examinó, la curó y me tranquilizó, diciéndome:

—Es horriblemente doloroso, pero no hay peligro; sanará.....

Parecióme que el cielo se iluminaba, pues la creía perdida.

La curación fué lenta: entre las quemaduras, las había profundas..... Sin embargo, vivió..... Fué en descenso la fiebre..... Restauróse poco á poco su pobre cuerpo destrozado..... Durante algunos días mejores, hubo la dulzura habitual de las convalecencias..... Pero, cuando se vió..... ¡Ah, cuando se miró al espejo de mano, que no se le podía negar!..... Para pedírselo á la Hermana que velaba á su cabecera, había aprovechado uno de los breves momentos que yo no estaba allí..... En cuanto entré, me llamó á su lado..... Las persianas estaban cerradas, las cortinas estaban corridas: como eran ligeras, unos chales, acababan de quitar la luz..... Al ver así el aposento, todo obscuro, adiviné en seguida lo que acababa de ocurrir..... Cogióme la mano, y me dijo muy quedo:

—¡Vete de aquí!..... ¡Márchate!..... ¡No quiero que vuelvas á verme!.....

Rompí en llanto, cubriéndole de besos la mano que quería retirar. Ella no lloraba; empleando toda su energía para ser fuerte, repetíame:

—¡No, no quiero que me ames; ya no lo quiero!.....

Yo le decía lo que podía decirle: le juré que mi amor era eterno, que nada podía disminuirlo, que mi vida era de ella como la suya era mía, ¿qué sé yo? Y como todo lo temiese de su desesperación, le declaré que no la abandonaría ni un instante sin que me diera palabra de desechar esos locos pensamientos..... Diómela más tarde; pero, ¡con qué tristeza!.....

—Permaneceremos juntos, puesto que te empeñas en ello, —me dijo.—Quizá fueses aún más desventurado si nos separásemos..... Pero cuando quieras abandonarme, ¡acuérdate de que eres libre!.....

—¡Libre!.... ¡Si supiera usted, caballero, cómo me sentía encadenado por un lazo más fuerte que todos cuantos inventaron los hombres, que ningún juramento solemne, que ninguna palabra sagrada!.... Pertenecíala por virtud de la conmisericordia que me inspiraba, y por algo más: la veía tal como la amaba, con su belleza que aún vivía en sus ojos..... Sublevá-

bame ante la sola idea de que un estúpido accidente pudiera amenazar la eternidad de mi amor. Alimentaba también la esperanza de una curación más completa.....

Naturalmente, no podíamos ni soñar permanecer en el sitio donde tanto habíamos sufrido: la alegría serena de aquel paisaje me hacía daño..... Lo abandonamos así que el médico la permitió viajar. Nuestra idea era encontrar un rincón del mundo donde pudiéramos residir sin ver nunca una cara conocida: Italia no se presta á tal capricho. No hay allí ninguna casita de recreo que no sea presa de los que viajan por el placer de viajar. Sin embargo, fué hospitalaria para nosotros hasta el fin del invierno. Después, cansados de ir de sitio en sitio, volvimos á nuestro proyecto de establecernos de asiento. Pensé que en Alemania es donde menos probabilidades hay de encontrar franceses. ¿Por qué elegimos á Weimar? No lo sé..... La casualidad nos trajo aquí, la comarca nos agradó por sus hermosas espesuras, vímosla menos prusiana que las demás ciudades, nos interesaron los recuerdos de Goethe, y así se realizó nuestra elección.....

Esta parte de su relato había costado al señor de Sourbelle visibles esfuerzos. Interrumpióse por un instante, me miró, hizo un ademán vago y prosiguió diciendo de esta manera:

—Hasta ahora, caballero, he podido contarle á usted nuestra historia con sus detalles exactos..... Desde ahora ya no sé nada..... Ya no hay hechos, no acontece nada..... Nos encerramos en esta casa..... Vivimos solos en ella, sin oír otras voces sino las nuestras y las de nuestros criados, sin saber nada de los seres que nos rodean, ni de los que abandonamos, ni del mundo..... Todo lo que acaece pasa en el fondo de nosotros, en tinieblas que sondean nuestras miradas..... Lo que allí encontramos no lo decimos: porque observamos mutuamente nuestras palabras, pesamos su significado, medimos su alcance..... Cada uno se pregunta qué le oculta el otro..... No tenemos confidentes, excepto nuestros silencios, los cuales oímos..... ¡Ah!, es que hay entre nosotros una cosa tremenda:

el amor que muere, no de muerte natural, perdiendo poco á poco sus exaltaciones y ardores, atenuándose, convirtiéndose, convirtiéndose en puro cariño y santa ternura.....; sino que muere de muerte violenta, en plena fuerza, sublevándose contra ella, resistiendo, sin querer..... Igual que un hombre arrebatado en el más bello momento de su vida, en la misma hora en que la saboreaba más, la ve huir y se deshace en esfuerzos desesperados para retenerla.....

¡Oh, cuán miserables somos!.... ¡Débiles, muy débiles, pobres corazones ruines, almas claudicantes! Nos lanzamos con todo nuestro deseo hacia el infinito del sentimiento, hacia el mundo sobrenatural donde el amor se despliega en absoluto, al abrigo de nuestras contingencias..... ¡Inútiles esfuerzos! Dependemos de lo que somos, de nuestros sentimientos, de lo exterior de nuestro ser, de lo más lamentable que hay en nosotros.....

Todo el tiempo que estuvo padeciendo y durante su larga convalecencia, no pensé más que en cuidarla, salvarla, hacer que sanase. Pero, cuando nuestra vida prosiguió su curso regular, no tuve otro remedio sino advertir que ya no era la misma..... Era fea, con esa fealdad de cuerpo lisiado, magullado; con esa fealdad tanto más..... ¡oh, no quiero decir la palabra que se me viene á la punta de la lengua!.... tanto más penosa cuanto que no es natural, sino una afrenta hecha por las cosas á nuestra debilidad..... Era fea, y el accidente que destruyó su belleza no había alterado al mismo tiempo su juventud, ni agotado su fuerza de amar. ¿Y yo?

¡Oh! yo estaba lleno de ternura, de lástima, de cariño, de abnegación..... Experimentaba junto á ella los sentimientos que pueden inspirar la hermosura y la nobleza del alma. Pero eso ya no era amor, se disipaba, ya no existía..... Figurábase cuánto sufriría ella si lograba leer en mi corazón: ¿qué sentimientos pueden reemplazar al amor para aquellas que aún aman?..... Y mentía yo con mis palabras, con mis miradas, con mis besos; representaba la comedia del amor como

mejor podía, con toda mi desesperación, con toda la loca necesidad que tenía de amarla á pesar de todo, hasta la muerte..... ¿Cómo expresar esto? No lo sé. No hay frases para describir tal estado inmóvil, una especie de *statu quo* en que sin embargo se pierde terreno cada minuto; porque, á la postre, ¿qué mujer no nos cala pronto? No podemos engañarlas acerca de nuestros corazones sino cuando ellas quieren que así sea. No estaba en ese caso: ella quería saber, tenía sed de verdades crueles propias de su carácter y que la había inspirado siempre una desconfianza sólo desarmable por el amor triunfante.

El señor de Sourbelles se detuvo. Habíase animado poco á poco, casi hasta la exaltación. Sin embargo, se calmó para continuar con tono más tranquilo:

—No necesito decir á usted que nunca fué ella aquí lo que había sido allá: acabáronse los arrebatos de esa regocijada niñería, que eran mi encanto en nuestra casita de color de rosa; no más alegría, no más abandono. Había vuelto á ser tan silenciosa como en otros tiempos. Comprendí que leía en mí, á pesar mío; que no era engañada, que yo no podía engañarla.... Ahora no tendré más pensamiento que acordarme de sus palabras, ademanes y silencios, inquirir su sentido, interrogar á mis menores recuerdos. Porque, ¿cómo podría yo vivir sin saber lo que pasó por ella durante esa agonía de nuestro amor?..... ¿Comprendió todo y fué indulgente para con esa debilidad de un mísero corazón creído más fuerte y mejor por ella?..... ¿O la parecí un miserable, y sus silencios no eran sino desprecios?..... ¿Ocultarían tal vez un sentimiento análogo al que experimentaba yo por ella, el desesperado pesar por lo que el accidente había destruído de mi alma como de su belleza?..... Nunca lo sabré..... Por más que atormente mi memoria, no lo sabré..... Llevóse consigo su secreto..... Jamás me dijo una palabra que me lo hiciese entrever..... Cerrábase ante mí, se replegaba, se me convertía en persona extraña..... ¡mientras luchaba yo en vano contra mí mismo para dejarla en la ilusión del desaparecido amor!..... Cuando pasó usted

por vez primera por delante de nuestra casita, tan alegre entre las frondas de sus árboles, ¿no es cierto, caballero, que nunca sospechó usted que albergara un drama que hoy le parece á usted harto excepcional, sin duda?.....

¿Excepcional?..... ¿Quizá no tanto?..... Con frecuencia he dicho para mis adentros que en nuestro caso, un azar había sencillamente precipitado, haciéndolo más trágico, el desenlace que de todas maneras nos esperaba. Porque el amor no es eterno: no hay nada eterno, ni aun en el sentido limitado que podemos conceder á esta palabra. Aun cuando hubiera seguido siendo hermosa, de todas maneras nos hubiéramos desamado, ¿no es así? ¡Como tantos otros que antes tuvieron esta misma ilusión de eternidad, como tantos otros que la tendrán después y que también la sentirán quebrantarse en sus corazones frágiles; como tantos pobres seres que han querido lo imposible, á quienes las realidades han detenido, anquilosado, petrificado, hasta que caen, por una caída que es la ley misma de nuestra naturaleza, desde la exaltación hasta el indiferentismo..... ó más abajo! Al menos nosotros nunca rodamos tan hondo: algo nos preservaba, lo mismo que había de raro y trágico en nuestra historia: la soledad que nos rodeaba, nuestro aislamiento en medio de un mundo cuyas leyes habíamos quebrantado, el horror que teníamos á renunciar á nuestro ensueño. Nuestro amor estaba mutilado, pero sus restos se agitaban en nosotros. ¡Si el dolor había reemplazado al gozo, nuestra vida interior seguía siendo vibrante, febril, y sus escalofríos nos aproximaban siempre!.....

Bien sé que á la larga los sentidos se embotan. No se puede seguir mucho tiempo en el estado agudo en que nos encontrábamos; se sale de él, como de todas las situaciones tirantes é insostenibles, por el hábito. Sería nuestro destino, pensaba yo á veces, abdicar lentamente el amor que aún apetecíamos, resignarnos á la existencia que nos cupo en suerte; con auxilio del tiempo hubiéramos llegado de seguro á eso, hubiéramos hallado una especie de equilibrio. Un incidente, cuyas

consecuencias no podíamos prever, vino á cambiarlo todo.

Como ya le he dicho á usted, caballero, había sido completa nuestra ruptura con el mundo. Habíamosla aceptado: á pesar de la desdicha que nos hirió, á pesar de las dudas que nos asaltaron, nunca hicimos ninguna tentativa para reanudar con él nuestras relaciones. Sólo una hermana de mi amiga siguió carteándose con ella. Casada con un escritor conocido y viviendo en París en un medio intelectual é independiente, había, si no excusado, por lo menos comprendido la fuerza irresistible que nos empujó el uno hacia el otro; tanto más cuanto que siempre tuvo entusiasta cariño á la señora H***, que era mayor que ella y la más hermosa de las dos. Esa amistad pareció tanto más preciada á mi amiga cuanto que no tuvo nunca más ninguna otra. Cruzábanse entre París y Weimar frecuentes cartas llenas de afecto. Digo afectuosas y no confidenciales, caballero; no era propia la expansión en el carácter de mi amiga. Nunca participó á su hermana lo que pasaba entre nosotros, hasta el punto de dejarla ignorar su accidente, en el momento de ocurrir el cual, encargado yo de escribirla en su nombre, había recibido la orden de hablar sólo de una indisposición sin gravedad.

Pues bien; hace algún tiempo esa hermana queridísima cayó gravemente enferma: un día, un telegrama de su marido llamó á mi amiga, que deseaba volver á verla. La marcha fué repentina, decidida sin que hubiésemos podido discutir sus inconvenientes, que se me presentaron en tropel la noche en que al regresar de la estación me encontré por vez primera, al cabo de dos años, á solas conmigo mismo en esta casa llena de tantos pensamientos.....

Al llegar aquí, el señor de Sourbelles tuvo un inesperado impulso de simpatía, inclinóse hacia mí y me tomó la mano, diciéndome:

—Entonces fué cuando le conocí á usted, caballero. El espanto de la soledad, ó más bien una necesidad imperiosa de huir de mí mismo, me condujo á esa fonda del *Príncipe Here-*

dero, donde encontré á usted. Sus conversaciones me fueron muy beneficiosas: ¡hacía tanto tiempo que ignoraba yo el fruto que se saca del comercio con los hombres! Por eso, no sin tristeza ni aun sin rubor, me resigné á romper con usted..... ¡como lo hice!..... Debí de parecerle á usted muy estrafalario, ó algo peor que eso..... Pero ahora comprende usted lo ocurrido; y espero que si mi conducta para con usted le ha causado (¿cómo lo diré?) alguna pena ó algún resentimiento, no me guarde usted rencor ninguno por ello.....

Le apreté la mano, que había dejado en la mía, y murmuré algunas palabras afectuosas, creo que con torpeza, porque siempre se es torpe en esas ocasiones en que faltan las palabras. Aceptólas con gratitud, sin embargo, y prosiguió:

—Habiendo adquirido una marcha favorable la enfermedad de su hermana, regresó mi amiga. Durante su ausencia la escribí á diario; ella me contestaba con menos regularidad. El tono reservado de sus cartas no dejaba de causarme extraña inquietud: á través del silencio sentía mejor que en la vida común lo que nos separaba, los pensamientos, las amarguras, los temores que no me confesaba, el obscuro peligro que se cernía sobre nosotros. Por eso la aguardaba yo con el presentimiento de que su vuelta inauguraría una fase nueva de nuestra existencia; y en lo impaciente de mis deseos de verla otra vez, en cuanto me anunciaron su llegada, había casi tanta angustia como júbilo. Sin embargo, al pronto pude creer que eran infundados mis temores. Compréndalo usted: si ya no existía entre nosotros amor, ¡había tantos otros vínculos aún! ¡Estábamos tan indisolublemente unidos; en el desierto que habíamos formado en torno nuestro, éramos tan por completo uno de otro! Separados, habíamos sentido con nueva intensidad el peso de nuestro aislamiento, no teniendo ya contra lo cruel de nuestros recuerdos el recurso de nuestra unión: en el abandono del regreso, en el reconfortamiento de ser dos contra la sociedad enemiga, tuvimos un instante de olvido, casi de ventura. ¡Ay, sólo duró un momento!

¿Qué había pasado durante su breve reingreso en la vida común?..... ¿Tuvo acaso pesares ó remordimientos, no adormecidos ya por la pasión y despertados por la reflexión? ¿Sufrió tal vez de pronto al verse fuera de la vida social, falta de sus goces, consuelos y costumbres, condenada á perpetuidad á esa comedia del amor que representábamos para nosotros mismos y de la cual no midió quizá nunca los próximos hastíos? ¿Acaso tuvo sencillamente espacio para profundizar las causas de dolor que ambos teníamos y para retroceder ante los abismos que entrevió? Sea como fuere y cuales fueren los motivos causantes de esa mudanza, comprendí que ya no era la misma nuestra situación respectiva: no por signos precisos, por acusaciones mutuas, por durezas de lenguaje, por escenas domésticas, pues nada de eso hubo entre nosotros. Pero nuestro humor se transformaba: tras la muerte del amor venía la de los sentimientos dulces y tiernos que ocupaban su lugar, del cariño, de la intimidad, de la confianza. Complicóse lo mentiroso de nuestra vida: no fué ya sólo acerca de un punto sobre lo que tuvimos que engañarnos, sino sobre todo lo que pasaba en nosotros mismos, y nos veíamos obligados á un continuo gasto de energía para reprimir los secretos impulsos de ese malquerer inicial y para ocultárnoslos. ¡Ay! no nos los ocultábamos: acostumbrados á observarnos de continuo, á espiarnos y adivinarnos, éramos uno para otro un libro abierto, un libro comenzado en la embriaguez, cada una de cuyas hojas que se vuelve aumenta el desengaño..... ¡Ah, qué horror el horror y el espanto de la última!.....

El señor de Sourbelles se había sosegado un poco en el transcurso de su relato. Tal es el resultado habitual de las confidencias: los corazones más agobiados se alivian descargándose en palabras. Pero, al llegar á este punto, sus dolorosas impresiones se despertaron con toda su atormentadora agudeza. Acometido otra vez por la fiebre de movimiento, levantóse, dió con agitación una vuelta por el aposento, pasó á la estancia inmediata y volvió. Ya no se ocupaba de mí. Pude creer

que me había olvidado. Pero como fuese yo á levantarme de la butaca, tomó asiento otra vez y prosiguió despacio, con largos silencios entre sus frases:

—¿A qué referir á usted el detalle de su agonía?..... ¡Si supiera usted, si pudiera usted saber cuánto la adoraba entonces!..... No ví más que su atroz sufrimiento, del cual era yo causa..... Sólo ví la muerte que se acercaba, sin que nada, nada, pudiese apartarla....., la muerte que había buscado ella....., la muerte que terminaría todo, que me dejaría solo, con su recuerdo, sobre la tierra desierta. Y sentí que era mi carne y mi alma..... Todo el pasado giraba en torno mío..... Y sollozaba á sus pies, pedíala perdón, jurábala que la amaba, la suplicaba que no muriese..... Se esforzaba en ocultarme sus sufrimientos y á veces trataba de sonreírse..... ¡Oh, con qué sonrisa, en la cual había tanta resignación!..... Al principio había rechazado todo remedio; después, á ruegos míos, se dejó cuidar dócilmente, como una niña..... Sabía bien que era inútil, que se aproximaba la muerte.

—Más vale así,—me dijo, un momento en que sus dolores nos dejaban un poco de descanso.—Soy dichosa..... ¡Muerdo en el amor!.....

Tenía cogida mi mano..... No la soltó..... ¡Estábamos tan unidos, tan cerca uno de otro!..... Era como en los primeros tiempos..... No quedaba nada, nada de lo que había destrozado á nuestro amor..... La muerte nos lo devolvía..... ¡la muerte!.....

El señor de Sourbelles se dobló un momento, y enderezándose luego bruscamente, me dijo:

—¡Venga usted á verla!

Le seguí á la habitación próxima, donde flotaba más suave el pesado aroma de las flores mortuorias. Acercóse al lecho y con resuelto ademán apartó el velo. Se me apareció la muerta.

Las huellas de las quemaduras, como anegadas en la uniforme lividez del rostro, apenas eran visibles: las facciones

habían recobrado su hermosura, una belleza tranquila, altiva, serena, ¡que contrastaba tanto con las agitaciones cuya narración acababa de oír! Bien sé que ya no había alma en aquellos ojos extintos, que no podía preguntarle ninguno de sus secretos; pero en vano trataba mi imaginación de figurarse aquel noble rostro deformado por el dolor ó por la pasión.....

Cuando cesé de contemplarla para volverme hacia el señor de Sourbelles, ví que se había arrodillado delante de la cama y que lloraba.

III

EPÍLOGO

—Está muy bien, cuenta usted á las mil maravillas,—dijo Portal cuando comprendió que Santiago D*** había concluído.—Sólo que su historia de usted no acaba. Imagino que el señor de Sourbelles no pasó el resto de la vida llorando á su querida. ¿Qué fué de él, después?

—Hay seres —respondió Santiago— que no parecen vivir sino para un solo momento, como hay plantas que sólo una vez florecen. Después del supremo episodio que desarrolló su alma hasta los últimos límites de su poder, ¿qué importan el rincón del mundo donde van á vivir y el empleo que hacen de sus días? Inmediatamente de los funerales de *su amiga* (como se complacía en llamarla), el señor de Sourbelles marchóse de Weimar, yéndose junto á aquella hermana á quien la difunta había amado. No creí volver á verle jamás. Sin embargo, el año pasado le ví en una de esas residencias veraniegas donde á menudo se tienen los encuentros más inesperados: en Houlgate. Pasamos juntos una tarde lluviosa, dando los cien pasos por el paseito cubierto. El mar, arrastrado adentro por la marea baja, nos enviaba desde lejos sus quejas; y la orquesta del

casino sus hábitos de piezas de baile. Me contaba el tedio de sus horas ociosas, de sus actos sin objeto, el recuerdo escondido en su corazón que le llevaba de los pesares á los remordimientos, sin darle tregua ninguna. «¡Y no me muero!—me dijo, entre otras cosas.—No se muere ni se mata uno, sino que va arrastrándose con su dolor y se habitúa á su buitres. ¡Y yo no soy el único ejemplar de mi especie! Hay muchos seres como yo, estoy seguro de ello, que van y vienen, beben, comen y hasta duermen, que hacen ó dicen cualquiera cosa, y que disimulan invisibles heridas. Acá y acullá he encontrado á algunos. No me han hecho confidencias, ni yo tampoco á ellos: hemos charlado de política ó discurrido acerca de bellas artes, ó jugado al villar ó al *whist*; y á través de la insignificancia de nuestras conversaciones, presentía en ellos unos hermanos míos; sí, hermanos por el silencio ó por el dolor. Siempre hace bien el no estar solo.»—Había envejecido, aun cuando no en extremo; su voz había adquirido sonoridades extrañas, como una voz que viene de lejos. Sentí emoción al separarme de él: ya no era más que un pobre despojo de naufragio, arrastrado por las corrientes.

—¡Bah!—dijo Portal,—la primera vez que vuelva usted á encontrarle estará consolado. Quizá lo estuviese ya en la playa de Houlgate. Paréceme que la imaginación de usted es quien ha hecho el gasto respecto á la desesperación de él. Y luego, permítame usted que se lo diga, no veo qué prueba esa historia. Usted nos la ha referido para demostrar que los amantes ilegítimos hacen mal en separarse apaciblemente cuando les descubren el lío, y en irse cada uno á su casa. Pero, ahora más que nunca, soy de parecer de que tienen razón mil veces. ¿Quiere usted que ni una aventura se pueda tener sin acabar en catástrofes de tragedia, como la que tanto le ha conmovido? No, no; yo no soy de esos á quienes se les antoja que la muerte es buena hermana del amor. El amor es una cosa exquisita, y no sé cómo haríamos para prescindir de ella; al paso que la otra.....

Y volviéndose hacia mí, me preguntó:

—¿Qué dice usted de eso, caballero? ¿No es usted del mismo modo de pensar?

Crucé una mirada con Santiago y respondí:

—¡Sin duda!

Santiago, comprendiendo mi intención, añadió:

—En efecto, quizá tenga usted razón después de todo.

Y se levantó para marcharse.

—No lo dude usted—volvió á decir Portal;—hemos acabado con el romanticismo. Lo mejor que podemos hacer en este mundo, que sería triste si no tuviéramos en él mucha alegría, es divertirnos todo lo posible.

—Evidentemente—concluyó Santiago, á quien, como á mí, le parecía ocioso discutir tales cuestiones con seres de una especie tan diferente.

Salimos juntos mi amigo y yo. Al estar fuera, quise hablarle de Portal. Cambió de conversación; según había observado yo más de una vez, ofendido Santiago, gustaba de callarse. Por eso no insistí, é íbamos uno junto á otro, siguiendo cada cual sus pensamientos, por una avenida que nos aproximaba al centro. No tardamos en separarnos. Regresé á mi casa pensando en el relato que acababa de oír, en la conversación que lo había provocado y en las conclusiones que Portal sacó de él. Y una vez más sentí honda lástima por los pobres hombres. No son malos, ni aun á través de sus peores faltas; y aunque lo fuesen, la inmensa facultad de sufrir que hay en ellos les excusaría, ennobleciéndoles. ¿Qué rencor puede guardarse por el daño que hagan á la insensible abstracción del cuerpo social, ó aun á sus hermanos? Sí, ¿qué rencor puede guardarse á seres que son sus propios verdugos? Aprendiendo á conocerlos, se les perdona y aun se les compadece. Trataba yo de poner en claro los sentimientos del infeliz cuya historia no se me borraba de la memoria; medía el espacio entre el ímpetu de su arrebató al apoderarse de su amada y su caída en la nada del amor extinto; admiraba su paciencia para con-

llevar su destino, ocultando todo lo mejor posible el vacío que un cruel azar formaba en él de pronto; comprendía lo infinito de su desesperación cuando el desastre de la muerte iba á rematar el desastre del amor. Y hubiera querido encontrarle en una esquina de la calle, reconocerle á primera vista y alargarle la mano, ofreciéndole el bálsamo de mi conmiseración.....

.....Y luego le olvidé. Pensé confusamente en otras historias más ó menos semejantes á la suya, que había yo entrevisto ó presentido ú oído referir, que conocía mal, á cuyos protagonistas juzgué severo y á veces con malevolencia, á la vez que recordaba estas palabras de un poeta: «Si yo fuese Dios, tendría lástima del corazón de los hombres.....» ¡Hermosas palabras, de hondo significado é infinitas resonancias! Porque, en último término, ¡qué riquezas de sentimiento, qué tesoros de ternura, de bondad, de valor, se pierden tan á menudo en esto que llamamos *el mal!* ¡Qué nobles energías gastadas á veces para unirse dos corazones, separados por hartos obstáculos y que se rompen al romperlos! ¡Cuántos lazos condenados por nosotros valen más que los tejidos por nuestras leyes! ¡Cuántos sacrificios hechos en pro de la culpa son tan puros ó acaso más que los hechos en aras de la virtud!..... Sin embargo, juzgamos, condenamos, menospreciamos, odiamos, sin saber, sin comprender, orgullosos de nuestros códigos, seguros de nuestras leyes..... Y al meditar acerca de estas cosas, me puse á soñar por un instante un mundo donde, á falta de Dios, los hombres mismos se apiadasen del corazón de los hombres.....

EDUARDO ROD.

ESCRITORES FRANCESES CONTEMPORANEOS

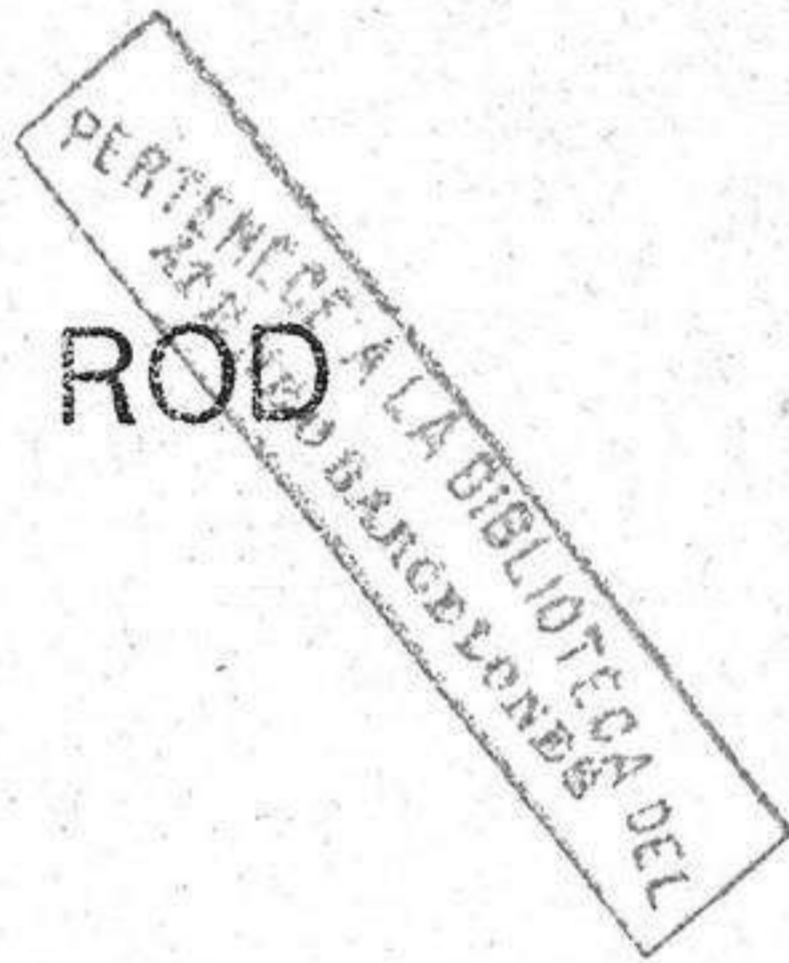
EDUARDO ROD

I

EL PENSADOR

La publicación, en LA ESPAÑA MODERNA, de una traducción de la novela de Eduardo Rod, *El Silencio*, me ofrece ocasión propicia de consagrar algunas páginas al notable autor, apenas conocido aquí y, en Francia, más que popular, estimado de la gente delicada de gusto y de los críticos que calan hondo. Entre los nombres nuevos que insensiblemente han ido colocándose en primera línea desde la reciente transformación de las letras francesas, es el de Eduardo Rod de los que merecen mayor atención y respeto, por la sinceridad y seriedad de su labor y la alta aspiración moral que en ella se descubre.

Mi simpatía hacia Eduardo Rod no es de ahora; empezó con la impresión que me produjo su original y discutida novela *La course á la mort* (*Correr á la muerte*), que leí hace más de doce años, y que me impulsó á buscar y leer también lo que sucesivamente iba dando á luz su autor. Lo que ni entonces ni ahora supe ni traté de averiguar, fueron la vida y



milagros, el carácter y costumbres de este escritor, que ya se cuenta en el número de mis predilectos. Tal ignorancia era fácilmente vencible: tardaría en disiparse el tiempo que media entre la carta que va á París y la respuesta que de París torna; pero, aunque ningún género de ignorancia me parezca recomendable, no sé por qué he preferido seguir conociendo de la biografía de Rod únicamente dos datos: que no debe de ser viejo, ni siquiera muy maduro, y que es suizo, paisano de Rousseau y Benjamín Constant. Dije que no sé por qué, y me retracto: sé muy bien que, de diez veces cinco, me estorba la biografía de los escritores. Si puede iluminar á la crítica, también puede extraviarla; si puede completar la idea que de un autor nos formamos, también puede llenarnos de confusiones y de dudas. A muchos autores, por sobra de información biográfica, nos inclinamos á no verles en sus libros, sino en su vida; la anécdota, la leyenda, el drama pasional, la rareza, la manía, la frase feliz, la trágica desventura, nos escamotean, por decirlo así, el elemento literario é intelectual, ó se mezclan é identifican con él de tal suerte, que borran las líneas y falsean y tuercen nuestro juicio. Por otra parte, las semibiografías de gente que vive, y acerca de la cual á menudo no es lícito contar todo lo que se sabe y se piensa, lo que quizás expresaría mejor las ramificaciones del carácter esas semibiografías que los escritores padecemos, arregladas para diccionarios, plagadas de inexactitudes y de ambigüedades, no son el faro que guía, sino la hoguera que lleva al escollo con su reflejo intermitente. Antes no saber nada de un escritor, que saber cosas sin conexión ni enlace posible con sus libros.—Los de Rod encierran mucho que nos importa, que nos induce á reflexionar, que nos obliga á sentir: ¡quizás de su biografía no puede decirse otro tanto!

He observado, además, que los críticos franceses que consagran á las obras de Rod detenidos análisis, de su persona no dicen palabra, y esto me induce á suponer que Rod tiene el buen gusto de detestar el reclamo de las indiscreciones, la

exhibición de la personalidad, no de la artística (que esa puede y debe exhibirse, como que es lo que ofrece de *ejemplar* el artista), sino de la otra, la que sólo suele preocupar á la familia y á algunos amigos íntimos. Si ocurre que el vulgo quiere curiosear esta personalidad que, á mi juicio, debe permanecer envuelta en discretos cendales, el susodicho vulgo generalmente no aspira á más, y reemplaza con el recuerdo adulterado de cuatro menudencias chismográficas la lectura y la consideración de lo que producen el escritor ó el artista. El silencio de los críticos de Rod me enseña á imitarles, y á no ver en él más que una inteligencia y un alma que se me revelan al través del espacio. El alma de Rod, verosímilmente es superior á su vivir y á su historia; en abono de esta opinión recojo un párrafo del propio Rod, en el libro antes citado, *Correr á la muerte*. Dice así: «La vida intelectual está completamente separada de la práctica. Haga cada cual examen de conciencia, y verá qué distancia media entre lo pensado y lo realizado. Nadie ignora que Schopenhauer vivía como cualquier ciudadano pacífico; Hartmann, que trazó con negrísima tinta el balance entre el bien y el mal y sacó el irreparable déficit, es, según dicen, un excelente padre de familia; y la mayor parte de los escritores cuyas tendencias parecen alarmantes y corruptoras, pasan una existencia laboriosa, sana y honrada.» No faltará quien arguya que la exhibición de esta vida sería más ejemplar que los libros de Rod ó de los propios Schopenhauer y Hartmann: la tesis puede defenderse, pero yo observo que millones de ciudadanos pacíficos y de apreciables padres de familia desaparecen del mundo sin que nadie se acuerde de consagrarles un estudio biográfico, y sin que su obscura vida sirva á nadie de ejemplo ni de enseñanza, y de deleite muchísimo menos.

Eduardo Rod empezó su labor de pluma por donde la empezaba la juventud hará unos cuatro lustros. Así como hoy los principiantes van á engrosar las filas de los neomísticos, los neuropsicólogos ó los decadentistas, entonces salían los mu-

chachos á tambor batiente y bandera desplegada, proclamando la guerra naturalista. La primer novela de Rod, *Palmyre Veulard*, está dedicada á Emilio Zola en cuanto maestro y doctor sumo, y escrupulosamente ajustada á los procedimientos de la escuela. Al presente, Rod, desdeñando aquel momento en que giró en la órbita del pontífice de Medan, borra á *Palmira Veulard* de la lista de sus obras, y no la anuncia en la cubierta; no sé si andará por los puestos de viejo decomisando ejemplares, pero es probable que sí. El agudo y donoso crítico francés Renato Doumic, á quien tendré ocasión de volver á citar, dice á este propósito: «El error de Rod me es simpático: no le falta gracia, y es lindo ejemplo de literario fervor: Rod era casi un niño; lanzábase á la carrera con ese entusiasmo que la mocedad de ahora deja caer en desuso; cedía al furor de imitación, primer síntoma revelador de la vocación literaria; bonitamente se situaba á la cola del maestro que se hallaba á la cabeza de todos, sin inquirir si le unían con él afinidades de talento, sino por mera necesidad de sentirse discípulo.»

Por cierto que Doumic, al expresar estos conceptos, asegura que el ejemplo de celebridades tan estruendosas como la de Zola basta para despistar eternamente á los chicos de talento y porvenir. Precisamente el caso de Rod es clara muestra de que no sucede así, y que la espontaneidad del temperamento artístico acaba por sobreponerse á la admiración y al fervor del prosélito. Rod era irreductible al molde de Zola, porque el autor de *Germinal* es ante todo un gran poeta, ya lírico, ya épico, y Rod un pensador, que expresa sus reflexiones por medio de la ficción novelesca (y no siempre). Sin tardanza sacudió el yugo y descubrió su rumbo propio. Ya que por este rumbo, al través de la novela, suele guiarnos Rod á regiones más elevadas de moral, estética y filosofía, antes de considerarle como novelista debemos tomar en cuenta sus dos libros de crítica ideológica, ó, adoptando el nombre que se le ha querido dar, de crítica *intuitivista*. Titúlense *Las ideas morales de nuestros días* y *Jacobo Leopardi*.

Las ideas morales de nuestros días las entresaca Rod de las obras de varios escritores, de diversa magnitud, cuya lista es la que sigue, por el mismo orden en que los cito: Ernesto Renan, Schopenhauer, Emilio Zola, Pablo Bourget, Julio Lemaitre, Edmundo Scherer, Alejandro Dumas hijo, Fernando Brunetière, el conde Tolstoy y el vizconde de Vogüé. Rod estudia el concepto que estos hombres, guías ó *leaders* del pensamiento francés contemporáneo, tienen de los problemas esenciales de la moral, absteniéndose de hablar de los filósofos y moralistas de profesión, porque estos no ejercen acción eficaz y directa en el público, mientras los escritores de carácter literario difunden sus ideas con sutil é indirecta propaganda. Reconoce sin embargo Rod, adelantándose á las objeciones que se le pudieran dirigir, que la mayor parte de los escritores cuya moral investiga, no la tienen en la acepción sistemática de la palabra, y sólo poseen opiniones, á veces incoherentes y contradictorias, por lo cual teme Rod, al analizarlas y resumirlas, haber introducido en ellas una facticia cohesión. También comprende (Rod padece la enfermedad novísima de comprenderlo todo) que en nuestros días existen, diseminadas entre la colectividad, infinitamente más ideas morales de las que encierran los escritores designados por él para representar la moral nueva; pero no pudiendo abrazarla toda, se concreta á un episodio de la lucha moral contemporánea, el episodio literario.—La idea fundamental de Rod es ingeniosa y profunda. Entiende que la concepción moral en las letras ha venido describiendo, desde hará sesenta años, una especie de semicírculo, cuyos dos extremos son el escepticismo de Renán y el neocristianismo de Vogüé. De Renan arranca una corriente *negativa*, la cual va en aumento, reforzada por el torrente pesimista que se deriva de Schopenhauer, y el naturalista, que procede de Zola, hasta que la escuela de la moral independiente, capitaneada por Alejandro Dumas hijo, y los defensores de la tradición, por ejemplo Brunetière, abre senda á los que ya francamente se apoyan en la fe, los que, al aspirar á

que retornen las cigüeñas á los desiertos campanarios, forman la corriente *positiva*. Aunque Rod no se resuelve á sumergirse en las refrigerantes aguas del neocristianismo, no oculta que este movimiento le atrae, y espera vagamente que en esos manantiales de vida se bañarán las generaciones futuras. La reacción tiene pues en Eduardo Rod, á falta de un apóstol, un catecúmeno, ó que desearía serlo (si bien yo creo que no puede).

A mi parecer, desde los mismos orígenes de la corriente negativa,—desde Renan,—estaba en germen la reacción que hoy presenciamos. El que bajo el Renacimiento recibiría el nombre de heresiarca, y hoy se contenta con el calificativo mucho más modesto de exégeta racionalista, en nada se parece—Rod lo reconoce—á aquellos incrédulos á carga cerrada del siglo pasado, los Volney, los Holbach y los Cabanis. Renan, apartado de la Iglesia, no deja ni un instante de sentir la nostalgia profunda del divino bien que ha perdido. Impregnado de fe, como de incienso la ropa de los devotos, derrama religiosidad al querer sembrar blasfemias. De ahí sus transportes en Palestina; de ahí su confesión enigmática, restrictiva, acaso involuntaria, de que verdaderamente Jesús, en un momento dado, fué hijo de Dios, y su religión no sólo la buena, sino la absoluta religión de la humanidad. Pero Rod, ya lo hemos dicho, estudia á Renan como moralista, y al hacerlo pone de manifiesto la aristocrática y desdeñosa inutilidad de una ética estética que se recrea en el esfuerzo hacia el bien porque constituye un bello espectáculo, y antepone la concepción pura del bien, el deseo de lo bueno, á su realidad y efectos activos. Con razón anuncia Rod que el frágil edificio de la moral renanista nació ruinoso.

Schopenhauer—no el verdadero, el autor de *El mundo como voluntad y representación*, sino el que conocen los eruditos á la violeta, el de los *Aforismos*, las paradojas, las doloras y las humoradas en prosa, poéticas y relumbrantes — merece todavía de Rod más severo juicio, á pesar de que en las máximas del filósofo poeta suele Rod inspirarse, y de su jugo está

impregnado sin querer. Las causas de la propagación de la doctrina de Schopenhauer y de que haya influido en el pensamiento francés como no suelen influir los extranjeros, son, en efecto, las que señala Rod. Los desastres de 1870, la guerra, la Commune, el fracaso general del régimen á que Francia esperaba deber siempre la hegemonía del mundo civilizado, prepararon á la muchedumbre á escuchar la voz del que en forma tan clara, tan latina, tan lapidaria á veces, glosaba las tristezas eternas, que nos parecen nuevas cuando es nuestra alma la que para ellas nace, la que de nuevo, en cada hombre, empieza á sufrir dolores ya conocidos, comentados y ahondados en los días de Salomón y de Job. Acaso el francés es un ser tan comunicativo é impresionable, que, sin ser tonto, puede encontrar consuelo en el mal de muchos, en la comprobación de la universal desventura. Cada época tiene sus elegiacos, sus satíricos y sus moralistas; Schopenhauer fué todas estas cosas juntas para Francia, después del desastre que siguió á la caída del segundo Imperio.

Más curioso que el juicio de Renan y Schopenhauer, es el que Rod consagra á Zola, su antiguo maestro, su primer ídolo. Entre los innumerables aspectos y estados del alma humana, más fértil en combinaciones que la naturaleza, no conozco ninguno que se preste á la sonrisa de la ironía, como el de disecar en frío el amor desvanecido ó la extinguida admiración. ¡Fase del sentimiento que debería demostrarnos la vanidad de nuestros afanes; fase que conduce al pesimismo, ó, mejor dicho, al nihilismo absoluto! Así como nuestro andar es una caída continua que antes de terminar se detiene, y nuestra respiración lucha no interrumpida contra la asfixia que se nos quiere entrar en los pulmones,—nuestros entusiasmos, las quintesencia más exquisita de nuestro espíritu, también son algo que oxidamos y eliminamos sin advertirlo, hojas que se nos caen, elementos que llegan á figurárenos tan extraños y tan ajenos á nosotros, como si antes no hubiesen formado la raíz y la razón de ser de nuestra vida psíquica!

Lo más desconsolador, es precisamente la severidad con que juzgamos el prestigio de ayer. Sospecho que á Rod, su propia lucidez, tratándose de Zola, ha debido de infundirle melancolía. Digo lucidez, y debo añadir que á la lucidez se une mucha dureza y apasionamientos nuevos, los del rigor, á veces tan engañosos como los transportes del entusiasmo. Pinta á Zola prosternado con supersticiosa devoción, como el salvaje ante el fetiche, ante la ciencia, cegado por su anhelo hasta figurarse que la posee, y empeñado en establecer leyes mediante la observación de un caso aislado, olvidando el axioma escolástico, que «los particulares no hacen ciencia». Le ve inventando, más que estudiando ó retratando, los entes de razón que forman la serie de los *Rougon Macquart*, y—en nombre de una sabiduría quimérica, sin base ni fundamento,—negando lo sobrenatural, suprimiendo la metafísica de *enmarañados cabellos*, y haciendo tabla rasa de innumerables disciplinas que sólo de nombre conoció. Le describe coleccionando tipos de humanidad cual se coleccionan sellos ó insectos, siéndole indiferente en el hombre la dignidad, el porvenir, la moralidad,—impasible á guisa de director en el laboratorio;—y esta apatía del moralista es lo que sulfura é indigna á Rod, escritor de tendencias morales ante todo. Su celo de convertido le lleva á olvidar, á no mencionar siquiera lo que hace tan grande á Zola: la amplitud casi homérica, la fuerza, don y privilegio de los dioses.

La curva de la negación empieza, en opinión de Rod, á cambiar de dirección cuando aparece Pablo Bourget: con él renace la psicología y se restaura lo que el naturalismo había proscrito y desdeñado.—Aquí también encuentro una objeción: si Bourget plantea resueltamente ciertos problemas morales, Alfonso Daudet, sin alardear de psicólogo, había sostenido durante todo el período naturalista el estudio de los caracteres individuales,—pura psicología,—y los derechos del sentimiento. No basta, para ser psicólogo, preciarse de serlo: en Alfonso Daudet la psicología es indirecta; no hay mecanis-

mo, no hay *operación del trépano*; hay, en cambio, almas verdaderas, reveladas en actos, en movimientos, en gestos, en palabras, en todo lo que realmente nos sirve de guía para conocer la vida interior. La diferencia entre un psicólogo á lo Bourget y un psicólogo á lo Daudet, es la que había entre las predicaciones de San Antonio de Padua y San Francisco de Asis: San Antonio hablaba, se estaba hablando horas enteras; San Francisco cruzaba los brazos dentro de las mangas del sayal, bajaba la cabeza y salía á la calle así, sin pronunciar palabra: los dos habían predicado.

No sin desviaciones é inflexiones numerosas, sigue la curva la dirección positiva por medio de Scherer, Lemaître, Dumas y Brunetière, y adopta ya la posición espiritualista hasta el ultramisticismo, con Tolstoy y en general con los autores rusos, que llegaron á tiempo, cuando el público los pedía con mucha necesidad, cuando la tierra seca anhelaba la lluvia celeste. Tenía que suceder que la gente se hartase de lo material, sanguíneo, carnal y corrompido. No fué, con razón lo dice Rod, el humor antojadizo de unos cuantos escritores engolosinados por lo exótico; fué ley de nuestra naturaleza, cambio previsto y anunciado por síntomas que no engañan. El nuncio y evangelista de los rusos, Melchor de Vogüé, hombre de la raza de Chateabriand, Bonald y De Maistre, atento á las cuestiones que agitan y conmueven á su siglo, se hizo cargo de lo que se había perdido en la refriega: la alhaja perdida, pisoteada, era el cristianismo nada menos; que reapareciese, y la literatura sería renovada hasta sus últimas fibras. Por algo se dijo que la gran deficiencia de Zola y de sus secuaces incondicionales, era escribir absolutamente lo mismo que si Cristo no hubiese venido al mundo.

Esta renovación de la literatura mediante la nueva infusión del cristianismo, su historia, su porvenir, es el fenómeno estudiado en el libro á que vengo refiriéndome, la idea que presta unidad á los trabajos de Rod, por otra parte muy delicados y sentidos, donde abundan las certeras observaciones críticas,

los matices finos y penetrantes de una pluma que comprende la belleza, aunque no la prefiere á todo. Resumen de la obra puede considerarse el párrafo que transcribo: «Sucede, pues, que hoy el mundo, que parecía precipitarse con vertiginosa rapidez hacia el materialismo y la negación, el radicalismo y la anarquía, se ha detenido, y, tras fuerte sacudimiento, empieza á desandar lo andado, á moverse en dirección inversa. Esta reacción, cuyos albores son recientes, y que los historiadores tal vez fecharán desde el advenimiento de Alejandro III, que la inició en Oriente, ó de Guillermo II, que en Occidente la representa, ha sido tan rápida y decisiva, que ya amenaza barrer, amén de las corruptoras doctrinas que en su camino encontró, algunas de las más bellas conquistas del liberalismo, de sus más generosos sueños.» Mirando á lo futuro, Rod no logra entrever siquiera las consecuencias probables de esta reacción general, ni menos se atreve á afirmar que traiga aparejado uno de esos períodos de coherencia, solidez y grandeza, como fué entre los franceses el siglo XVII y el XVI entre nosotros.

Tampoco pretendemos nosotros profetizar, que es oficio deslucido y arriesgado; pero si es lícito juzgar del porvenir por el presente; si nos han de dar luz los auspicios buscados en las entrañas palpitantes de las nobles víctimas que Rod en su libro abre y despedaza (y aun en las mismas entrañas del autor del libro), nada duradero ni estable podemos esperar de una reacción, por otra parte natural, simpática y prevista.— No logro persuadirme de que los moralistas *positivos* se diferencien de los negativos en lo más importante, en lo que Rod declara esencial: la sencillez y unidad de la conciencia, la robustez de la fe. Sin exceptuar ni á Vogüé, tengo para mí que ninguno posee la única regla fija, la que estriba en verdades que están fuera y por encima de la razón humana, verdades que el corazón puede presentir, á las cuales puede abrazarse sin verlas evidentemente, como niño que en las tinieblas corre hacia donde suena la voz de su madre, pero que no acierta á

demostrar el raciocinio. Hácese cargo de esta dificultad Rod, al hablar, por ejemplo, de Scherer, al notar la contradicción que en el eminente crítico existía cuando resistiéndose á reconocer los fundamentos absolutos de ciertos principios de moral, y hasta de ciertas leyes de decoro artístico que de la moral dimanaban y son su flor social por decirlo así, retrocedía atemorizado ante las consecuencias prácticas de su negación; al proponernos el enigma sin clave del alma de Tolstoy y notar cuán impropiamente llamamos *místico* á un hombre que no cree en la vida futura, y por falta de un ser divino ha divinizado al hombre y al sufrimiento; al estudiar el dogma de Lemaître, comprobando que en él no existe idea de Dios; al analizar uno por uno el credo de los supuestos afirmativos, y darse cuenta de que ó son juguete de su propia sensibilidad, como Tolstoy, ó juegan, como Lemaître, con los prismas y las pompas de jabón de un agudo ingenio. Tristeza causa escribirlo, pero la reacción actual, en las esferas de la inteligencia, nació agrietada, hendida y sin cimiento. ¿Qué haríamos con ocultarlo? Todos hemos esperado en ella.....

Examinemos al propio Rod; hagamos la crítica de su crítica de críticas, y nuestra inquietud y desaliento subirán de punto. La confesión más explícita y también más desconsoladora, la hace á propósito de Bourget. Es página en que remanece el suizo austero, que respiró el ambiente semiespartano de aquellas montañas agrestes, glaciales y descarnadas, y renueva, sin querer, la tesis de Juan Jacobo, condenando el progreso, el bienestar, la hermosura, en nombre del bien y de la virtud. Escuchemos sus discursos. «La afición al lujo y la elegancia se aviene mal con la virtud; la virtud, según la concibe el mundo moderno desde el advenimiento del cristianismo, es humilde, pobre, popular, y desde que Jesús habló, es ardua cosa para un rico entrar en el reino de los cielos.» ¿Qué tal la muestra? Pues ahí va otra: «Y si los refinamientos de la elegancia no son compatibles con la virtud, tampoco lo son los de la inteligencia. Toda riqueza, sea material ó inmaterial, lleva en sí misma un

germen de destrucción, castigo de los goces que nos proporciona; el reino de los cielos sólo está franco para los pobres de espíritu. Así como la fortuna no se hace sino de ruinas, la inteligencia sólo se adquiere disolviendo.» Tal es, sin atenuación alguna, el credo de Rod. A propósito de Vogüé, insiste y refuerza el argumento. «El heroísmo—escribe—hállase amenazado de muerte: no le son favorables ni el exceso de comodidades, ni el exceso de cultura intelectual. El heroísmo es una planta rústica y recia, que puede crecer en los desfiladeros del Taigeto, y sucumbe en tierra cálida.....»

La teoría no peca de nueva, pero trabajo le mando á Rod si pretendiese apoyarla en datos históricos.

No solamente la elegancia y refinamiento no influyen sensiblemente en la disminución de la virtud, sino que en ocasiones á la virtud sustituyen, dando el resultado práctico de evitar acciones que son malas, pero no repugnan tanto por malas cuanto por bajas, viles y groseras. Y si la inteligencia sólo se adquiriese disolviendo, y si sólo fuesen buenos, santos y heroicos los necios, ó al menos la gente de escaso caletre, y los hombres toscos y rudos, los católicos tendríamos que borrar del santoral á santos tan finos y caballerosos como San Francisco de Sales y San Francisco de Borja, y á santos tan grandes filósofos y pensadores, y tan sutiles psicólogos, como San Agustín, Santo Tomás y Santa Teresa de Jesús. Si el objeto de estas páginas que emborrono no fuese sencillamente dar á conocer los méritos de Rod, en vez de refutar los que considero sus errores, mucho diría aquí acerca de los pobres de espíritu y las supuestas virtudes de la gente zafia, ignorante y comedora de bodrio. En cuanto al heroísmo, las ciudades de mayor refinamiento artístico nos han dejado de él sorprendentes ejemplos; y aunque nos olvidásemos de París, alimentándose, durante el sitio, de carne de ratas—recuerdo bien contemporáneo—basta evocar los anales de Atenas, Florencia y Roma, para saber que la cultura, á veces, fomenta la dirección ideal que el valor exige para demostrarse con actos dignos de loa eterna.

El libro titulado *Giacomo Leopardi* no expresa la personalidad de Rod como el que acabo de reseñar; ó, por mejor decir, expresa sus opiniones estéticas y filosóficas, en vez de las intelectuales y morales. El estudio sobre Leopardi descubre la predilección hacia el poeta que ha sabido dar forma á nuestra manera de concebir la vida y nuestros más íntimos sueños, que no son los placenteros, sino los dolorosos. Aquel alma de autocrucificado, que devoró y torturó el cuerpo de Leopardi, muestra afinidades con el alma apenada y enfermiza de Rod. Son ambos mártires de sí mismos, pero Leopardi es ante todo poeta lírico y subjetivo; Rod tiene más de objetivo; le interesan el mal del mundo y las penas de la vida, no sólo por sí mismo, sino también por los demás (no digo por el prójimo, que sería la palabra cristiana, porque Rod no es todavía cristiano á boca llena y acaso, lástima grande, no llegará á serlo nunca). Un estudio sobre los prerrafaelistas ingleses, hecho con amor, inteligencia y claridad; otro sobre el arte y el simbolismo wagnerianos; otro, que haría saltar á nuestros hugólatras, sobre Víctor Hugo, son lo más significativo de este volumen, en el cual se incluyen algunos artículos más, con carácter de estudios bibliográficos. La devoción de Rod por Leopardi; su simpatía por los prerrafaelistas, que en vez de pintura hacen literatura pintada, pintan ideas; su entusiasmo por Wagner; su campaña contra Hugo, todo brota de la misma fuente: Rod estima y saborea en la literatura y en el arte el elemento intelectual, la concepción reflexiva y profunda que se traduce en inspirada forma. Mientras despliega una severidad implacable para condenar la vulgaridad de pensamiento y la superficialidad de sentimiento de Víctor Hugo, y, ante las deficiencias del pensador, parécenle secundarias las inmensas dotes del poeta, el vigor de las imágenes, el esplendor de la frase, la soberana densidad y bronceada resonancia de las estrofas, la fuerza de las metáforas y la titánica energía de las antítesis, quema incienso en el altar de Leopardi, elegante y sobria ara griega, donde arde el fuego de la mente. Leopardi,

Wagner, son devociones de idealista, de pensador. Y obsérvese cómo Rod no se exime de esa contradicción que convierte á los *positivos* en *negativos*, y acabará por identificarlos, ya que no en doctrinas, en los amargos frutos de ellas. Obsérvese cómo, incapaz de ponerse de acuerdo consigo mismo, mientras aspira al dictado de moralista, prefiere en arte el elemento idealista é intelectual, después de haber reconocido, á ejemplo de Rousseau, que la inteligencia no adquiere sino disolviendo. El desenlace funesto del drama moral de la inteligencia viene á ser, para Rod, el que Wagner quiso expresar en su tetralogía por medio de un símbolo: la redención, no por la expiación, ni por la fe, ni aun por la gracia y misericordia divina, sino por la disolución en el seno de la *nada*. «La voluntad, que quiere hacer un mundo á su imagen, no puede llegar á satisfacerse sino en el aniquilamiento final.»

Tal es la desesperada conclusión de todos estos moralistas de la reacción antimaterialista y antinaturalista, y, no cabe duda: á su manera, se dejan muy atrás en inmoralidad al viejo naturalismo, tan pasado de moda y tan puesto en solfa. Era el naturalismo, á ratos y como por obedecer á una consigna, crudo, limitado, rastrero, sin ventanas, sin luz, sin aire; los neoidealistas y neomísticos de hoy, entre los cuales Rod ocupa, por derecho propio, señalado lugar, abren ventanas, respiran hacia lo infinito, respiran, sí..... pero es á la parte del abismo, del eterno dolor..... y no diremos del *infierno*, por no herirles el oído con vocablos del lenguaje teológico, que tampoco está muy en alza. La lucha que sufrió Edmundo Schérer, Rod la sufre: es pensador, investiga, duda, se inquieta, vive dentro de sí, anhela certidumbres, busca senderos, se arrodilla ante el bien, como los paladines de Wagner ante el santo Grial; no estima sino las obras intelectuales..... y sin embargo cree que la inteligencia es el mal, el disolvente, el veneno. De esta contradicción nace la incurable tristeza que veremos revelada en sus novelas, de las cuales trataremos en el próximo artículo.

EMILIA PARDO BAZÁN.

EL SUPERHOMBRE

CON OCASIÓN DEL LIBRO DEL SEÑOR DON POMPEYO GENER,

TITULADO

AMIGOS Y MAESTROS

*Forcitan et majora audens producere tellus
Cœumque, Enceladumque feret, magnumque Tiphœa,
Ausuros patrio superos detrudere cœlo,
Convulsumque Ossam nemoroso imponere Olympo.*

Fracastorii: DE MORBO GALLICO.

La vida intelectual me parece que en Francia, más que en nación alguna, está reconcentrada en su capital: París. En Alemania hay muchos centros, como Berlín, Leipzig y Stuttgart, que persisten, á pesar de la unidad política creada por el Imperio. En los Estados Unidos, con no menor actividad, se escriben y se publican libros en Nueva York, en Boston, en Filadelfia ó en Chicago. Y en nuestra España, aunque proporcionalmente se escribe menos y se lee mucho menos, la producción literaria no está encerrada en Madrid, sino que se muestra en varias ciudades de provincia, especialmente en Sevilla, Bilbao y Barcelona. Mucho me felicitaría yo de todo esto, aplaudiéndolo, si la manía del regionalismo no lo echase un poquito á perder; pero hoy quiero prescindir del regionalismo y no decir de él una palabra. Diré sí que Barcelona compite con Madrid, y aun se adelanta y supera á Madrid en muchos puntos. Y también diré que los madrileños y los que

en Madrid habitualmente vivimos, no ignoramos ni desdeñamos, como tal vez hace treinta ó cuarenta años, lo que en Barcelona se escribe y se publica, aunque sea en catalán ó en francés y no en el idioma castellano, que prevalece desde hace cuatro siglos como idioma nacional, español por excelencia, que se extiende desde California al estrecho de Magallanes, y que se habla y se escribe, no sólo en esta Península y en las islas que son aún sus posesiones, sino también en diez y seis ó diez y siete Repúblicas ó Estados independientes. Cuando crezcan en todos ellos la población, la prosperidad y la cultura, bien podrá lisonjearse cualquier literato ó sabio de mérito, si escribe en castellano, de que contará, naturalmente, con un público de los más numerosos y extendidos que hay sobre la superficie de la tierra.

Entonces, como ahora, todo cuanto se produzca escrito en castellano, vendrá á enriquecer el tesoro literario español, y, si vale algo, será recibido, no con celosa envidia, sino con satisfacción y con júbilo por todo el que se precie de español y sienta en el alma el amor de la *patria grande*, ó sea de la casta.

Lo que es yo, y no me tengo por excepcional ni por raro, lo mismo celebraré la aparición de un buen libro, en verso ó en prosa, en Caracas, en Bogotá ó en Quito, que en Málaga ó en Zaragoza. Niego, pues, ese desdén, esa rivalidad que entreveo que se nos supone, á los que escribimos en Madrid, contra los que escriben en español en otras ciudades, y singularmente en las de Cataluña. ¡Ojalá escribiesen allí cosas tan buenas que, sin excitar nuestra envidia, despertasen en nosotros emulación noble y nos moviesen á escribir con mayor tino, primor é ingenio que en el día!

Como quiera que ello sea, yo de mí puedo decir que cuando sé de un autor nuevo ó leo un libro nuevo, en castellano, prescindo para elogiarle de la región en que está escrito ó impreso, y le elogio cuanto merece y tal vez proporcionalmente más, según la distancia desde donde el libro viene, causándome por ello impresión más grata y peregrina.

Largo es el anterior preámbulo, pero no está de sobra, para afirmar aquí que si bien no he leído yo *La Muerte y el Diablo y Herejías*, de D. Pompeyo Gener, ha sido por descuido y no por malquerencia regional, y que ahora, después de haber leído el flamante libro del mismo autor, titulado *Amigos y Maestros*, hallo que su autor es digno de consideración detenida y de extraordinario aplauso. Y aunque sea en cifra y resumen, por no tener lugar ni tiempo para más, voy á dar aquí alguna noticia de dicho libro, tratando de realzar las elevadas prendas de pensador ingenioso, de escritor elegante y fácil y de persona docta y discreta, que ha mostrado el autor al componerle.

Para gustar de un autor no es menester coincidir con él en opiniones y creencias, ni mucho menos dejarse convencer por sus razonamientos. A menudo suele sucederme lo contrario, y así me sucede con el libro de D. Pompeyo Gener. Mucho tengo que aplaudir en dicho libro, y muy poco de lo que dice me convence, aunque aplaudo el entusiasmo, el saber y el ingenio con que lo dice. Ténganse por dados mis aplausos, y permítaseme que contradiga yo algunos de los asertos del Sr. Gener, considerándolos completamente erróneos, ó bien que ponga reparos y haga observaciones sobre los que hallo conformes á medias con lo verdadero y lo justo.

Amigos y Maestros es una colección de semblanzas ó retratos de escritores franceses todos, menos uno, Joaquín María Bartrina. Justo sería el panegírico que hace Gener de este singular ingenio si no quisiera realzarle con odiosas comparaciones, tildando de palabreros, confusos y difusos á los demás poetas de España, y suponiendo que deben la fama de que gozan á que viven en Madrid, y sin duda forman parte de una sociedad de elogios mutuos. Yo no puedo convenir con el Sr. Gener en que España es madrastra y no madre de sus mejores hijos, cuyo mérito no confiesa hasta que los extranjeros le reconocen y proclaman; y que, en cambio, pone por las nubes á medianías y hasta á nulidades intrigantes. No fueron ni son nulidades, ni medianías, Quintana, Gallego, Espronceda, Zorrilla,

Hartzenbusch, García Gutiérrez, Tamayo, Querol, Núñez de Arce, Ferrari y no pocos otros, que viven aún, y que no deben su reputación, ni á las alabanzas de los periódicos de Madrid, ni al descubrimiento y á la declaración que hayan hecho de su valer críticos extranjeros.

Crea el Sr. Gener que Bartrina no vale más en el concepto que se forma de él, después de leída su semblanza, que en el concepto que de Bartrina teníamos formado antes de dicha lectura. Tal vez sea más claro el primer concepto. Yo, al menos, no puedo conciliar que Bartrina se parezca al mismo tiempo al sencillo, elegante, sincero y clásico Leopardi y al afectadísimo, falso y extravagante Baudelaire. En el único predicamento en que pueden entrar á la vez los tres poetas, es en el de ser los tres incrédulos, enfermizos, tristes y desesperados. En todo lo demás se diferencian muchísimo. Y, si hemos de hablar con franqueza, así Baudelaire como Bartrina se quedan muy por bajo á infinita distancia de Leopardi, uno de los más admirables poetas líricos que ha habido en Europa en el siglo presente, tan glorioso y fecundo en este género de poesía.

Las demás semblanzas, según dejé ya apuntado, son todas de escritores franceses, y yo no puedo menos de alegrarme de que la crítica juiciosa se emplee en ellos y los dé á conocer en España. Celebro asimismo el apasionado afecto y la generosidad con que el Sr. Gener los colma de alabanzas. Yo convengo y he convenido siempre en que Francia posee amena y riquísima literatura, y en que es fecunda y dichosa madre de originales y elegantes escritores, cuyas obras son acaso las más leídas y celebradas en los países extraños, por donde el pensamiento y el idioma y hasta el sentir de los franceses se impone y predomina entre los otros pueblos. Pero esta hegemonía de Francia en letras y en artes, no sólo da á Francia entre los extranjeros fundadísimo crédito, sino también prestigio deslumbrador, que los solicita y estimula á la admiración más ciega, á los encomios más hiperbólicos y muy á me-

nudo á la desmañada imitación de lo peor, originando modas en lo que se escribe y en lo que se piensa, como las hay en lo que se viste y en el menaje de las casas. Contra esto importa precaverse y estar sobre aviso. De aquí que tal vez los personajes que el Sr. Gener retrata en su libro queden tasados en su justo valer si rebajamos siquiera una tercera parte de las alabanzas que el Sr. Gener les prodiga. Debe además decirse que todos ellos están bien estudiados, tienen el conveniente parecido en el retrato y éste es una bella pintura que califica de atinado observador y de hábil artista á quien acertó á trazarla.

En general, todavía tengo yo que poner otro reparo á las semblanzas del Sr. Gener, ó más bien aconsejar á los lectores que se aperciban contra ellas de cierta cautela, más indispensable á los españoles que á los hombres de otros países.

En España, ya sea por nuestra natural condición, ya sea porque escribiendo para el público ó siendo artista se llama menos la atención y se adquiere menos dinero y menos gloria que en otros países y, por consiguiente, hay poco incentivo para dedicarse con constancia á lo que llaman en francés la *pose*; la verdad es que entre nosotros la *pose* apenas se estila ó se usa, y cuando se usa ó se estila es de un modo superficial y efímero y no con la honda tenacidad y persistencia que suelen tener en ella los escritores y los artistas franceses. Digo esto á fin de advertir que no debemos tomar con seriedad la *pose* mencionada, y á fin de censurar al Sr. Gener, aunque muy blanda y amistosamente, de que á veces toma dicha *pose* muy por lo serio. Válganos para muestra muchas cosas que refiere de Sarah Bernard, aunque en este caso es disculpa y aun plena justificación la galantería. La simpática y encantadora actriz posee en toda su persona vencedor y misterioso atractivo; con él y por él seduce y hechiza, como si fuera más hermosa que la Venus de Milo; se viste con lujo, esmero y gracia admirables, y su voz es argentina y simpática y tiene matices, inflexiones y tonos propios para expresar toda pasión

y todo sentimiento: la ternura amorosa, los celos, la soberbia y la ira. Su andar, sus gestos, las posiciones que toma y los movimientos que hace, todo está magistralmente estudiado y ejecutado con inspiración y destreza. En suma, para elogiar á Sarah Bernard, yo me conformo, ó más bien me complazco, en ser eco del Sr. Gener ó de quien más la elogie. En lo único que no soy eco y en lo único que resulta la disonancia es en lo que me parece afectada ponderación; algo que veo en mi espíritu como trasladado á la vida real desde lo sofisticado y aparente del teatro. ¿Cómo he de creer yo con formalidad y sin risa que para representar bien á la emperatriz Teodora, mujer de Justiniano, necesita Sarah Bernard leer á Procopio en griego, atracarse de Pandectas hasta el extremo de desencuadernar el volumen que las contiene y hacer otros mil estudios profundos y enrevesados para enterarse de cosas que probablemente la misma emperatriz jamás supo? Chistes, rarezas y exquisiteces por el estilo hay en los escritores y en los artistas de todas las nacionalidades, pero en los franceses se notan más á menudo. El blanco, al que con esto dirigen la mira, es á pasmar y atolondrar á los burgueses, mostrándose en vida, costumbres y hábitos, muy apartados de la usual, muy inauditos y tan fuera del camino trillado, hasta en los casos y accidentes más ordinarios y repetidos, que vienen á aparecer, no como seres humanos, sino como monstruos ó criaturas de distinta y superior especie. Asimismo procuran inculcar en la mente del vulgo un concepto fantástico de las enormes dificultades de su arte, suponiendo que para vencerlas son menester requisitos muy singulares, por donde, en ocasiones, el escritor ó el artista que así quiere señalarse, incurre en pueril pedantería ó en charlatanismo á la Dulcamara. Si Sarah Bernard asegura que para hacer bien el papel de la Emperatriz Teodora se atiborra de crónicas en griego, se traga el Digesto y hace de él una buena digestión, y hasta interviene en el tejer de las telas con que han de hacerle los trajes procurando que sean tejidos según el estilo y manera con que en la edad de

Narsetes y de Belisario solía tejerse, yo doy por cierto que Sarah Bernard embroma á la gente á quienes semejantes cuidados y esmeradas faenas refiere. Al hablar de todo ello, debería empezar su discurso como el gracioso doctor de la ópera, exclamando: *judite ó rustici!*

El título del libro del Sr. Gener lleva implícita la justificación contra todo lo que pudiera decirse acerca del mérito relativo de los personajes cuyos retratos literarios ha hecho. No los ha hecho porque dichos personajes sean los más egregios, sino porque han sido ó porque son *amigos y maestros* suyos. Aun así, yo debo convenir y convengo en que se da la dichosa coincidencia de que sean casi todos los unidos al señor Gener por lazos de amistad, autores de primera nota en Francia, descollando en aquella nación tan rica en ingenios entre los más famosos y aplaudidos. Tales son Bourget, Richepin, Taïne, Renan, Littré, Claudio Bernard, Flaubert, Pablo de Saint-Víctor y Víctor Hugo.

Aunque yo no he leído ni estudiado detenidamente todo cuanto dichos autores han escrito, conozco de ellos lo bastante para tributarles el más rendido homenaje de mi admiración, poniendo sobre todos á Renan como prosista, y á Víctor Hugo como poeta.

A veces he censurado yo en Víctor Hugo no pocas extravagancias, pomposidades y relumbrones falsos y de mal gusto; pero, á pesar de estos defectos, que yo noto para que no se me acuse de idolatría, siempre me he complacido en reconocer y confesar que por lo fecundo é impetuoso de su abundante vena, por su maravillosa fantasía y por su destreza magistral en el manejo de la lengua, del metro y de la rima, Víctor Hugo es, si no el primero, uno de los mayores líricos y épicos de nuestro siglo, rico en poetas más acaso que ningún otro de los siglos pasados. Dentro del período que abarca la vida de Víctor Hugo conviene no olvidar que en las naciones cultas de Europa, en alguna de América y en la misma Francia, el autor de los *Cantos del crepúsculo* ha tenido rivales que, si por

la fecundidad no le vencen, tal vez por la calidad y excelencia, pureza y perfección de determinado número de obras, se le anteponen y le eclipsan. Así, por ejemplo, Manzoni y Leopardi en Italia, y aun en nuestra pobre y hoy desdeñada España el glorioso cantor de la imprenta y del levantamiento de las provincias españolas.

Como quiera que ello sea, y con el debido y más profundo respeto á los personajes literarios y científicos que el Sr. Gerner retrata, declaro que no llego á advertir en ellos la estu-penda magnitud y la superioridad descomunal que me induzcan á presentir, á columbrar y hasta á profetizar el próximo advenimiento de una raza ó casta de hombres muy por encima de los que en el día visten y calzan y andan por esas plazas, calles y campos.

A mi ver, ha habido bastantes épocas en la Historia en que la profecía de ese advenimiento pudo estar más fundada. Tomemos, por ejemplo, los cien años que van de 1480 á 1580. En seguida se ofrecen á nuestra memoria Colón, Vasco de Gama, Magallanes, Vives, Suárez, Victoria y Domingo de Soto, Ignacio de Loyola y Lutero, Rafael y Miguel Angel, Ariosto, Camoens y Shakespeare, Galileo, Bacon y Copérnico, y otro centenar de varones extraordinarios, en toda clase de obras propias del ingenio y del entendimiento humanos y para todos los gustos, creencias y doctrinas. Comparados con los personajes que acabamos de citar, los del presente siglo, yo al menos lo entiendo así, se quedan tamañitos. Admirable y rico es el fruto que han dado los segundos, pero vale más y tiene superior importancia el fruto que dieron los primeros. Los modernos idiomas, balbucientes é imperfectos aún en la Edad Media, se desenvuelven con pasmoso florecimiento y producen obras maestras en varias literaturas; se agranda y llega á ser casi cabal, en la mente humana, el concepto del universo visible; se conocen por experiencia las cosas materiales de la tierra y del cielo; renace la antigüedad clásica, y al renacer, y al ser imitada, el prurito de la imitación engendra nueva y original

poesía, divinas creaciones artísticas, flamantes sistemas filosóficos y hábiles métodos de observación y de estudio para interrogar á la naturaleza y al espíritu humano y arrancarles sus más hondos secretos. En parangón de lo que hizo el siglo XVI, resulta inferior la obra de nuestro siglo, aunque no olvidemos ni dejemos de incluir en ella ciencias que pueden llamarse nuevas, tan importantes como la Química y la Filología comparativa, y descubrimientos tan ingeniosos y útiles como los del vapor para fuerza motriz, la fotografía, el telégrafo eléctrico, el teléfono y el fonógrafo. Todo esto vale é importa muchísimo, pero importa y vale muy poco cuando se compara al transfigurado renacimiento del mundo antiguo y al descubrimiento del nuevo mundo. Y si entonces no se creyó que iba á surgir de enmedio de la triunfante humanidad un ser exquisito y perfecto á quien llamásemos el superhombre, menos razón hay de creerlo ahora porque Renan escriba la novela sentimental titulada *Vida de Jesús*, porque haya ferrocarriles y alumbrado eléctrico, y porque se inventen las máquinas de coser y las bicicletas.

Si yo me dejase dominar por mi fervorosa filantropía y por mi amor á todo progreso, me dejaría convencer por los argumentos que el Sr. Gener aduce, y creería, como él, que está próxima la aparición del superhombre; pero, aunque soy progresista, no lo soy tanto, y aunque quisiera creer lo que el Sr. Gener cree, acuden á mi espíritu multitud de dudas que me lo impiden, harto á pesar mío. Voy á poner aquí algunas de estas dudas según se me vayan ocurriendo. Y voy, además, á presentar varias enmiendas ó modificaciones á la doctrina sobre la humanidad ascendente, tal como el Sr. Gener la profesa, á fin de que, si al cabo nos dejamos convencer y la aceptamos, sea modificada ó enmendada, según á mí me parece más razonable y equitativo.

En primer lugar, yo me alegraría de que el ascenso del género humano á género superhumano fuese general ó total, aunque en la superhumanidad futura hubiese también, como

en la humanidad presente, y en la debida proporción, ineptos y aptos, torpes y hábiles, y tontos y discretos, etc.

En el día, Inglaterra, Francia y Alemania, y tal vez alguna otra nación, no ha de negarse que nos llevan la delantera en este correr disparatado, en que vamos todos, en el hipódromo de la Historia, aproximándonos ya á la meta; y sería caso lamentable y necio que por llegar antes á dicha meta los pueblos del Norte, viniesen de súbito á convertirse en superhombres, teniendo nosotros, por ir ahora tan rezagados, no ya que adelantar, sino que retroceder hacia la *animalidad* ó hacia la especie inferior de que hemos salido, acabando por ser, con relación al recién aparecido superhombre, lo que hoy es el mono con relación á nosotros. Con esto no me conformo á pesar de todos los discursos del Sr. Gener y á pesar de mi acendrado progresismo.

Se me dirá que el que yo me conforme ó el que no me conforme no es del caso. Lo que conviene dilucidar es que el caso sea ó que no sea.

Meditemos sobre su posibilidad.

Empezaré por un distingo. Si por progreso se entiende el acumulado capital de observaciones, estudios, sistemas y descubrimientos que las generaciones pasadas nos han ido legando, que nosotros conservamos y que sin duda acrecentamos y mejoramos, yo creo en el progreso á pie juntillas. El más obscuro bachiller del día sabe más gramática que Homero; el más humilde catedrático de Instituto sabe más Historia que Herodoto; y de las cosas naturales, de sus afinidades, composiciones, descomposición y cambios, sabe más que Hipócrates cualquier adocenado farmacéutico de aldea. Yo no niego esto. Lo que niego es que ese cúmulo, esa ingente cantidad de doctrina, que ese esfuerzo y trabajo del espíritu de la humanidad, durante tres mil años, haya logrado infundirse en ese mismo espíritu por tal arte que se haya hecho consustancial con él, dándole valer y potencia superiores á los que antes tenía. Cierto que Homero, Herodoto é Hipócrates eran menos

instruídos que Víctor Hugo, Taine, Renan y Claudio Bernard, pero, á mi ver, valían muchísimo más que ellos. Por donde yo infiero que el tal progreso substancial y personal, por cuya virtud ha de aparecer pronto el superhombre sobre la faz de nuestro planeta, no ha dado paso alguno desde hace por lo menos cerca de treinta siglos. ¿Cómo he de poner yo en duda que Hegel sabía más química, astronomía, zoología, mecánica, historia, etc., que el propic Aristóteles? Y sin embargo, con ser Hegel tan original y poderoso pensador, y con tener una tan fecunda y constructora fantasía y un vigor tan sublime para sintetizarlo todo armónicamente, combinando lo real y lo ideal y encerrándolo dentro de su idea, que eternamente se desenvuelve, todavía me parece Hegel pequeño cuando acerco la imagen que de él concibo á la imagen colossal con que se representa en mi mente el prodigioso maestro del magno Alejandro.

No iré yo hasta el contrario extremo del Sr. Gener, ni afirmaré que los hombres han degenerado. Me limito á presentar aquí, sin intentar resolverla, una contradicción que asalta mi espíritu. Yo quiero creer, y creo, que los hombres de hoy no valen, en el fondo, en lo esencial y por naturaleza, ni más ni menos que los de cualquier otro siglo; que por la educación y por la cultura, por lo que han heredado de sus mayores, por el tesoro que han reunido durante siglos, y sobre el cual se levantan como sobre un pedestal, los pensadores y escritores modernos valen más que los antiguos; que en determinado sentido, por la divulgación de los conocimientos, hay en el día más gente que valga. Y que en el día, no ya Napoleón I, sino el más torpe de los generales, derrotaría al hijo de Filipo desbaratando sus falanjes con dos ó tres cañones Krupp; el ateísta coronel Ingersol probaría á Moisés su ignorancia en química, en astronomía y en geología, y que toda la ciencia que había estudiado en los colegios sacerdotales de Egipto, no valía un pitoche al lado de la adquirida por él en las escuelas de Boston; y que el último maestro de escuela dejaría absortos y tu-

rulatos á Sciodo, y tal vez al propio Píndaro, si se ponía á explicarles que los nombres son masculinos, femeninos y neutros, que pueden estar ó están en nominativo, en acusativo, en dativo ó en otro caso, y otras mil verdades científicas por el estilo, de las que es casi evidente que ni Sciodo ni Píndaro se habían percatado. Pero aquí surge la contradicción. De esa misma ignorancia, de esa falta de educación, digámoslo así, y de ese cortísimo saber de los antiguos, nacen en nuestra mente el pasmo y la admiración que nos infunden sus obras. Más que fruto de la reflexión y del estudio, nos parecen inspiradas, reveladas y divinas. No vemos en ellas el esfuerzo laborioso, ni la ciencia que de antemano se adquirió en el aula, ó que se toma de repente y de prestado en un diccionario, ó en cualquier otro librote, sino vemos la espontánea y fresca lozanía del propio ingenio, radiante de luz interior, á par que maravillosamente ilustrado por el numen.

El Sr. Gener traza un breve compendio de filosofía de la Historia, á fin de probar que se acercan los tiempos en que ha de aparecer el superhombre; pero, en muchos puntos, encuentro yo falsa su filosofía, y en ninguno la prueba de que dicha aparición esté cercana. Por el contrario, en varios párrafos del último capítulo de su libro, donde expone su doctrina, pinta con tan negros colores la sociedad del día, que si nos allanásemos hasta creerle, aseguraríamos que el género humano, en vez de adelantar moralmente, ha degenerado ó se ha pervertido.

La culpa principal de degeneración tan lastimosa es, según el Sr. Gener, la errónea creencia de que todos los hombres somos iguales. Para el Sr. Gener nada más absurdo que la igualdad. A mi ver, el Sr. Gener tiene razón, si se entiende la igualdad de cierto modo; pero de ese cierto modo nadie entendió jamás la igualdad, ni ahora ni nunca, por donde el señor Gener crea él mismo un fantasma ó estafermo para tener el gusto de derribarle con las lanzadas de su crítica.

El Cristianismo, según el Sr. Gener, vino á proclamar la

igualdad de los hombres en la abyección y en la miseria, y la Revolución francesa y sus ideas, enseñaron y sostuvieron la misma igualdad, aunque nivelando á los hombres todos, por lo alto, y considerándolos igualmente capaces.

La acusación contra el Cristianismo me parece tan infundada como la acusación contra las ideas revolucionarias en este punto. Nadie que esté en su juicio, por fervoroso cristiano ó por tremendo revolucionario que sea, ha desconocido jamás la desigualdad de los hombres, ni ha dejado de advertir las diferencias que hay entre ellos, porque unos son bajos y altos otros; débiles unos, y otros fuertes; algunos listos, y torpes muchísimos; y en lo tocante á inteligencia, agilidad y natural disposición para diversos oficios, artes y menesteres, se dan y se darán siempre escalas de muchísimos grados.

La igualdad que el Cristianismo y la Revolución coinciden en reconocer, está por bajo, ó mejor dicho, está antes que toda doctrina religiosa ó filosófica: es la igualdad radical y esencial de la naturaleza humana, con los derechos y deberes que de ella nacen y que en ella se fundan, con tal evidencia, que basta el sentido común para que la reconozcamos, si bien importa que la religión la consagre y que las leyes, revolucionarias ó no, la sostengan y amparen contra la violencia y la injusticia. Igualdad tan justa no se comprende que pueda ser destruída por la doctrina de la humanidad ascendente, que el señor Gener sostiene con tanto entusiasmo.

En el modo de entender la igualdad cristiana, el señor Gener, obcecado por la pasión antirreligiosa, incurre en varios errores. Ni en el cielo ni en la tierra, ni en la vida presente ni en la futura, reconoce el cristianismo que el necio y el sabio, y menos aún el santo y el vicioso, sean iguales, á no ser radical y esencialmente. Y entonces, esta igualdad no está fundada en la vileza y en el menosprecio del propio ser humano, sino en el altísimo concepto que hace formar de él el Cristianismo, enseñándonos que toda alma de hombre es imagen y semejanza de Dios, que debe aspirar á ser perfecta como Dios mismo

y que es de Dios tan amada que se sacrificó por redimirla, y tan estimada, que quiso unirse con ella y hasta con el cuerpo mortal donde ella se encierra. Sin duda que el alma fervorosamente cristiana, cuando se dirige á Dios en sus rezos y hablas interiores, se pone muy humilde, se califica de indigna, de pecadora, de perversa, de todo lo malo y ruín que pueda imaginarse; pero de sobra se comprende que esto lo dice y lo confiesa el alma cuando se compara con un ideal supremo de perfección, de rectitud, de bondad y de hermosura, término altísimo de todas sus aspiraciones y blanco inasequible de sus miras y anhelos. Cuando esta misma alma cristiana, no por los actos virtuosos que ha realizado, porque esto sería faltar á la modestia, sino por la capacidad que en sí siente y por el noble destino para el que Dios la crió, se contempla y examina á sí propia, en vez de ser bajo el concepto en que se tiene, es tan sublime concepto, que no se le aventaja el de ninguna criatura de las que ve ó puede ver, ni de las que imagina ó finge, ni de las que por fe ó revelación conoce. El alma de la más cuitada criatura humana puede elevarse, cuando no por inteligencia, por amor, hasta el Ser divino; puede subir al cielo y sentarse, como se sentó Francisco de Asis, en el trono en que se sentaba Lucifer antes de su caída. Arrepiéntase, pues, el señor Gener de su declamación contra la igualdad cristiana fundada en lo miserables que somos. Si lo dicho es confesión de ruindad y de real menosprecio de sí mismo, *venga Dios y lo vea*, como vulgarmente se dice. La igualdad, por consiguiente, se da en el Cristianismo en potencia: en la potencia infinita que tenemos todos de ser llamados hijos de Dios y herederos inmortales de su reino y de su gloria. Y lo que es en acto, como la igualdad sería absurda, desigualdad es lo que hay, ya que unos son réprobos y santos otros; unos justos y otros pecadores, y unos monaguillos y sacristanes y otros Abades mitrados, Arzobispos y hasta Papas.

Sobre la igualdad democrática, que también condena el señor Gener, declamando contra ella y suponiéndola ré-

mora del progreso, harto llano es hacer defensa parecida.

La igualdad democrática, racional y discretamente entendida, no está en el ser actuado, sino en el poder llegar á ser y en que ese poder no se ahogue ni se limite merced á privilegios odiosos. En este sentido, la igualdad democrática es justa y razonable en teoría, y no sirven para invalidarla los abusos y males que pueden nacer de ella. ¿De qué no pueden nacer males y abusos?

La más clara manifestación de la igualdad democrática es el sufragio universal. No refutaré yo los mil argumentos que contra él se hacen: los aceptaré como fundados; pero, sobre todos esos argumentos, hay una razón poderosa que los invalida y destruye. Sin duda que en una asociación de hombres para determinada empresa, á cuyo buen éxito concurren unos con el capital, otros con la inteligencia, otros con su habilidad, pericia y destreza en tal ó cuál arte ú oficio, y otros sólo con el rudo trabajo de sus manos, el sufragio universal por igual sería absurdo, así como también lo sería el igual reparto de las ganancias y provechos. Pero la sociedad política, la ciudad ó el Estado, es asociación de muy distinta índole y propósito. Su principal fin es amparar á los hombres en el libre ejercicio de sus derechos, reprimir toda violencia que los merme y no poner la menor traba á la actividad benéfica de cada individuo. En esto no cabe la menor desigualdad entre los asociados. Casi estoy por decir, ó sin casi lo digo, que el jornalero que gana dos ó tres pesetas al día tiene el mismo derecho, y acaso mayor interés, que el capitalista que goza tres mil duros de renta diarios, en que el Gobierno sea bueno, atinado y juicioso. Porque si el Gobierno lo hace mal y sobreviene la ruína, lo probable es que el capitalista salve gran parte de su fortuna y siga gozando de ella, ó en la propia patria semi-arruinada, ó en país extraño, donde acaso tenga fondos y bienes, mientras que el jornalero se morirá de hambre si se hunde la industria que le daba trabajo y jornal; y mientras más castizo sea él, y mientras más propio y peculiar de su patria

sea el oficio que ejerza, mayor será su miseria y su desesperanza, pues no es llano ni cómodo emigrar á tierra extraña, sobre todo con familia, en busca de trabajo y sustento. En vista, pues, de la anterior consideración, yo tengo por evidente que el pobre ganapán, el obscuro y desvalido destripaterrones, está por lo menos tan interesado como el Fúcar ó el Creso, en la prosperidad y buena gobernación de la república. Para el rico es esto negocio de mayor ó menor comodidad y de más ó menos exquisitos goces, y para el pobre puede ser negocio de vida ó muerte, de no poder ganar las dos ó tres pesetas que antes ganaba, y de tener que recurrir á la mendicidad ó á la poca eficaz beneficencia pública en la tierra cuya riqueza fomentó con su trabajo, y por cuya integridad y por cuya honra tal vez derramó su sangre.

Entiéndase que, por amor á la verdad y á la equidad, y no para adulación ó lisonja del vulgo plebeyo, me atrevo á afirmar lo que afirmo, en contra de la flamante y curiosa aristocracia cuyas doctrinas sostiene el Sr. Gener, y que se fundó ó cree fundarse en la egregia cultura de aquella pequeña parte de nuestro linaje, que, á lo que parece, es humanidad ascendente y se acerca ya á formar nucleo ó grupo de superhombres.

La flamante aristocracia, ó dígase la superhumanidad, no quiere el Sr. Gener que surja por revolución, sino por evolución, siguiendo el camino del progreso, que sin duda llevamos ahora; pero si no seguimos el buen camino y nos hemos extraviado, no se comprende de qué suerte hemos de llegar al superhumanismo por más evoluciones que se hagan. Mala traza tienen de entronizarse los superhombres, si hemos de juzgar fiel la pintura que hace el Sr. Gener de la sociedad presente: «Los más astutos, dice, escalando el poder directamente, ó con la protección de las leyes, amparándose del dinero, se han impuesto, y las sociedades hoy gimen en una esclavitud mil veces peor que la antigua. Una piratería mercantil, un feudalismo industrial han venido á afligir á la humana especie con

unos Gobiernos de nulidad, juguete de la bancocracia, que protegen sólo á los ineptos adherentes y dificultan el desarrollo de todas las verdaderas fuentes de vida. El prosaísmo ha *tronado en soberano* (sic): los valores han caído en poder de los malvados. Hoy día, en general, riqueza es sinónimo de nulidad moral, de egoísmo y de mediocridad perfecta; á lo más significa refinada astucia; en suma, una cualidad criminal punible.»

Si tan feos rasgos son exactos, si es así la sociedad presente, ó bien no vamos por el camino del progreso, ó bien hemos caído, con el carro que nos conduce, en un barranco ó atolladero de todos los diablos. No veo, pues, que estén cerca el advenimiento y el triunfo del superhombre, ya que, según el señor Gener, son una caterva de majaderos, criminales y bellacos los que triunfan, se encaraman y lo gobiernan todo, mientras que los superhombres andan por ahí desperdigados, con poquísimo dinero, sin poder y sin influjo, y tal vez haciendo observaciones y experiencias y escribiendo librotos que casi nadie lee. ¿Y cómo ha de leerlos nadie cuando la sociedad gime hoy, según el señor Gener, en la peor de las esclavitudes bajo el yugo infamante de esos tíos ordinarios y de esos ricachos vulgares y pícaros, que, según nos cuenta, nos mandan y nos oprimen? Si por virtud de la evolución hemos de salir de tan horrible estado, la aurora superhumana, en vez de estar cerca, está lejísima; tardará millones de años en amanecer. Ahora comprendo lo que leí tiempo ha en cierto libro de Sociología, que me hizo honda impresión y que no he olvidado nunca: «La humanidad, dice el referido libro, considerada en su vida colectiva, no ha nacido aún.» Tratando luego de cuándo nacerá, y después de larga investigación y de cálculos sutiles, pronostica que nacerá dentro de catorce mil y quinientos años sobre poco más ó menos. Y si la humanidad colectiva anda tan reacia en nacer, yo recelo que la superhumanidad triunfante siga en gestación doble tiempo, y sólo salga á luz, no ya dentro de ciento cuarenta siglos, sino dentro de trescientos, si

para entonces no ha tenido nuestro planeta algún mal encuentro ó tropiezo en la amplitud del éter por donde voltea y va valsando, ó si no le falta agua porque se combine la que hay con sustancias sólidas, ó si no se enfría y apaga su fuego interior, ó si, á fuerza de rodar, no acaba por agujerarse y por tomar forma de buñuelo ó de anillo, como el de Saturno.

Prescindamos ahora de los mencionados reparos; quitemos valor á los argumentos que el mismo Sr. Gener suministra contra el progreso rápido y contra la persuasión de que estamos ya cerca de la meta. Y en este supuesto, cavilo yo y me inclino á creer que el resultado del dichoso movimiento progresivo, en vez de ser la aparición del superhombre, será el allanamiento y nivelación de la raza humana, la igualdad aborrecida por el Sr. Gener, y si no la imposibilidad, la dificultad mayor cada día de que nadie sobresalga y descuella.

Como no habrá tiranos crueles é intolerantes, nadie podrá ganar la palma del martirio. Cada uno podrá predicar y difundir la doctrina que se le antoje, á sus anchas y sin peligro alguno. La supresión de los castigos largos y dolorosos impedirá que alguien se distinga por su resistente energía para sufrirlos: los Régulos y los Príncipes Constantes no podrán reaparecer. Extinguida la pobreza, la caridad, el generoso donativo y las más bellas obras de misericordia no llegarán á ejercerse y se olvidarán ó quedarán atrofiadas en el alma. Si la paz perpetua se realiza y las guerras se acaban, adiós virtudes bélicas, grandes capitanes y héroes valerosos. Descubierta y averiguado lo que queda aún por descubrir y por averiguar, todos seremos sabios y no habrá peregrina invención que realce á un mortal con un centímetro de altura sobre los demás mortales. Agotados y manoseados ya todos los asuntos épicos, líricos y dramáticos, probados todos los sentimientos, y empleados para expresarlos los más naturales, sencillos y propios primores de estilo, los prosistas y los poetas tendrán que repetir lo que ya se ha dicho, y ser plagiarios ó imitadores, exponiéndose, por el prurito de ser originales, á

caer en las mayores extravagancias y ridiculeces: á ser *decadentes, delicuescentes, impresionistas, simbolistas y naturalistas*. Con los escultores ocurrirá lo propio, cuando pretendan superar por nuevos senderos á Fidias y á Praxíteles. Y los pintores, si ambicionaran ser entre sus contemporáneos príncipes ó reyes de su arte, como ya lo fueron en otra edad Rafael, Velázquez y Rembrandt, caerían en los amaneramientos más disparatados. En suma: la igualdad, nacida del progreso y de la difusión de la cultura, nos acosará á todos, y el que no quiera someterse á ella, sino elevarse y lucir sobre sus semejantes, llegará á volverse loco y pondrá en cuanto haga el triste sello de su locura.

Por dicha ó por desgracia, este término del progreso está remotísimo aún y quizás no llegue nunca. Ya sabemos que la completa igualdad es imposible. Sólo queremos dar á entender que un adelanto indefinido en la marcha del linaje humano, no puede llevarle sino á la aproximación de la igualdad, y no á que unos individuos desciendan del grado en que hoy se hallan, y á que se conviertan en superhombres los individuos más selectos.

La civilización, al compás que crece, propende á nivelar á los civilizados. Y esto en todo y para todos. El macedón Alejandro es cien veces mayor y más trascendente por sus actos que Napoleón I. En el día no se concibe la posibilidad del caso estupendo y único de una ciudad como Roma, que llega á enseñorearse de más de la mitad del mundo entonces conocido. Hoy no se explican las rápidas conquistas de los musulmes y la difusión del Imperio del Islam, desde la India y las fronteras de la China hasta más allá por el Norte de los Pirineos, y por el Occidente hasta las olas del Océano, donde entró Ocha á caballo y la cimitarra en la diestra para dominarlas en nombre del profeta Mahoma. Ni menos se concibe cómo Cortés, Pizarro y Jiménez de Quesada, cada uno con un puñado de aventureros, penetraron hasta el corazón de las más incógnitas regiones, derribando y apoderándose de Imperios populosos y

ricos. Hoy, por el contrario, los medios que se emplean son enormes; la acción, desmayada y lenta; los resultados, mezquinos. Más de 200.000 soldados y centenares de millones de duros, no bastan para domeñar á unos cuantos negros y mulatos rebeldes. Sin duda, la civilización niveladora *é igualitaria* de que hemos hablado tiene de esto la culpa.

El desdoble del linaje humano en porción de superhombres y en porción de menos que hombres ó de hombres decaídos, que es una de las fases de la profecía disyuntiva del Sr. Gener, no da indicios de que llegue á realizarse. Y lo que es yo me alegro en lugar de sentirlo. Me dolería en extremo quedarme entre los individuos de la humanidad decaída: y también me dolería, porque soy filantrópico, cariñoso y bueno, aunque me esté mal el decirlo, encumbrarme y darme tono entre los seres superhumanos, dejando á tanto cuitadillo prójimo mío cayendo lastimosamente y degenerando hacia la *animalidad* primitiva.

Caso muy diferente será, y satisfactorio para todos, si la otra faz de la profecía es la que se cumple: esto es, si todo el linaje humano, sin excepción, se convierte en superhumano. Quiera Dios que así sea. De su bondad infinita esto, y más si cabe, puede esperarse, aunque el Sr. Gener no lo profetice.

Lo que es yo quiero esperarlo, lo espero y desisto de hacer nuevas observaciones y de presentar otras dificultades y dudas, porque entonces sería mi artículo el cuento de nunca acabar; pero, á fin de determinar mi esperanza, fijándola, arraigándola, cimentándola y no dejándola en el aire para que el aire se la lleve, voy á poner aquí las principales conclusiones que yo saco de todo, ora sean favorables, ora adversas á la tesis del Sr. Gener y á su doctrina del superhombre.

El ser humano, tal como hoy existe y tal como ha existido siempre desde que tenemos noticia de él por la Historia, dista infinito de Dios, para quien en Dios cree, ó de la razón impersonal ó de la *super alma*, como la llama Emerson, para los descreídos. En los tres ó cuatro mil años que conocemos de

historia, debiera advertirse que por sus pasos contados vamos acortando esta distancia. Yo, sin embargo, lo advierto poco. Todos los inventos, adelantos y mejoras que el hombre ha hecho, me parecen, si de acortar esta distancia se trata, como la cantidad de agua que un niño sacase del mar con una escudilla para dejarle en seco. La mejora y el progreso, además (pues no he de negar que los ha habido), vienen de fuera y se superponen y no se adhieren á nuestro íntimo ser, engrandecido él mismo y mejorado. Aunque ya lo he dicho, repito ahora que, en mi sentir, Alejandro vale más que Napoleón y Aristóteles más que Hegel, Píndaro ó Isaías más que Víctor Hugo, y Fidias y Praxíteles más que Canova y Thorvaldsen. En todo esto hay negación de progreso. El superhombre era más superhombre hace dos mil ó tres mil años que en el día. La distancia, con ser infinita, que de la inteligencia soberana le tiene separado, puede salvarse en cualquier época, por favor del cielo, por raptó de amor divino, por galardón precioso concedido á una singular persona y que nada tiene que ver con el progreso. Lo que es como serie de grados que nos acerque á la perfección, no se ve el camino que nos conduzca al punto en que la superhumanidad aparezca. Ni casi con otros seres de diversa casta que el hombre acierto yo á poner jalones en dicho camino. Casi estoy por afirmar que, en lo radical y sustancial, entre Dios y el hombre no se descubre excelencia intermedia. Después de Dios, se diría que el hombre es lo más elevado que hoy se concibe y que se ha concebido siempre. Todos los seres con apariencia de superiores á nosotros, se nos someten y se ponen á nuestro servicio. Por medio de conjuros evocamos á los demonios; por medio de exorcismos los arrojamus de donde no conviene que estén; las sílfides y las ondinas se mueren de amor por nosotros; los dioses y las diosas de todas las religiones suelen prendarse de los mortales y casarse con ellos; los genios acuden á valernos, á protegernos y á inspirarnos poesía, prosa y otros primores; las hadas tejen ricas telas, fabrican brillantes joyas y favorecen á las prince-

sas y hasta á las fregatices; los ángeles son nuestra custodia y vienen á nosotros como embajadores y aun como mandaderos; y los arcángeles, ya son paraninfos, ya á modo de escuderos y guías que en nuestros viajes nos acompañan. ¿A ver, pregunto yo, si es lícito pedir ó esperar más, después de alcanzar ó de haber alcanzado todo lo dicho?

En otras mejoras, que pudiéramos lograr con el tiempo, noto yo que surge en seguida la contradicción. Pongamos por caso que se generalizase entre los hombres el ser tan hermosos como el Apolo de Belvedere, y entre las mujeres el ser tan guapas y bien formadas como la Venus de Milo ó la Calípiga, y al punto los elegantes y aristócratas hallarían vulgar y ordinario el ser así, y para distinguirse, ya se deformarían el cráneo, comprimiéndole ó llenándole de burujones, ya incurrirían en otras empecatadas extravagancias. Y pongamos también por caso que al fin se arregla tan habilmente el organismo de la sociedad, que el vicio siempre es castigado y la virtud premiada siempre. Pues en mi sentir, no podría ocurrir nada peor. Entonces sí que la virtud no sería sino un nombre. Los cucos y los galopines, movidos por la segura recompensa, serían los más virtuosos; y cuando alguien, desdeñando el propio interés, se entregase á los vicios más feos y perpetrase crímenes de marca mayor, nos inclinaríamos á creer, ó bien que estaba loco, y que por consiguiente era irresponsable, ó bien que era una criatura de condición elevadísima, cuyas pasiones briosas y sublimes le impulsaban á desprenderse del vulgar egoísmo y á salirse fuera de la pauta común en que todos nos habríamos encerrado.

En resolución, y para no cansar más, diré que no columbro por parte alguna el advenimiento del superhombre, sin que sobrevengan á la vez contradicciones irresolubles. Posible es, no obstante, que el superhombre sobrevenga. Pero, ¿quién me asegura que sea mejor moralmente que el hombre de ahora, y que no sea, con más saber y poder, desmandado y perverso? Fracastoro, en los versos que me sirven de epígrafe, considera

posible el advenimiento de una casta de superhombres; pero no serán buenos, sino que serán descomedidos y feroces gigantes que no dejarán títere con cabeza, que se levantarán contra Dios, y tratarán de arrojarle del cielo, y que de nosotros harán sus víctimas y sus esclavos. Ya Swedenborg, cuando estuvo en el planeta Venus, vió y trató á los hombres de allí, y por lo que nos cuenta de ellos, y por lo apurado que entre ellos estuvo, podemos calcular lo mucho que padeceríamos y el inmenso infortunio que vendría sobre nosotros si una casta semejante, tan engreída, soberbia y poderosa, apareciese en este globo terráqueo en que habitamos.

Concluyo pues (y no porque se me acaben las razones, sino porque se me acaba la paciencia y porque temo que la de los lectores se acabe también), que lo más acertado y prudente es no desear ni esperar que el superhombre sobrevenga, y contentarnos con ser hombres regulares y como se han usado siempre, si bien enriquecidos, cada vez [más, con invenciones ingeniosas, como la ya conseguida del alumbrado eléctrico, y como las, que sin duda se conseguirán, de dar dirección á los globos, sacar en las fotografías los colores de la cámara obscura, y quién sabe si llegar á alimentarnos con extractos y alambicadas quintas esencias, sin esta grosera alimentación de ahora, por la cual, al cabo del año, engulle cada hombre un montón de substancias, centenares de veces más pesado y voluminoso que todo su cuerpo. En fin, mucho, muchísimo se puede inventar y mejorar aún antes de que llegue el momento en que la aparición del superhombre se nos venga encima. Lo que es de las habilidades de Sarah Bernard y de los ingeniosos escritos de Juan Richepín, aunque yo los celebro porque me deleitan y me encantan, no me atrevo á inferir que dicha aparición esté próxima.

JUAN VALERA.

HISTORIA DEL HIERRO

É IMPORTANCIA SOCIAL Y CIENTÍFICA DE ESTE METAL

I

Exponer la historia del hierro equivale á referir la de la industria en sus diversas fases y bajo todas sus formas, pues se halla identificada con todo lo que á este asunto atañe, la vida industrial, que es la existencia de las modernas nacionalidades y la representación fidelísima de todo cuanto corresponde á las fuerzas importantes de un país en la constitución actual de las sociedades.

Escasísimas razones y pocos esfuerzos son necesarios para demostrar el universal interés que ha de inspirar el conocimiento de la historia de un cuerpo que sirve al labrador para obligar á la tierra á que sea productora y no estéril; que ha contribuído á que desaparezcan las distancias, en unión con el vapor y la electricidad, haciendo de todos los pueblos la gran familia humana, y que le llevamos en la sangre, sirviendo de poderoso elemento á la existencia, no comprendiéndose ésta con la falta de tan poderoso vehículo, que es el que contribuye á que los microscópicos glóbulos sanguíneos lleven envueltas oleadas de vida.

El hierro es la representación del trabajo, la síntesis de la

industria, la chispa incandescente que lleva el fuego de la vida doquiera se dirija; es la espléndida obra de los frutos de la labor humana en sus múltiples manifestaciones, que conduce á la producción de miles de objetos y á la transformación de la inercia en potente y calurosa actividad, siendo asimismo la palanca de la industria en sus variadísimas manifestaciones.

La historia del hierro es de una importancia tal, que puede sintetizarse diciendo que vale tanto como la historia de la actividad humana, lo mismo en las manifestaciones del incesante trabajo á que se halla por ineludible ley sujeta, que en las grandes, maravillosas y encantadoras creaciones de la industria ó el arte, y en los azares de la guerra, en que se ve forzosamente la humanidad empeñada, aun á despecho de los progresos de la civilización y cultura, cuyos luminosos resplandores no han logrado todavía extinguir los odios que se ventilan con los resultados sangrientos del combate.

Esta historia constituye, en efecto, la epopeya más grande del trabajo de la humanidad y el himno más armonioso y solemne que puede cantarse á sus proezas, pues tiene interesante parte y papel principalísimo en la mayoría de los asuntos que han ocupado las sociedades y los pueblos todos, lo mismo en los días de ventura y satisfacción que en los momentos de angustia y de conflicto.

La historia de este metal nos enseña también de modo clarísimo la importancia que tiene á los ojos de la sociedad la industria y el arte en todas sus brillantes manifestaciones y lo injusta que ha sido la opinión en otros tiempos, ya por fortuna lejanos, menospreciando los oficios que tienen por base el trabajo de todo aquello que es más necesario é indispensable para el diario sustento, como lo son el aire para nuestros pulmones y el agua para las plantas.

Y á la verdad, aquellas edades que no conocieron el hierro viéronse seguramente con grandes deficiencias en los múltiples actos de la vida. Por eso, en la *edad* denominada *de piedra* hallábase el hombre errante por los bosques, teniendo por

todo abrigo las húmedas cavernas y los huecos de las rocas, y por todo instrumento del rudo trabajo con que utilizar los frutos de la tierra los fragmentos destacados de las rocas por el choque con los cuerpos duros, para llegar después á la edad de bronce, en que con esta aleación se hicieron los útiles necesarios en diversas industrias que la necesidad y el instinto crearon en los albores de la humanidad.

Cítase en el período prehistórico, en que las sombras de lo desconocido borran gran parte de los datos indispensables para reconstruir ese obscuro pasado de la humanidad, *la edad de hierro*, en el sentido moral, como época de tristes recuerdos, en que las maldades de los hombres y la ingratitude de la naturaleza suponen que producía un período de disgusto y mal-estar, que sólo se mencionan para procurar que no se reproduzcan en ningún tiempo.

Pero tomando esta acepción únicamente en sentido figurado, como debe considerarse, significa ya la edad de hierro un período de progreso, pues estas frases de edad de piedra, de bronce y de hierro designan, más bien que épocas cronológicas, etapas del humano progreso; porque todavía hay sociedades donde no ha alcanzado la poderosa luz de la civilización, para quienes todavía dura la edad de piedra, cuyas tribus salvajes tienen por toda defensa la aguzada y tosca roca, más ó menos bien colocada en el mango, constituyendo el hacha.



No ha sido el hierro de los metales que primero conoció la humanidad, pues han tenido en eso la preferencia el oro, el cobre y la plata. Pero si la fecha de su conocimiento, aunque muy remota, no es tan lejana como en éstos, ha tenido, en cambio, este cuerpo la dicha de ocupar un sitio mucho más interesante en las continuas necesidades de la vida social, para identificarse con el hombre y ser al propio tiempo su consu-

mo el termómetro de la cultura y la pauta más cierta de la civilización y el progreso.

Mas aun cuando otros metales se hayan anticipado en su presentación al hombre, no por eso deja de ser remota la fecha de su conocimiento, ni de haberse entremezclado las fantásticas imágenes de la fábula con los datos fehacientes de la historia, en los albores del descubrimiento del hierro, así como también se ha revelado su importancia desde los instantes en que la fortuna hizo á la humanidad poseedora de tan útil metal, digno representante de la fuerza y del poder en todas sus variadas manifestaciones.

Los griegos atribuyen su descubrimiento á personajes fabulosos, mezclando la leyenda y la superstición con lo verdadero y posible, y citan á Cibeles, Prometeo y á los Dáctilos del monte Ida, los cuales suponían que encontraron el hierro.

Diodoro dice que el monte Ida, la montaña más elevada del Helesponto, encierra un maravilloso antro, donde se verificó el célebre y complicado juicio de París, de la disputada manzana, donde una emulación de la hermosura produjo grandísima hecatombe, y allí se hallaban los talleres donde los Dáctilos trabajaban el hierro, cuyo arte aprendieron de los dioses.

Los primeros datos positivos que acerca del particular se conocen, hay que referirlos á cuatro mil años antes de la Era cristiana, en que Tubalcain trabajaba el hierro con alguna perfección. Se sabe también que en Egipto se usaba desde la cuarta dinastía de los Faraones, y los fenicios comerciaban con él, en época tan remota, que se asigna llega á dos mil quinientos años antes de la Era cristiana. En la India tiene la misma antigüedad, y fué traído de Asia á Europa muy poco antes de los tiempos de Homero.

El fundamento de la creencia de que los egipcios conocieron el hierro desde remotos tiempos, es el hallarse figuras y símbolos jeroglíficos tallados en piedras tan duras como el granito y el basalto. Para ejecutar estas obras eran indispen-

sables instrumentos fabricados con substancias de mayor dureza todavía, y, aun cuando pudieron emplearse con semejante objeto aleaciones de cobre, es lo cierto que esas huellas responden al uso del acero. Es también un curioso hecho histórico que los primeros objetos que se fabricaron con el hierro fueron los clavos (1).

Los tártaros consideraban las masas de hierro en estado nativo como caídas del cielo, y le conceptuaban sagrado é inviolable.

Los calibeos, habitantes de las márgenes del Ponto Euxino, pasaban por entendidos fabricantes de hierro y tenían el secreto de la templadura, que cuidaban mucho no revelar. Por lo demás, el temple del hierro data de remotísima fecha, cerca de mil años antes de la Era cristiana, pues que Homero, hablando del cíclope Polifemo, refiere que cuando Ulises le reventó el ojo, se oyó un silbido muy semejante al que produce un hacha enrojecida por la acción del fuego al sumergirla en agua fría, por lo cual posee el hierro la fuerza y la dureza. Esto prueba que en aquella época se sabía la manera de temprar el hierro.

Los cartagineses reemplazaron de buen grado el bronce por el hierro, y se halló en España en una galería de una mina de plomo argentífero, á 110 metros de profundidad, que contenía picos de hierro al lado de medallas cartaginesas.

El hombre fué muy poco á poco adquiriendo la habilidad de trabajar este metal rebelde, por el cual Aliates, rey de Lidia, ofreció al oráculo de Delfos una preciosa copa de hierro, tan perfectamente trabajada y tan artística, que la creyó digna de figurar entre los más ricos presentes del oráculo, como verdadera obra de arte.

En el siglo de Pericles, ó sea cuatrocientos años antes de la Era cristiana, compara Sófocles á un hombre de carácter enérgico al hierro templado.

(1) Hoefer: *Histoire de la Chimie*.

Moisés, en sentido metafórico, ya indica la dureza del hierro refiriendo que una dominación tiránica es una dominación de hierro, y un corazón insensible una cadena de hierro. También les dijo á los israelitas: «El Señor ha querido sacaros de Egipto, como *de un horno donde se funde hierro*», comparando la esclavitud á la temperatura elevada á que hay que someter el hierro para fundirle.

En opinión del erudito Hoefler, autor de una notable historia de la Química, parece bien averiguado que doce siglos antes de la Era cristiana, casi todos los instrumentos que hoy se construyen de hierro ó acero se fabricaban con aleaciones de cobre. Según algunos investigadores, se introdujo en Grecia el uso del hierro hacia el año 1400 antes de Jesucristo, reinando en Egipto Amenofis III, aun cuando no está comprobada la aserción con datos irrecusables y exentos de toda especie de reparos.

De todos modos, el hierro empezó á usarse poco á poco y aun se consideraba como raro en los tiempos en que el bronce y el estaño eran usualísimos. Sábese también que en los primeros períodos del Imperio romano se usaba un barniz llamado *antipatia*, compuesto de pez, yeso y cerusa, para preservarlo de la alteración del aire; y Plinio, que cita este hecho, consigna la importancia práctica que á semejante baño se daba, con lo cual se indica que no era desconocida en modo alguno la oxidante acción de la atmósfera húmeda.

III

Es muy probable, en concepto de algunos autores, que debió el Occidente á sus invasores asiáticos el conocimiento del hierro. Acaso el Mediodía de Europa recibió este presente de los navegantes fenicios ó de los mismos egipcios, y la Grecia heroica, cantada por el gran Homero en su inmortal *Iliada*, la de los tiempos semifabulosos de los argonautas y de la

guerra de Troya, aparece como la feliz aurora que abre la edad de hierro europea. El hierro se cita muchas veces en la *Iliada*, y se le da el gráfico calificativo de *duro de trabajar*. Pero se habla de él como de cuerpo raro y poquisísimo frecuente, precioso por estas circunstancias, y muy apreciado de los héroes.

Su gran abundancia en la naturaleza se encuentra en armonía con la necesidad del mismo en multitud de casos; de tal suerte que, si giramos la vista en torno nuestro, apenas hallaremos manifestación vital en que no haya tomado parte, en términos que puede asegurarse es más útil un terreno enrojecido por los ferrugíneos minerales, que un extenso campo cubierto de vistosas y aromáticas flores, aun cuando ante la estética sea esto último lo preferible.

Parece, en efecto, que al contemplar el hierro en la Naturaleza se ven palpitantes las oleadas de vida que más tarde han de inundar nuestra sangre y encender el horno que ha de ser la manifestación más activa de la existencia, y dar á la industria pábulo en ese conjunto de máquinas y talleres, cuyo ruido constituye una verdadera y magnífica orquesta, que puede llamarse propiamente el grandioso himno del trabajo.

Los alquimistas dedicáronle á Marte, dios de la guerra, para significar el uso á que principalmente se destinaba, de la construcción de armas, aun cuando no quiere decir en modo alguno que su aparición á los humanos ojos llevara envuelta la enemistad y el combate, pues no existieron las anheladas dulzuras de la paz en épocas anteriores á su descubrimiento, porque hubo guerras sangrientas, destructoras y crueles entre pueblos que no hicieron uso alguno del hierro y ni siquiera le conocieron. La humanidad ha tenido en todas épocas que pagar el triste tributo á esa ley terrible de la destrucción mutua.

El hierro se halla, pues, en todas partes, doquiera dirijamos nuestra mirada. Parece un compañero inseparable del hombre, y á pesar de eso ha estado mucho tiempo sin conocerle ni apreciarle, llevándolo en su sangre como elemento de

vida y teniéndolo en el suelo que pisaba, en las plantas que le recreaban con su vista ó le amparaban con su sombra; muchas veces en las aguas que bebía y en los alimentos que usaba, todo lo cual indica que no es precisamente lo que más interesa lo primero que se conoce, y ¿quién sabe si algún día descubrirá la química cuerpos que resuelvan problemas económicos ó sociales de primer orden, ó triunfe de enfermedades ante las cuales hoy se considera la ciencia impotente?

Del hierro que se halla en la sangre, ha conceptuado en días ya lejanos algún autor, cuya exhuberante fantasía rayaba en los límites de lo extraordinario, la posibilidad de acuñar medallas y hasta formar sortijas con el hierro procedente de la sangre de los hombres célebres, cuyo medio era el más adecuado de perpetuar su memoria en forma de preciosa reliquia. Pero desde luego se comprende que tal deseo no podía existir más que en la mente soñadora de los que concibieran tan irrealizable propósito. ¡Buena manera de inmortalizar los nombres de Cervantes, Colón, Lope de Vega ó Newton, llevar sortijas de su sangre!

IV

Es admirable el número de industrias y los portentos que las mismas realizan, teniendo como base ó punto de partida el hierro. Desde el momento que el mineral se arranca del seno de la tierra, hasta que en forma de barras surte los efectos de potentísima palanca que realiza fenómenos sorprendentes, ó sirve para borrar las distancias, uniendo entre sí los pueblos más remotos y resolviendo el problema interesante del ahorro del tiempo, y por tanto de la acumulación de la más preciada de las riquezas, ó ya también en forma de tenue hilo, cuando está acumulado, sostiene grandes puentes para salvar inmensos ríos ó profundos abismos, ó en sonora cuerda de armonioso piano, produce esos mágicos tonos y melódicas notas.

que encantan nuestros oídos con las inmortales creaciones del genio músico, llámese Bethoven, Meyerbeer, Rossini, Mercadante, Eslava, Arrieta ó Barbieri, pero que seguramente puede enorgullecerse el afiligranado metal de servir de fiel intérprete á creaciones artísticas, orgullo de la humanidad.

Es, en efecto, maravillosa la evolución que una partícula de hierro ha podido experimentar desde que, arrancada de la tierra, se ha encontrado sometida á los horrores de las fabulosas temperaturas de un alto horno, ó ha formado parte del microscópico glóbulo sanguíneo, llevando en pos de sí la antorcha de nuestra vida, como el general de un valiente ejército lleva en su frente la victoria que ha de traer días de grandeza y prosperidad á un país. Las manifestaciones de este metal son múltiples y variadas en extremo.

La imaginación se pierde en insondable laberinto, al considerar lo que sería la sociedad actual privada del hierro por uno de esos inexplicables cataclismos. Seguramente ofrecería el aspecto del sitio en que la muerte extiende su letal influjo, y acaecerían perturbaciones de tal magnitud, que apenas si la mente las concibe en medio de los mayores pesimismoes, subsiguientes á la desaparición súbita de industrias y de manifestaciones de la humana actividad, que constituyen el nervio social en lo referente á esos miles de necesidades imperiosas y de problemas múltiples que resuelve con admirable precisión el gran principio de la división del trabajo.

A la industria toca indudablemente, en primer término, enaltecer la importancia del hierro y colocarle en su verdadero terreno ante los ojos de la sociedad y á la consideración de las gentes, por lo cual su historia ha de ser siempre curiosa y se ha de ver en su pasado todos los antecedentes del mundo industrial, que, sencillos en su origen, hanse engrandecido y multiplicado como el insignificante arroyuelo se convierte, á través de la distancia, en caudalósísimo río, que se manifiesta en forma de tumultuoso torrente ó de inmenso brazo semejante á fragmento del Océano.

Seguramente que á la industria y al comercio corresponde, en primer término, ceñir á sus gallardas sienes la corona de gloria formada por las hermosas, matizadas, fragantes y jamás marchitas flores que constituyen la historia del hierro, significadas con las inmortales palabras de *trabajo, ingenio, vitalidad, crédito, ciencia, arte, riqueza, bienestar y cultura*, que todo esto comprende la idea de dirigir una mirada al inmenso horizonte del estudio histórico del indicado cuerpo.

V

Sin embargo de la inmensa importancia que ofrece el hierro, han existido sociedades cultas que le han desconocido durante mucho tiempo. Sábese que en Méjico y el Perú hallaron los españoles, cuando arribaron á estos países, una carencia absoluta del conocimiento del hierro, en términos, que había en algunos puntos cañerías de plata para la conducción de las aguas, no obstante existir en abundancia en dichos sitios criaderos de hierro, pues cerca de Toluca encontró el Barón de Humboldt grandes masas.

Lo que está fuera de duda es que el uso del hierro es posterior al del oro, de la plata y del cobre, como ya he dicho.

Plinio dice: «De todos los minerales, los de hierro son los que se hallan más universalmente esparcidos, fácilmente reconocibles por su color amarillento». Y añade: «La mayor diferencia del hierro la produce la templadura, que consiste en sumergir en agua el hierro enrojecido por la acción del fuego. Este procedimiento ha bastado para dar reputación á muchas ciudades de España, como la antigua BÍLBILIS (hoy Calatayud).»

Conociéronse ya, pues, en los primeros siglos del cristianismo, diversos minerales de hierro, que se distinguían perfectamente, y aun á largas distancias, por ese color genuinamente amarillo, y antes el imán, donde llamó la atención el

fenómeno atractivo que le ocurrió al pastor del monte Ida, Magnés, cuando, al apacentar su ganado, observó que los clavos de los zapatos y la extremidad de su cayado se adherían al suelo extraordinariamente, y la Etiopía era el país que adquirió la fama de suministrar el mejor y más sensible imán.

Aun cuando el uso del hierro sea posterior al del oro, de la plata y del cobre, no por eso deja de ser bastante remota la época en que fué conocido, y á que se le asignó su verdadera importancia, creyendo desde luego que tenía condiciones especiales y apreciabilísimas para el empleo que había de dársele en las imperiosas necesidades de la vida social, en los actos de defensa y agresión y en la multiplicidad de casos en que incesantemente había que apelar á su poderoso auxilio.

Los fenicios lo extraían de Asiria y Egipto y, según los libros y tradiciones hebráicas, era el hierro conocido de los hebreos en remotísima época.

En los himnos del más antiguo de los libros sagrados de la India, el *Rig-Veda*, se cita el hierro muchas veces, así como el oro y el bronce. En aquella época, que en el lejano horizonte se inauguraba el brillante período de la civilización india, estaba todavía nuestro Occidente sumergido en las sombras de la noche de la barbarie. Sus poemas y sus cantos nos refieren las preciosas copas de oro y los objetos de hierro cincelados.

En el Norte de Europa, el hierro se usaba desde mucho tiempo antes de la invasión romana. La gran cantidad de escomorias acumuladas en los alrededores de las minas, atestiguan la grandísima actividad desplegada y el largo espacio de tiempo que duró la explotación. De consiguiente, su metalurgia era ya conocida y practicada en esos tiempos, en que todavía distaban mucho de aparecer los fulgores de la química para iluminar tan escabrosos caminos.

Colocábanle los egipcios en el séptimo lugar de la lista de ocho productos minerales preciosos, cuyo orden era constante y se observaba en los monumentos de las dinastías tebainas y

hasta la época de los Ptolomeos. Conocióse muy pronto el hierro bajo la forma de piedras meteóricas caídas de la atmósfera, acerca de cuyo origen reinaron no pocas patrañas y se refirieron datos en los que la imaginación tomó activa parte, dando pábulo á las más sorprendentes creaciones de la fantasía poética.

Abarca la historia de este metal hechos interesantes desde el punto de vista arqueológico, é íntimamente unidos á la historia del hombre en múltiples conceptos. Derivada la voz latina *ferrum*, según unos, del sanscrito *dhriti*, que significa dureza, de donde se ha originado la palabra *firmus* ó *firme*, ha sido asimilada, en concepto de otros, á la palabra *fedrum*, ó, lo que es lo mismo, piedra, para indicar la resistencia, mientras que la griega *sideros* se ha supuesto nacida de *sudare* ó liquidar, cuyos vocablos indican los orígenes de nombres, ya de muy remota época usados.

Las minas de hierro han tenido, como es consiguiente, gran estimación en todas épocas, y sus acciones se han cotizado á elevados precios, en atención al interés grandísimo de un metal, que bien pudiera llamarse precioso con más razón que el oro, si tal calificativo se adjudicara en relación á las utilidades que proporciona, á los auxilios poderosos que presta al hombre, á lo que contribuye á resolver sus arduos y angustiosos problemas, á la multiplicidad de su empleo y á todas sus grandiosas manifestaciones, cuyo conjunto ha contribuído á que hoy la humanidad haya sido dueña y dominadora del planeta que habitamos.

VI

Existen otras particularidades en este metal, que, aunque del dominio de la historia, no entran de lleno en el concepto sintético y generalizador del presente trabajo; tal es, entre otras, la circunstancia de haberle hallado el eminente químico

de fines del siglo XVII y principios del XVIII, Lemery, por vez primera en las cenizas y en el carbón de miel, para cuyo análisis se sirvió del curiosísimo medio de aproximar un cuchillo imantado á estas cenizas, observando la adhesión de multitud de partículas metálicas bordando la superficie del cuchillo, cuyo experimento, realizado en 1702 ante la Academia de Ciencias de París, no pudo menos de llamar la atención de aquella Asamblea de sabios.

El alquimista Geber describe el hierro en el siglo VIII, y dice que es un metal de color blanco lívido, muy difícil de fundir, maleable y sonoro, añadiendo que todos estos metales de difícil fusión son impropios para la obra de la transmutación, lo cual, en muy breves palabras, da á conocer el grado de adelantamiento metalúrgico de la época y la mayor ó menor aptitud del metal de cuya historia trato, para contraer combinaciones con diversos cuerpos.

La metalurgia del hierro es también muy antigua. Todavía se hallan en la montaña del Jura los restos de algunas ruinas de hornos, en cuya forma se revela que pertenecen á la infancia de una industria que ha seguido los progresos de las demás.

Su primer perfeccionamiento fué el uso de grandes corrientes de aire por medio de fuelles. Hállanse los primeros indicios de tal empleo en la India. En Grecia y en Italia, durante las guerras púnicas, los fuelles movidos por el hombre servían para avivar la llama en los hornos donde se extraía el metal, y de aparatos semejantes hacían uso en los hornos de forja, donde se calentaban las barras de hierro para darles la forma definitiva por el martillo.

Los perfeccionamientos que más adelante experimentó la fabricación del hierro costaron bastantes siglos y no escaso número de ensayos, muchos de los cuales fueron absolutamente infructuosos. Sucedió en este asunto lo que en otros de análoga índole, y es que la ignorancia de los operarios perpetuaba los defectuosos métodos de la industria y era un obstáculo

al progreso. El trabajo era difícil; el horno sólo podía recibir pequeña cantidad de mineral y resultaba enorme el consumo de combustible.

De aquí que sólo fueran explotables los minerales muy ricos en hierro. Los obreros que empleaban los romanos en esta fabricación eran en su mayor parte penados, esclavos, prisioneros de guerra ó grandes criminales.

Los antiguos hornos belgas tienen asimismo alguna celebridad en la historia metalúrgica del hierro. Llamábanse hornos de orientación, debido á la ingeniosa manera de construirlos, pues la abertura inferior se dirigía hacia el punto del horizonte en que soplaban los vientos del Sudoeste, los cuales se encontraban encerrados en una especie de embudo, que activaba el tiro de un modo extraordinario y hacía el efecto de un soplete. Era ya un comienzo de perfeccionamiento.

En el siglo XV los fuelles eran movidos por medio del agua, y el martillo se ponía en actividad por una rueda hidráulica, descubriéndose entonces el papel que hacían los fundentes en la reducción del metal, todo lo que acusa un grado de adelantamiento metalúrgico muy digno de tenerse en cuenta en un estudio histórico, pues es ya un paso que significa grandes ventajas prácticas en este terreno, muy dignas de apreciarse por más de un concepto.

En la Edad Media hubo grandísima actividad y no escasos adelantos en el trabajo del hierro, lo cual no es de extrañar, pues fué la época de las grandes guerras y en que estaba muy desarrollado el afán de pelear. Las notables armaduras que desde entonces han llegado hasta nosotros atestiguan de una manera elocuente la gran perfección que este ramo de la industria había alcanzado. El acero, si bien se fabricaba por medio de procedimientos muy largos, conseguíase de excelente calidad, como lo demuestra la espada de Ricardo Corazón de León, que partía en dos un yunque. Es de notar que las armas de hierro y acero fabricadas en España disfrutaban de universal y justa nombradía.

Desde las antiguas y defectuosas forjas catalanas, ha experimentado después esta metalurgia transformaciones de importancia, siguiendo con los altos hornos más ó menos modificados para llegar á la solución del problema más pronto y con mayor economía, hasta los procedimientos que la electricidad producida por los saltos de agua ha puesto al servicio de tales industrias, economizando fuerza, combustible y tiempo de una manera brillantísima y segura, de tal suerte que parece más bien el producto de una fantasía soñadora que la realización de un hecho práctico.

Sabido es que las grandes fabricaciones de hierro pueden siempre admirarse como si fueran el producto de magnífica epopeya. Aquella actividad de tantos obreros; las enormes masas de mineral y de carbón acumuladas; la población trabajadora; las elevadísimas temperaturas que se producen para formar los arroyos de fuego, que bajo la forma de serpientes enrojecidas salen de los hornos; el estrépito del metal fundido, las nubes de humo que produce el combustible, y hasta los peligros que puede ocasionar la imprudencia ó el accidente fortuito, todo ello es un verdadero poema, digno de la inspiración potente de peregrino ingenio. Ese calor abrasador de la atmósfera, próxima á toda aquella montaña enrojecida por vivísima combustión; el humo denso que lanzan las chimeneas y producen opaca niebla; la multitud que se agita en torno de aquellas fundiciones; los carros de mineral que arriban; todo lo que allí se realiza es siempre efectivamente digno de la consideración del hombre de ciencia que dirige aquellas operaciones, cuyo resultado final será producir riqueza en formas variadas, y de la inspiración del poeta, que puede cantar las grandezas humanas, representadas en una magnífica manifestación del trabajo, en aquella oda viviente.

Y esa materia ígnea, reducida á líquida masa por la potente acción de altísima temperatura, recibe impresiones que permanecen inalterables después de frías, como indelebles huellas, ó bien, ya en otras condiciones, se la modela de diversos modos,

para darle miles de formas destinadas á esa serie múltiple de empleos que en todas las edades y en todos los siglos y países, desde que el hierro se conoce, ha realizado la humanidad, verdaderamente orgullosa por haber dominado y á sus pies rendido como á fiera indomable, una materia inaccesible, natural y espontáneamente, á los trabajos á que se la dedica.

Y sabido es que hay poblaciones obreras de consideración, que constituyen colectividades importantes, las cuales tienen por base el trabajo del hierro, tomándolo de la Naturaleza en esas piedras hematites, así llamadas por su parecido al color de la sangre, más ó menos rojas ó pardas en las siderosas y hierros magnéticos, y entregándolo en barras ó láminas para que la industria lo devore y lo aplique de múltiples maneras, llevadas á una variedad verdaderamente pasmosa.

Al tratar de este particular, no dejaré de consignar, para gloria nuestra, el nombre del español Pérez de Vargas, que á mediados del siglo XVI (en 1569) escribió una obra con el título *De re metálica, en que se trata de diversos secretos del conocimiento de toda suerte de minerales* (1), donde, hablando de la temperatura, insiste en las diversas coloraciones que toma el acero cuando se calienta, ó sea blanco argentino, amarillo dorado, violeta y gris ceniza, más ó menos duro, según estas coloraciones, y expone asimismo los rudimentos industriales de la fabricación de las limas.

Y hay que registrar en la historia química del hierro verdaderos portentos realizados en el estudio de sus propiedades, por los brillantísimos resultados del laboratorio, para llevar á la práctica datos útiles que la industria no ha podido menos de recoger con avidez extraordinaria, aplicarlos con oportunidad precisa y tenerlos muy en cuenta en las construcciones y en otra multitud de trabajos, con los que se han podido evitar accidentes tan grandes como el súbito hundimiento de un puente colgante, en angustiosa y crítica ocasión, ó la filtra-

(1) Madrid, 1569, en 8.º

ción de gases realizada á través de una pared, construída con tan resistente metal.

Porque el progreso científico en este estudio nos enseñó hace mucho tiempo, entre otra multitud de asombrosas propiedades, que el hierro puede ser lo que se llama activo y pasivo, y pasar fácilmente de un estado á otro cambiando de propiedades, ó, lo que es lo mismo, que la sonora cuerda del piano que produce artísticas, inspiradas y melodiosas notas, es susceptible de convertirse en inarmónica, y el hercúleo cable que sostiene un puente, por el que pasan á la continua multitud de personas y carruajes, puede romperse en un instante con sólo una débil presión, precipitando y hundiendo en el abismo á miles de personas.

El hierro, no hay que dudarlo, lleva en pos de sí la riqueza y la prosperidad á las sociedades, del mismo modo que aporta al glóbulo sanguíneo la vida y la energía. Por eso, donde quiera que exista en abundancia habrá vida industrial, lozana, fecunda y esplendorosa, suficiente por sí sola á dar energía á las colectividades y felicidad á las naciones, y sin el hierro viene la anemia, y tras de ella la muerte, como acontece en la vida orgánica con esa juventud que se extingue y aniquila por la falta de hierro en su sangre, y torna los sonrosados y hermosos matices de la primavera de la vida en la tétrica y cadavérica palidez del sepulcro.

VII

El uso del hierro en medicina es también muy antiguo y digno de ser conocido. Necesitaría citar un largo catálogo de ilustres médicos y químicos que lo han, desde muy remota época, empleado como eficaz remedio en multitud de dolencias, y que figuran, por tanto, en la historia de este metal en el concepto terapéutico. Ya Galeno usaba el agua de hierro y la herrumbre en la anemia. Los fisiólogos igualmente le han

estudiado, asignándole el gran papel que le está encomendado en el problema de la vida y en su complicada y grandiosa manifestación, y el nombre del eminente fisiólogo Claudio Bernard ha de aparecer como radiante figura cuando de tales asuntos se trata.

La Ciencia le ha dado gran número de bizarras formas, y ha tratado de llevarle al organismo en condiciones adecuadas para que éste lo adquiriera fácilmente y sin violencia alguna, empezando por el atenuadísimo polvo que químicamente produce el débil aliento del gas hidrógeno, y concluyendo por un gran número de preparados que la Química en sus admirables combinaciones ha producido y en que se trata de introducir en la sangre ese poderoso medio de enriquecerla, como en luminaria mortecina que se abrillanta con la llegada de nuevo y apropiado combustible.

Los grandes adelantos é incesantes progresos de la Química se han ido, en efecto, reflejando en el conocimiento del hierro de una manera fidelísima y exacta; así es que ha ocupado libros y bibliotecas enteras su completo estudio, hasta el extremo que constituye una gran historia de constante y no interrumpida labor, y una aureola de gloria para los que á ello han contribuído, á la que han agregado sus nombres los primeros sabios del mundo en más de un orden de conocimientos, en términos de ser uno de los más concienzudos, pues la química del hierro forma parte principalísima de la Ciencia en general.

Meditando detenidamente, al hierro es al metal á quien debe el hombre mayor estima y más grande consideración, porque con su auxilio salva las distancias más remotas, contribuyendo á la tan anhelada fraternidad universal; mueve titánicos obstáculos, construye maquinarias que realizan maravillas en el mundo del arte, fabrica objetos de uso inmediato en la vida doméstica, da con su sonoridad motivo á la inspiración musical, que vuela por los espacios y se baña en las mágicas ondas de la fantasía melódica, y devuelve la salud, contri-

buyendo á dar á los glóbulos sanguíneos las condiciones vitales de que carecían.

Condensando, por último, en algunas conclusiones los pensamientos capitales expuestos, puede asegurarse en resumen lo siguiente:

1.º El conocimiento del hierro, aunque remoto, no figura en primer término entre los metales de que se sirvió la humanidad, por tener que ceder ese lugar al oro, la plata, el cobre y el estaño, con los cuales las sociedades llenaban el cometido que más tarde había de desempeñar el hierro con grandísima ventaja sobre los metales ya existentes.

2.º Que los servicios prestados por el referido metal le hacen más útil y necesario que los denominados preciosos, hasta el extremo de que ni con el codiciado oro, ni con la plata, hubiese podido el hombre alcanzar las cimas de lo maravilloso en el claro y magnífico horizonte de la industria que constituye la vida social, y el poderoso y benéfico elemento de cultura, riqueza, civilización, bienestar, salud y enaltecimiento de un pueblo.

3.º Que le debe el hombre el inmenso servicio de haberse hecho dueño absoluto del planeta que habita, dominándole cual ningún otro de los seres, ya perforándole hasta tocar los límites de lo fantástico, ó construyendo instrumentos que faciliten al agricultor sus penosísimas tareas para que la tierra nos dé los indispensables elementos de vida, ó bien borrando las distancias, y uniendo más y más á la gran familia humana para que pueda mutuamente compartir sus penas y saborear sus triunfos y alegrías.

4.º Que el hierro está unido íntimamente al organismo en estrecho lazo, y es también el poderoso medio de que la Ciencia se vale para llevar al contingente vital las perdidas fuerzas, en forma de benéficos y salvadores remedios, á la manera que llegan elementos de brillante luz á la débil y casi extinta llama, en términos de que figura entre los más usuales medicamentos, cada día más sancionados en el crisol de la experiencia.

5.º Que el Comercio y la Industria, en consorcio con la Ciencia, son los representantes de las grandes ventajas y, por tanto, de la transformación social que se ha realizado por el uso y conocimiento de este cuerpo, y por tanto que á ellos corresponde el mejor y más digno título de consideración universal que puede tributárseles.

JOAQUIN OLMEDILLA Y PUIG.

DON CEFERINO ARAUJO SÁNCHEZ

Las personas que en el último tomo de LA ESPAÑA MODERNA acabaron de leer el interesante trabajo titulado *Palmaroli y su tiempo*, y conserven de tal lectura honda impresión, la que produce todo lo que es relato ingenuo de cosa vivida, no esperarían, seguramente, ver la firma que le avalora convertida aquí, al cabo de tan corto espacio de tiempo, en epígrafe de estos apuntes necrológicos. Y, sin embargo, el autor mismo, cuando ya en el lecho, donde le retenía la última enfermedad, corrigió las pruebas del final de su trabajo, en el que, con frases que le brotaron del alma, se duele de la indiferencia con que la sociedad presente ha visto la muerte del insigne Palmaroli, debió ser el primero en presentir la suya; y acaso, acaso pensó, antes que nosotros, que esas líneas eran ya la última protesta que lanzaba contra la vulgar ignorancia y la falta de sentido estético, males ambos que estimaba endémicos en España, á pesar de lo cual empleó en combatirlos con sistemático tesón, durante toda su vida, aquella su inteligencia clarísima.

No quiero decir aquí, de una vez y en breves palabras, todo lo que yo creo que debe llorarse la pérdida de este hombre insigne y benemérito, que, acaso sin haberlo creído, sea de los que más contribuyan, con los escritos que deja, á la cultura artística del mañana, en que tengo yo más fe que tenía él.

—Pero no puedo callar, puesto que en el orden intelectual y moral hay daños irreparables, que tal y tanto es, para todos los que le leíamos y para todos los que le queríamos, esa pérdida inesperada y tristísima, hasta por las circunstancias que la han acompañado.—Araujo ha muerto en un rincón de España, en un pueblo de la Rioja alavesa, en Labastida, donde había pasado el verano con su familia, antes de poder regresar á Vitoria, punto de su residencia desde hacía siete años. Ha sucumbido víctima de una rapidísima enfermedad, bruscamente, como á los golpes del hacha cae el añoso roble, y en verdad que él lo pareció por su fortaleza física, aunque su aspecto no lo delataba. El, que había hecho vida obscura por su propia voluntad, ha fallecido obscuramente en la madrugada del día 26 de Octubre último.

En otro país, á pesar de todas esas circunstancias, al día siguiente hubieran dado los periódicos la noticia, acompañada de aquellos sentidos comentarios con que se indica á la opinión que la patria está de duelo por la pérdida de uno de sus hijos preclaros, que contribuyó á engrandecerla. Aquí, y en estos días de indiferencia por todo lo que á la cultura y al arte en particular se refiere, sólo podemos congratularnos con que algún periódico de gran circulación haya dado la noticia, pero sin comentario, y sin duda porque es más fuerte que todo esa ley fatal en cuya virtud no se aquilata el valor de lo que se posee hasta que se pierde.

Aun así, y aunque el nombre de Araujo no podía serle desconocido á nadie que de Bellas Artes se ocupara, seguramente que ni de su existencia ni de sus obras tendrían la menor noticia muchos españoles, y habrá que decirles hoy que Araujo fué un pintor muy distinguido y que fué un crítico eminente de cosas de arte. Esas dos manifestaciones de su talento, esos dos aspectos de su personalidad, señalan precisamente las dos épocas de su vida, de la que quiero ofrecer aquí un esbozo, si á más no alcanzo; esa vida que yo conozco bien porque lo que tiene de más interesante comenzó cuando alboreaba la *mía*.

Los recuerdos que yo conservo de Araujo van unidos á los más remotos que conservo de cosas y personas. ¡Qué viva está en mi mente la imagen de aquel hombre que no parecía haber sido nunca joven! Nervudo, alto, pero con tendencia á inclinar el cuerpo hacia delante; con aquella cabeza tan noble y tan artística, que con la cabellera y la barba negras, tan recias como indómitas y desordenadas, la frente despejada, el ceño duro y la mirada dulce, parecía de un santo de Ribera, carácter que supo encontrar con feliz acierto León Bonnat en el hermoso retrato que le hizo en Madrid, en 1864, y que hoy se conserva en París; Araujo era una persona de continente severo, de aspecto frío y hosco, como de filósofo, casi misántropo, cuyo retraimiento se respeta instintivamente. Pero así que se le hablaba y se le oía hablar con aquella voz de timbre ligeramente agudo, aquel acento sincero y aquella palabra fácil y persuasiva, no exenta de natural donaire, descubriáse un corazón de niño, un espíritu dotado de la más exquisita sensibilidad para todo lo que fuera arte, para las más sutiles delicadezas de la forma y del pensamiento. Por eso era imposible tratar á Araujo y no estimarle, y estimarle mucho y de veras. Por eso, porque tenía corazón de niño, fuimos amigos tan pronto, él que era hombre que llegaba á la madurez de su vida, y yo que comenzaba la mía.

Era un temperamento reflexivo el de Araujo, que le inclinaba á contemplar y á examinar con interés todo lo que para otros espíritus es indiferente: los niños, los insectos, las plantas. Pruebas de paciencia debió dar conmigo mi primer amigo según he comprendido por algunos de aquellos que conservo, pues me pintaba *decoraciones de teatro*, me hacía dibujos y guardaba los míos, sin duda como curiosidad *proto-histórica* ó *documento humano*, que diría algún defensor del naturalismo. Después, cuando mis aficiones se encauzaron por donde iban las de Araujo, le oí sus doctrinas y las aprendí en sus escritos, fué para mí más que un amigo: un maestro, una autoridad indiscutible, no por afecto, sino por la fuerza de su criterio;

más tarde, cuando formado el mío tomé los derroteros de la Arqueología, solíamos discutir no en puntos de doctrina sino de lo que me permitiré llamar fe científica, pues Araujo no tenía ninguna en el método que siguen muchos historiadores del arte, desconfiaba de la veracidad de ciertas fuentes y del valor de ciertos resultados de la investigación; pero excuso decir que nuestra amistad seguía tan fuerte, y debo decir que más viva, puesto que el correr de los años ha ido ensanchando ante mis ojos el mundo de ideas en que la personalidad de Araujo resalta con toda la fuerza de su raro mérito.

Lo que motivó mi temprana amistad con Araujo, éste mismo lo ha revelado al público que lo ignorase, en su último citado trabajo, *Palmaroli*, con estas sentidas palabras: «Y no digo más, porque hablar de Enrique Mérida, para mí es hablar de un hermano.»

La reserva que Araujo impone aquí á su pluma, porque el cariño, cuando es íntimo y verdadero, se guarda como el mejor tesoro, parece que debiera servirme de ejemplo para no proseguir yo tampoco hablando de él. Pero ha habido dos consideraciones superiores á todas para que yo escriba estas líneas, que á Araujo se le deben de justicia, y son, que acaso no las hubiese escrito otro, dado el olvido en que, según indiqué, se tiene aquí cuanto al arte se refiere, y que al escribirlas no hago más que cumplir un deber de gratitud. Tales fueron los estímulos que desde luego me hicieron aceptar la invitación que me hizo el Director de LA ESPAÑA MODERNA, de escribir este artículo, que aquí ó en otra parte hubiera escrito de seguro. Debía escribirlo, tenía que escribirlo como expresión no precisamente del afecto que profesé á Araujo, sino de todo lo que por espacio de tantos años he pensado de él mientras vivió, y por esto debí callarlo y no debí decirlo hasta ahora, para ser creído.

Veamos ahora cómo Araujo se hizo artista y luego crítico.

I

D. Ceferino (así he llamado yo siempre á aquel constante amigo de mi casa y el más íntimo de mi hermano mayor) había nacido en Santander á 21 de Octubre de 1829.

Nació allí por circunstancia fortuíta, sin duda por haber llevado allá á su familia los deberes del cargo de Médico de la Armada que ejerció su padre D. Tomás Araujo. Este era natural de Valladolid; la madre, doña Teresa Sánchez, de Madrid, y él, D. Ceferino (que no fué hijo único), era por sus gustos madrileño neto. De su puño y letra nos lo declaraba hace poco más de un año en una carta escrita desde Vitoria, y que revela, como todas las de su continua correspondencia mantenida en los últimos ocho años con los amigos, la nostalgia de Madrid.

Dice así: «Volviendo á lo que hablaba últimamente de Madrid. Aunque no nací en él me considero su hijo legítimo y cariñoso. Nací en Santander, tan por accidente, que no hacía un mes había llegado mi madre de Bayona. Luego, de los sesenta y siete años que cuento, sesenta he pasado en la corte, sin más que ausencias cortas, y la larga que ahora llevo; me parece que son títulos. Era tan pequeño cuando hice el viaje á Madrid, que aún no sabía muchas palabras; así es que al oír que tal día íbamos á pasar *el puerto*, tenía yo la ilusión de que iba á volver á ver el mar, que sentía haber dejado, y cuando en Somosierra me dijeron que aquello era *el puerto*, recibí un desencanto y aprendí un nuevo significado de la palabra. Entonces la vista de Madrid desde los Cuatro Caminos era muy diferente que ahora: nada le ocultaba, había infinidad de torres ¡que ya no hay! Por el aspecto artístico es el dolor, y presentaban una silueta (aquí hay un dibujo hecho de recuerdo) que tenía cierta analogía con la de los barcos que dejaba, lo

que me causó gran impresión, y quizás fué el origen de mi amor á aquellas torres, que ojalá entonces hubiera podido dibujar, pues serían muchas más, algunas curiosas. Después he dibujado muchas y observado también corresponden á tres ó cuatro tipos, todos elegantes y graciosos. No sé si el que se hallan asociadas á mi infancia, mi juventud..... me hace verlas así.»

En el año de 1847 empezó á asistir á la «dependencia de los estudios menores» que la Academia de Bellas Artes tenía establecida en la calle de Fuencarral. Ignoramos si antes había recibido lecciones, como es muy verosímil, de su tío, que llevaba igual nombre (D. Ceferino Araujo, pintor valisoletano, de quien precisamente en la catedral de Valladolid, en la sacristía, hay un tríptico con la imagen del Salvador en el centro y en las portezuelas las de los santos y santas de los reyes D. Fernando y Doña Cristina, Doña Isabel y D. Francisco de Asis), y que es el único antecedente artístico que conozco en la familia. Ello es que, según declara él mismo en la segunda de sus conferencias leídas en el Ateneo é impresas en la colección de ellas, titulada *La España del siglo XIX* (t. 3.º), asistió allí á la clase de figura, á la que asistían los alumnos «mayores y más formales», cuyo profesor era D. Juan Antonio Ribera. «Al cabo de un año de *plumear* figuras, dice él mismo, pedí el pase á los estudios superiores, que me fué concedido, previa presentación á la Junta (de profesores) de algunos de los trabajos ejecutados». Con efecto, en 1848 se matriculó en la clase de yeso, que, como las demás de la indicada enseñanza, se daba en el local mismo de la Academia, donde contiúa dándose, y tuvo de profesor á D. José Piquer. Ya entonces empezaba á despertar el movimiento artístico contemporáneo, cuya historia bosqueja Araujo en los primeros capítulos del citado trabajo, *Palmaroli y su tiempo*, y recuerda como hecho trascendental y culminante de aquel año la creación de las pensiones para Roma, y el legítimo triunfo que en la oposición convocada al efecto alcanzó el joven pintor Bernar-

dino Montañés. Asistió luego á la clase de colorido que tenía á su cargo D. José de Madrazo, y á la que concurrieron también Víctor Manzano, León Bonnat, Vicente Palmaroli, Antonio Gisbert, José Casado, Francisco Aznar, Carlos Esquivel, Juan García y Francisco Bande. Araujo se contó, por consiguiente, en la pléyade animosa y entusiasta que había de provocar el nuevo renacimiento de nuestra pintura, que hubo de manifestarse ó iniciarse desde la primera Exposición de Bellas Artes, celebrada en 1856; la primera Exposición seria, después de aquellas celebradas en la Academia por tiempo de ferias y que el mismo Araujo ha descrito tan pintorescamente. Lo que no dice es si concurrió á alguna de ellas, como es probable, pero no comprobable, por falta de catálogos impresos de tales certámenes.

En cambio veo que uno de los ciento treinta y cinco expositores de aquel de 1856, es Araujo: su obra es un retrato «de la señora J. G. de L.»; pero lo que más me llama la atención en el *Catálogo* que me sirve de guía, es que mi amigo se hizo inscribir en él como «discípulo de su tío D. Ceferino Araujo», lo cual prueba que, ó no estimaba grande el provecho que hubiese podido reportarle la enseñanza académica, ó prefirió ser consecuente al afecto de familia. Es posible que ambas causas influyeran en ello, y aunque en lo primero pudiera verse la primera muestra de una personalidad independiente, no sería el primero ni el único caso de rebeldía forzosa, nacida del temperamento, á la forma y espíritu de una enseñanza cuyas deficiencias rutinarias reconoce el mismo Araujo, á la par que la saludable *influencia* que en ella ejercía D. José de Madrazo, cuyas iniciativas y reformas hasta la creación de la escuela independiente de la Academia alaba sinceramente.

La citada Exposición fué sin duda el acontecimiento más importante de la historia contemporánea de las Artes españolas, por lo mismo que es el punto de partida de nuestro moderno renacimiento; y para Araujo marca época con más razón que para otros, sin duda porque su alma de artista, mejor

preparada á sentir frente á la muda Naturaleza que frente á los dramas humanos, debió ser de aquéllas en las que causaron más honda impresión, algo como una revolución en las ideas y sentimientos estéticos, los paisajes *pintados del natural* (cosa novísima entonces, por extraño que parezca) que presentó un pintor belga, joven también, cuyo nombre se hizo famoso desde aquella ocasión, D. Carlos de Hães.

Dichos paisajes eran tres, dos de ellos pintados en el extranjero, pues son vistas de los brezales de Hasselt (Bélgica) y del bosque de Beaufort (Prusia), respectivamente, y el otro en España, pues el motivo es «el cerro Coronado, por la tarde». Para que se comprenda lo trascendental del hecho señalado y de la impresión que le causó á Araujo, es menester recordar las palabras de éste en su último trabajo: «Aquellos lienzos fueron una revelación que los artistas empezaban apenas á presentir; encerraban el estudio ingenuo del natural, elemento el primero y más necesario, que aquí andaba completamente olvidado».

Sin duda dicha impresión, conservada tantos años hasta consignarla en las líneas acabadas de transcribir, decidió por completo la suerte del joven Araujo como pintor. Todo innovador arrastra secuaces, y entre los primeros de De Hães se contó nuestro amigo. Leyéndole, se adivina el interés con que siguió el curso de la oposición que hizo aquél en 1857 á la plaza de profesor de Paisaje en la Escuela de Bellas Artes, la grata sorpresa y la íntima satisfacción con que debió ver que los ejercicios, en vez de hacerse de memoria, según rutina añeja, se hicieron en el campo, lo que de antemano proclamaba el triunfo de opositor de tal fuerza.

No se contentó el admirador con serlo platónico, sino que quiso también ser neófito de la nueva doctrina que, según su frase, «siguió predicando» De Hães desde la clase que había ganado; y, con efecto, en el catálogo de la segunda Exposición, ó sea la de 1858, Araujo no se titula ya discípulo de su tío, sino de D. Carlos de Hães, aunque no debió recibir sus

lecciones en la Escuela, sino particularmente, y su cuadro no es, por lo tanto; de figura, sino un paisaje respecto de cuyo asunto y ejecución se creyó obligado á inscribir lo siguiente: «La noria arruinada: paisaje tomado de las inmediaciones del puente de Santa Isabel, en el canal de Manzanares».

Celebróse en Valladolid, en 1859, una Exposición castellana, en la que expuso Araujo y ganó, ignoro con qué obra, nada menos que una medalla de plata. Seguramente que entonces, tiempos más inocentes que los actuales, no se ponían en juego todos los poderes humanos y *divinos* para obtener recompensas en las Exposiciones; pero os juro que de todos modos no fué nunca Araujo quien así ganó sus recompensas.

Llegó la Exposición de Bellas Artes del 1860 y presentó dos paisajes: *Lavadero de San Lorenzo en los alrededores de Avila* y *Recuerdo de la arboleda de San Antonio de Avila*. Uno de ellos le valió una mención honorífica *de primera clase*, que sin duda representaba tanto como la medalla obtenida en un certamen no esencialmente artístico.

En la Exposición siguiente, que fué la de 1862, recibió mayor recompensa: una medalla de segunda clase, y las obras que presentó eran *La playa del Grao en Valencia*, *Tarde de verano*, obra que pertenecía á la señora condesa viuda de Velle, y *Recuerdos del Guadarrama*.

Los títulos de los cuadros que vamos citando indican que Araujo, como todos los paisajistas de la nueva escuela, viajaba, seguramente, sin otros fines que los artísticos. Esto de viajar por satisfacer una necesidad estética debía ser muy nuevo en nuestras costumbres, y la pintura de paisaje debió contribuir á ello, pues el ejemplo de los paisajistas fué bien pronto seguido en ese punto, como en otros muchos, por los demás artistas. Araujo, que tenía—y no lo hemos dicho—medios de fortuna para vivir modestamente, pero sin necesitar del producto de sus obras, y sin otras ambiciones que las de satisfacer á su propio espíritu con el cultivo del arte, viajó por la Península y viajó también por el extranjero. A esto de-

bió impulsarle el ejemplo de su maestro, que no dejaba de hacer excursiones á su país, de donde siempre traía bellos paisajes. Araujo estuvo en Bélgica, en Inglaterra y en Francia. Su ausencia de España debió ser, ó empezar, en el año 1864, pues no concurrió á la Exposición nacional celebrada aquel año; pero sí á la internacional de Bayona, también entonces celebrada, y en la que se vió premiado con Medalla de bronce.

Estos triunfos no le envanecieron, ni era Araujo hombre para ello; cultivador del arte por el arte, nunca dió aprecio á lisonjas y ostentaciones de esa naturaleza, y repetidamente ha sustentado el principio de que en las Exposiciones no debían darse premios. Si aquí consignamos los que él tuvo es porque para la generación actual es un pintor desconocido y no queremos que bajo nuestra sola palabra se crea en su mérito.

Sería largo el depurar las varias causas que contribuyeron á que Araujo mirase con indiferencia cuanto á su medro personal pudiera referirse, y casi de seguro hallaríamos el fundamento de todo en su modo de ser en su temperamento de artista pasivo, si vale la expresión, más propenso á la contemplación del arte como materia de reflexión y de análisis, que á su práctica activa y ardorosa: gozaba más, sin duda, viendo obras de arte que pintando cuadros. Cada uno es como le hace el medio que le rodea, y Araujo, en su bienestar, halló apropiada á sus deseos esa inactividad laboriosa del pensador que gusta de solazarse en la observación de aquello que más le atrae y solicita su atención. Sobrio, sin ambiciones, contento de ver medrar á sus amigos, en los que siempre pensó más que en sí mismo, bien pronto se amortiguó en él aquel entusiasmo con que concurrió á las primeras Exposiciones.

Todavía presentó en la de 1866 cuatro paisajes: uno, cuyo motivo no se consigna en el *Catálogo*, pero que es un jardín con figuras á lo Watteau, cuadro elogiado y que, á lo que recordamos (pero no hemos podido comprobar), alcanzó premio; otro de Madrid, otro de Avila y otro de Hendaya. Des-

pués, desde la Exposición de 1871 ya no presentó nunca, ni en Madrid ni fuera. Seguía pintando, sin embargo, y siguió siempre, pero como distracción de su espíritu y sin fines ulteriores. Tenía y ha tenido muchos años estudio puesto en la casa que poseía y en que ha habitado en Madrid, en la calle de Tudescos. Cultivó con preferencia el paisaje, sin olvidar la figura, tanto que, entre otros, pintó dos retratos para la colección del Ateneo de Madrid: uno el de D. Salustiano de Olózaga y otro el del General D. Antonio R. Zarco del Valle; y pintó también algunos cuadros que mejor pueden llamarse de *género* que no paisajes con figuras. Cuatro de ellos regaló á mi hermano Enrique: el más importante es el citado de la Exposición de 1866.

Por entretenimiento, en la casa que poseía en El Escorial y en la cual pasó algunas temporadas, no sólo veraniegas, por los años de 68 á 78, ejecutó también con acierto alguna pintura decorativa.

La pintura de Araujo se distingue por la sinceridad, la sencillez en el pensamiento y en la ejecución, lo elegante del dibujo y lo agradable del color. En sus cuadros, como en sus escritos, resalta una personalidad original que, sin rasgos brillantes, se manifiesta completamente opuesta á lo vulgar. Independientemente de sus escritos, sus cuadros bastan para enaltecer su nombre que no consta y debiera constar en el Catálogo del Museo de la pintura contemporánea, pues la originalidad de Araujo está en una distinción que atrae, que despierta simpatía, y que no suele hallarse en nuestros pintores.

Por falta de datos no puedo, ni es absolutamente necesario, seguir progresivamente la vida de Araujo; pero retrocediendo un poco debo consignar que, asiduo concurrente á la tertulia de artistas y aficionados á cosas de arte que se reunían por los años inmediatamente anteriores á la revolución de 1868 en el café Suizo todas las noches, fué uno de los que contribuyeron á la publicación de la revista titulada *El Arte en España*, cuyo pensamiento, de que fué alma el distinguido escri-

tor de Bellas Artes D. Gregorio Cruzada Villaamil, nació allí, en 1862. Orgullosa se sentía Araujo — él mismo nos lo ha dicho hace un mes—de haber tomado parte en tal obra, y podía estarlo, porque en ella dejó muestras estimables de su talento de artista, al propio tiempo que sus primeros notabilísimos trabajos como crítico.

De aquellos, unos son dibujos originales, litografiados por él mismo: *Playa de Valencia* y un paisaje sin título (tomo I); otra, la litografía del precioso paisaje que hizo Velázquez en la *Villa Medicis* (cuadro número 102 del Museo del Prado); otras facsímiles, también litografiados por él, de dibujos de Navarrete *El mudo* (en el tomo II), de Manzano (tomo IV) y de Aniello Falcone (tomo VI). Esta litografía, publicada en 1867, es la última obra de arte que Araujo dió al público. Ya desde el año anterior había cambiado de rumbo, y prefería publicar los juicios que le merecían los pintores antiguos.

II PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL
ATENEO BARCELONÉS

Sin duda, la causa que debió impulsar á Araujo á ejercitar su talento en el campo de la historia del arte y de la crítica pictórica, tan acomodado á sus gustos y á su temperamento, fué el viaje que realizó por el extranjero, donde vió tantos monumentos y tantas obras maestras dispuestas convenientemente para la pública contemplación en las salas de los Museos. A los ojos de otro español quizá esto no hubiese pasado de ser agradable; á los de Araujo, tan observador, el nivel de la cultura artística de países en que tanta atención se pone en desarrollarla, hubo de impresionarle hondamente, y al establecer comparaciones con nuestro país, como no sentía el patriotismo del envanecimiento, sino aquel otro más práctico, que se ejercita en reclamar y procurar el perfeccionamiento

progresivo, apoderóse de su espíritu una sed ardiente de fomentar en España el amor verdadero á las cosas de arte, quitando con juicios acertadísimos el valor técnico de las obras de nuestras pinacotecas nacionales, pidiendo incesantemente mejoras y reformas en tales centros educadores, combatiendo con tesón incansable todo aquello que á su parecer podía ser obstáculo para el logro de tan beneficiosos deseos. Ilustrar la opinión, formarla con elementos sanos, nuevos y sencillos, tomados de las mismas obras de arte, de sus caracteres peculiares y distintivos: esto es lo que constituyen el móvil y el objeto de todos los escritos de Araujo. En ellos, y de palabra, solía dar muestras de negro pesimismo respecto de la ineficacia de sus predicaciones, pero no por eso dejaba de hacerlas, aunque sólo le leyeran los amigos, como él solía decir; y esto prueba que podía más que su falta de fe en las aficiones de nuestro público al arte y á la lectura, el noble deseo de arrojar la semilla de la buena doctrina. Pero la verdadera causa de que él, es decir, sus escritos no hayan llegado á la gran masa del público, siquiera sea tan poco numeroso el que tiene tales aficiones, fué aquella apatía que le mantuvo siempre obscuro, sin procurarse notoriedad, sin imponerse ni hacer alarde de sus opiniones. No basta decir las cosas, sino saberlas decir de modo que se oiga, de modo que llegue, y él acaso no lo supo porque no necesitó de su pluma, como no necesitó de sus pinceles para vivir, ni tuvo ambición de ganar honores.

Lo mismo en sus cuadros que en sus escritos, Araujo ha cultivado el arte por el arte: cuando pintaba, por el placer de ejecutar; cuando escribía, por el de dar á conocer, según su criterio, las obras artísticas y fomentar la estimación de ellas. Acaso tan nobles deseos produjo á veces resultados contraproducentes, haciendo parecer intencionadas censuras á las personas lo que era celo patriótico por las cosas. Pero los que le hemos tratado sabemos que era inofensivo como un niño, y que en su noble corazón no cabían pasiones pequeñas.

Ofrecen sus escritos dos aspectos: uno batallador, en todo

lo referente á las mejoras de los Museos y colecciones artísticas; otro, crítico ó doctrinal, que encierra sus juicios sobre la pintura y el arte en general. Aquello es transitorio, porque las mejoras que él reclamaba, la fuerza de las cosas ha impuesto algunas de ellas y con el tiempo las impondrá todas; pero los juicios quedarán siempre. Y quedarán por lo mismo que no es posible afiliarlos á ninguna escuela estética, sino que son producto espontáneo de un criterio independiente, amplio, sin prevenciones, formado en la observación desapasionada y personalísima; quedarán, porque este valor personal inapreciable tenía por sólidos fundamentos la educación técnica, la ejercitada experiencia, y, lo que valía más que todo, porque no es ciencia que se aprende, sino don con que se nace: la intuición verdaderamente genial con que sabía penetrar con pasmosa seguridad, sin esfuerzo ni vano alarde, en las entrañas, por decirlo así, de las obras de arte, y descubrir los rasgos peculiares de quien las ejecutó y los caracteres distintivos de su estilo. La piedra de toque de las clasificaciones en la historia del arte y muy especialmente en la de la pintura, el discernimiento de las obras auténticas de un autor ó de aquellas que deban atribuírsele, y de las que le fueron erroneamente atribuídas, era el fuerte de Araujo, que, como es consiguiente, poseía la cualidad indispensable para el caso, que es bastante amplitud de criterio, y esa fina perspicacia para comprender y sentir con saludable eclecticismo las diversas y hasta contradictorias escuelas y personalidades del arte.

Tales son los rasgos personales que se descubren desde los primeros escritos de Araujo, que fueron *Estudio del Museo de Valencia* y *Una visita á los Museos de Barcelona y Zaragoza*, publicados en *El Arte en España* (tomos IV y VI) en los años 1866 y 1867, que más tarde, en unión de otra serie de artículos sobre la pinacotea matritense y las demás provinciales, fueron publicados en la *Revista Europea* (tomo V) y constituyeron el libro de *Los Museos de España*, el más importante de Araujo para la vulgarización de conocimientos, fin que si no lo

consiguió bastante fué por lo corto de la edición. El prólogo de este libro tiene por tema el que lo fué constante en la crítica del autor: la falta de afición á las artes que en España se advierte y se advirtió siempre. Otro escritor hubiese empezado, como es corriente, por pintar un estado de cosas de lo más lucido y próspero en la materia. Araujo, que no servía para desfigurar las cosas, sino para declararlas, traza con fidelísimos rasgos el cuadro elocuente de la azarosa lucha por la existencia que arrastraron nuestros pintores de antaño, en un país que sólo admitía el arte como complemento de las necesidades del culto, y señala la importancia de los Museos en las naciones como medio educador en las mismas, la necesidad de fomentarlos y mejorarlos, sin ocultar las deficiencias existentes entonces, cuya raíz era la falta de aficiones artísticas en el país. Después examina las colecciones existentes, comenzando por la de Madrid, planteando desde luego el problema de la clasificación por escuelas. Combate duramente el sentido, generalmente geográfico, que se da al término escuela, que sólo cree aplicable á individuos. Examina luego los cuadros, á un tiempo los de la Academia de San Fernando y los del Museo del Prado (tanto era su deseo de ver juntas ambas colecciones), fijándose principalmente en las atribuciones. De la cuenta de Rubens y de la de Velázquez, por ejemplo, quita varias obras de las numerosas que se les atribuyen.

En los últimos años, en las columnas del periódico *El Día*, amplió, en una serie de artículos, sus juicios sobre nuestra pinacoteca nacional, é hizo una campaña tenaz en pro de las mejoras del Museo.

Con ser tan importante el libro de *Los Museos*, lo es aún más, por el alcance y lo acabado del estudio que contiene, el libro titulado *Goya*, de cuyas primicias disfrutaron los lectores de LA ESPAÑA MODERNA. Seguramente el mayor triunfo de Araujo, el que inmortalizará su nombre, es el de haber destruído, con racionales deducciones y evidentes pruebas, la leyenda con que se han desfigurado la personalidad y las obras

de D. Francisco Goya. En aquellas páginas admirables hay elementos sobrados para sanear la crítica de las artes, tan viciada y desfigurada por vulgares preocupaciones y falsos conceptos mantenidos por la rutina y la ignorancia. Si á pesar de haber presentado Araujo á Goya bajo un aspecto completamente nuevo, que es el de la realidad, y de haber puesto por apéndice de su libro un catálogo bastante completo de sus obras, sigue presentándose á aquél, hasta en el teatro, como no fué—torero y amigo de andar entre gente maleante,—y si se sigue creyendo ver en alguna de sus obras el mayor ultraje que un hombre bien nacido y honrado, como era Goya, puede inferir á una dama de quien recibió protección, es porque, desgraciadamente, Araujo tenía razón en lamentarse de la falta de amor á la lectura que hay en este país.

A la breve lista de las obras de Araujo hay que añadir dos opúsculos que bajo el título de *Pintores españoles* y otro con el de *Nociones de Perspectiva* se han publicado anónimos (tan poco se pagaba Araujo del valor de sus escritos por ser suyos), en la *Biblioteca Popular de Arte*, y que sin duda han de contribuir poderosamente á la obra de vulgarización que él persiguió siempre con fin eminentemente patriótico.

No sólo con los libros, también desde la cátedra del Ateneo, en un período que sólo abraza unos ocho años, hasta el de 1890 en que se retiró á vivir en Vitoria, procuró Araujo difundir el amor al arte. Impresas están sus notabilísimas conferencias, á que hicimos referencia, sobre el desarrollo de la pintura española desde fines del siglo XVIII hasta nuestros días, y otra cuyo originalísimo tema se deja comprender por el título: *Categoría y excelencias del Arte barroco*. Porque Araujo, inspirado en aquel saludable eclecticismo que garantiza y avalora la imparcialidad de sus juicios, jamás admitió y combatió siempre el estrecho cuanto caprichoso principio defendido por los *clásicos* y académicos de antaño, de que era menester abominar de la obra de Borromino y Churriguera, porque no se ajusta á los preceptos de Vignola, ó á las máxi-

mas de Canova y de David. Araujo, sin haber leído á Taine y acaso antes que éste, ha sentado y defendido el saludable principio de la igualdad de méritos en el arte de cada tiempo ante la crítica moderna, que debe á cada pueblo ó época pasada la misma consideración y respeto.

Vivos están en la memoria de los artistas y aficionados al arte los recuerdos de las conferencias leídas por Araujo en el Ateneo y las controversias amenísimas por él mantenidas en esa casa, en el círculo llamado de los *estamperos* y el de tertulios asiduos al salón que se distinguió como antítesis del llamado de la *cacharrería*. Fué Araujo una de las figuras más características de dicho círculo en el Ateneo, por haber sido coleccionista de estampas en aquellos primeros años de su estancia y de estudio puesto en Madrid. Justamente las estampas españolas de fines del pasado siglo y principios del actual le sirvieron de tema para una conferencia, que fué de las primeras que se dieron en el Ateneo con el complemento gráfico del aparato de proyecciones.

Escribió, y vieron la luz pública en periódicos y revistas, algunos artículos de asuntos artísticos; y su pluma, que no gustaba de permanecer ociosa, se ejercitó también en la amena literatura y en censurar con fina sátira los defectos sociales. Es curioso en este respecto su artículo *La navaja*, cosa que considera como signo de una barbarie no desterrada aún del país de los toros, fiesta que también juzgaba desde igual punto de vista.

Araujo escribía bien, y hubiese escrito mejor si se hubiese cuidado de pulir sus escritos. La forma suele ser descuidada é incorrecta; pero la expresión es más personal que la de algunos literatos. De él puede decirse que al escribir pintaba.

Deja inéditos un curiosísimo trabajo sobre *Estampas españolas*, con las que va trazando la historia de sucesos pasados, y un estudio en el que, bajo el título de *Aspectos y transformaciones del arte*, ha puesto de manifiesto el lógico proceso histórico de la forma.

Tales han sido las obras y los esfuerzos del artista y del crítico.

Araujo, ya lo he dicho, es poco conocido; le han leído pocos más que los artistas, que eran los que estaban mejor preparados para comprenderle, pero debe tenerse fe en lo porvenir. Las ideas no se imponen y tardan en arraigar. Araujo ha sido un precursor del eclecticismo y la crítica técnica de las artes.

Como tantos hombres eminentes que se adelantaron á su tiempo, será conocido más adelante, apreciado por otras generaciones, que tomarán sus juicios por guía y su sinceridad por modelo. Esa será su gloria.

No digo esto por amistoso tributo, sino porque realmente lo siento. Este convencimiento íntimo ha dictado estas líneas, y cuantos conocieron á Araujo saben que merecían mucho más su privilegiada inteligencia y su corazón de oro.

JOSÉ RAMÓN MÉLIDA.

30 Noviembre 1897.

CRÓNICA LITERARIA

Varios libros extranjeros que tratan de España.—L'ESPAGNE, CUBA ET LES ETATS UNIS, por Mr. Charles Benoist.—L'ESPAGNE EN 1897, por Mr. Gaston Routier.—LINGUA E LETTERATURA SPAGNUOLA DELLE ORIGINE, por el Sr. Egidio Gorra.—Un auto sacramental inédito publicado por Mr. Leo Rouanet.

Relativamente, se escribe mucho ahora sobre cosas y sucesos de España por publicistas extranjeros. Libros, artículos de revista y de periódico acerca de nuestros hombres, de los conflictos que tenemos pendientes, de nuestras costumbres y de nuestra literatura, vienen á indicar que los de fuera nos contemplan con atención, con curiosidad y en ocasiones con simpatía. Entre los libros recientemente publicados que he tenido ocasión de leer ó de hojear, recuerdo *L'Espagne, Cuba et les Etats-Unis*, de Mr. Charles Benoist, *L'Espagne en 1897*, de Mr. Gaston Routier, *A travers l'Espagne inconnue* y *Le Theatre en Espagne*, de H. Lyonnet, un auto sacramental inédito impreso en castellano por Mr. Leo Ruanet y *Lingua é letteratura spagnuola delle origine*, por Egidio Gorra.

Dicen ya los títulos de tales obras que pertenecen éstas á muy diversos géneros. De los libros que se refieren á la actualidad palpitante, impresiones de publicistas que han venido á España á estudiarnos de cerca con motivo de las insurrecciones coloniales que han llamado hacia nosotros la atención de

otros pueblos, no hay mucho que decir, aunque sea de agradecer la buena voluntad hacia España con que suelen estar escritas estas obras. Mas por lo pronto, es ya lamentable para nosotros el origen de esa curiosidad y esa atención, motivadas por desdichas nuestras que contemplan los extraños, por lo general con cierto sentimiento de simpatía, nacido, preciso es confesarlo, más que de interés hacia la causa que representamos, de la comparación entre la grandeza de la España antigua y los apuros y calamidades de la actual, en medio de los cuales los esfuerzos que realizamos para sujetar y vencer á nuestros enemigos parece como que muestran un reflejo del pasado poderío y de las viejas virtudes de la raza, no perdidas del todo á pesar de nuestra decadencia.

En la opinión extranjera acerca de nosotros entra por mucho la idea de esa continuidad histórica, y así los revolucionarios que nos vilipendian por simpatía hacia toda rebelión ó por credulidad de las calumnias y horrores que se cuentan del modo de gobernar los españoles sus colonias y las mismas provincias de la metrópoli, como los que, más justos y mejor enterados, no quieren cargar á nuestra cuenta todas las culpas, ven á la España actual bajo rasgos no muy diferentes (salvo en poder y en importancia) á los de la España histórica, á los del Imperio español de los siglos XVI y XVII, que es la España que en el extranjero se conoce, mal ó bien, por algunos muy mal, pero la que se conoce al cabo, por el gran papel que desempeñó en el mundo.

No deja de ser instructivo estudiar los sentimientos y los juicios que despierta en el extranjero nuestra actitud ante los presentes conflictos, y esto es lo que da su principal valor á estos libros y artículos, que publicistas de otros países consagran á estudiar nuestra situación actual. La parte narrativa, la *información*, los datos concretos que estas obras contienen, son, por lo general, de escasa importancia para nosotros, aunque para el público extranjero serán acaso lo de mayor utilidad y enseñanza. Pero nosotros sabemos ya lo que cuentan los

autores, y casi siempre lo sabemos mejor que ellos. Mr. Benoist, por ejemplo, con ser hombre de buen entendimiento, ilustrado y estudioso, nada nuevo nos dice ni podía decirnos sobre la obra política del Sr. Cánovas del Castillo, sobre el esfuerzo militar que hemos realizado para retener á Cuba, ni sobre la actitud de los Estados Unidos. Para el público español todo esto es familiar y conocido aun por la mera lectura de periódicos, y bajo tal aspecto las obras á que aludo apenas nos ofrecen otro interés que el de la curiosidad, el de ver si el publicista extranjero se ha enterado bien de nuestra manera de ser, de nuestras costumbres políticas y de las causas, sucesos y consecuencias de nuestras guerras ultramarinas.

El interés de tales estudios está, como queda dicho, en otra parte. En las apreciaciones que en ellos se hacen; en los puntos de vista del autor, diferentes de los nuestros; en el juicio de las cosas, que nosotros consideramos como parte interesada que somos, mientras que los extraños pueden juzgarlas con la fría lucidez que da el hallarse desinteresado en un asunto. No contenidos, además, por los respetos que el patriotismo impone á los españoles, pueden hablar de nuestros asuntos los extranjeros con franqueza, que en nosotros sería vituperada, sin que en ellos el sentimiento, movido por pasión tan viva como el amor á la tierra natal, desvíe ó atenúe los fallos de la razón. Pero la utilidad que por tales conceptos podemos atribuir á este género de trabajos, resulta ciertamente disminuída, si se tiene en cuenta que, por lo general, los escritores extranjeros sólo tienen un conocimiento superficial de España y de la índole de nuestro pueblo, y no penetran en los íntimos repliegues del alma nacional, ni aprecian claramente todas las circunstancias que concurren y cooperan en los hechos que entre nosotros se verifican. Y no puede ser de otra suerte, cuando se trata de publicistas que han venido *exprofeso* á España por encargo de periódicos ó revistas extranjeras á contemplar de cerca, por una temporada, al pueblo que, con motivo principalmente de la insurrección cubana, y de los gran-

des sacrificios hechos para vencerla, ha llamado de nuevo la atención de las demás naciones, para las cuales hacía mucho tiempo (acaso el transcurrido desde la revolución de 1868), que no éramos objeto de tan asiduo estudio.

Con todo, algún valor tienen estos juicios é impresiones y alguna enseñanza nos ofrecen. Inspiramos, por lo común, un sentimiento de admiración, pero de admiración que tiene más de extrañeza que de envidia. Nos contemplan como un ejemplo de tesón, de constancia y de sacrificio, que probablemente no querrían imitar otros pueblos, más atentos á razones prosaicas de utilidad y prudencia. Los colosales esfuerzos que hemos hecho para conservar la isla de Cuba, parécenles á los extranjeros algo semejante á la conducta de un noble, que, por no perder de su derecho, consiente en arruinarse antes que desistir de un pleito ó aceptar transacciones con la parte contraria. De ahí la sorpresa que ha causado el que la opinión española fuese, en general, opuesta á concesiones, y la aprobación que todas las otorgadas por los poderes públicos han hallado entre los extranjeros.

*
* *

Los dos libros antes citados—*L'Espagne en 1897* y *L'Espagne, Cuba et les Etats Unis*—se diferencian bastante, más que por el asunto, por la manera y forma de apreciarlo. El autor del primero de estos libros, Mr. Gaston Routier, es redactor de *Le Journal*, de París; la segunda de dichas obras ha sido escrita por Mr. Charles Benoist, colaborador asiduo de la *Revue des Deux Mondes*, donde primeramente aparecieron los trabajos reunidos en el citado volumen. Esta diferencia de ocupación ú oficio entre los autores, corresponde con exactitud á la que en sus respectivas obras se nota, sin que al señalarle aluda yo á la calidad y al valor intrínseco de uno y otro escrito, sino á la manera y estilo particular de cada uno. El de Mr. Gaston Routier es obra de periodista, de repor-

ter; exagerando algo, no mucho, podría decirse que es una gran *interview* acerca de España, y no hay duda de que sus principales fuentes han sido diversas *interviews* ó conferencias con personajes políticos españoles. Mr. Charles Benoist ha puesto más de su cosecha, aunque, como él mismo declara en la advertencia preliminar de su libro, ha querido ver y escuchar á los personajes españoles, porque ningún estudio puede suplir la iluminación que produce el trato directo con los actores de los hechos. Esta observación demuestra la perspicacia de monsieur Benoist, y es muy conforme al espíritu científico que hoy domina y que no considera los hechos como cosas concretas, dotadas de sustantividad bastante para que puedan ser conocidas prescindiendo de sus relaciones, sino que los estudia refiriéndolos á sus causas y, cuando se trata de hechos históricos, á sus agentes personales.

El carácter algo *reporteril* del libro de Mr. Gaston Routier, no impide que este escritor haga algunas observaciones oportunas y sagaces. Al estudiar, v. gr., el estado de ánimo del pueblo español frente á la cuestión cubana, hace notar con exactitud que las opiniones individuales expresadas privadamente, se diferencian mucho de la opinión colectiva, manifestada en público, y aun la contradicen. Mr. Gaston Routier señala este contraste, pero no se mete á profundizar mucho en él ni da con la explicación, que consiste probablemente en la pasividad individual que se nota en nuestro pueblo, el cual, á pesar de su fama de levantisco, tiene en grado máximo la virtud de la obediencia y en grado mínimo la de la iniciativa; pueblo, en suma, acostumbrado á que lo haga todo el Gobierno, el cacique, el amo, el que manda; que va donde le llevan y que se satisface con murmurar de los que le guían sin dejar por eso de seguirles, dominado por cierto fatalismo oriental que aconseja dejar correr las cosas. Es cierto, como dice el escritor francés, que en las conversaciones familiares se oye con frecuencia hablar de Cuba como de una verdadera calamidad para España, juzgando que habría sido mejor para los

españoles que Colón no la hubiese descubierto, y que, bien miradas las cosas, nos habría tenido más cuenta abandonarla al inquieto albedrío de sus naturales, que conservarla bajo nuestro dominio á tan alto precio como nos está costando. Y, sin embargo, de la conservación de la isla se ha hecho cuestión de vida ó muerte para España, llevando á cabo sacrificios tales como si tuviera ese carácter de cuestión vital para nosotros, y esto sin verdaderas protestas del país, siendo seguro ó muy probable que todavía hoy que la autoridad é influencia metropolitana va á quedar allí muy mermada, seguiría haciendo la nación nuevos sacrificios, aunque no fuese en proporción tan grande como antes, siempre que hubiese quien con firme voluntad y constancia se los exigiera.

A esta facilidad y buena disposición para la obediencia, que hace que las opiniones individuales se sometan sin gran trabajo á la del que manda, únese el no haber entre nosotros espíritu de asociación, de suerte que á los que opinan lo mismo sobre algún asunto público, no se les ocurre agruparse y organizarse para buscar el modo de que prevalezca lo que entienden conveniente ó justo. Se necesita que estas opiniones encuentren eco en un organismo ya establecido, en un partido, en una asociación, para que se abran algún camino en la práctica. De otro modo no llegarían á organizarse los que las sustentan, ni dentro de la nación, para formar una liga ó agrupación encaminada á influir en el giro de algún negocio de Estado; ni siquiera dentro de un partido, para impulsarle á defender ó rechazar en cada caso concreto estas ó las otras soluciones. A los partidos los rigen sus jefes y á la nación el Gobierno, con poquísimo trabajo y raros conatos de independencia. La masa, hasta cuando está descontenta, obedece por costumbre y por hallar que es esto lo más cómodo y fácil. Así resulta que la opinión colectiva ó, hablando con mayor exactitud, la que circula y se manifiesta como opinión de la mayoría, la opinión pública *aparente*, la forman por procuración espontánea unos pocos, con ciertas fórmulas vagas y genera-

les que mueven fácilmente á las masas sin ser comprendidas del todo por ellas. Así se explica la contradicción entre las opiniones individuales y la opinión colectiva. Pedro, como individuo, piensa blanco, y hasta lo declara en confianza; mas como unidad del conjunto colectivo, piensa negro y lo dice, porque negro piensa su partido ó porque así cree responder mejor á lo que pide el decoro nacional, siguiendo el dictamen de los que llevan la voz de la opinión pública ó se arrojan la representación de ésta. Aquí la opinión pública no es ó no necesita ser la opinión del *pueblo*, sino la de los que elevan la voz en medio del general silencio.

Pero basta de digresión y volvamos á nuestros libros franceses sobre España. He indicado ya la índole del de Mr. Gaston Routier, el cual libro parece tener por fin principal el de dar noticias acerca de nuestro estado actual y de nuestros hombres políticos. Si mal no recuerdo, hasta lleva por apéndice unos cuadros estadísticos referentes á nuestros presupuestos y á los recursos de nuestra Hacienda, complemento de varias *interviews* con el Sr. Navarro Reverter, que no ha sido ciertamente el menor de los colaboradores en este volumen.

La obra de Mr. Benoist es más profunda y en ella tiene parte mucho mayor la crítica, siendo también superiores su composición general y su estilo literario. La preparación bibliográfica del autor es muy completa. En alguna de las partes de su estudio, como la consagrada á la sublevación de Filipinas, muestra haber leído cuantos escritos españoles de algún interés acerca de esta materia se han impreso desde que comenzó el movimiento insurreccional, sin omitir ni aun los principales artículos publicados por la prensa. Este estudio, que al par que de los sucesos de Filipinas trata de las costumbres políticas españolas, con motivo de los sucesos y comentarios relacionados con el nombramiento y con la dimisión del general Polavieja; el capítulo consagrado á D. Antonio Cánovas del Castillo y el que trata de la política de la Unión Norteamericana respecto de Cuba, son trabajos de verdadero

mérito, escritos con gran conocimiento del asunto y con acertada crítica.

*
* *

El trabajo de Mr. Leo Rouanet, antes citado, nada tiene que ver con los libros anteriores, como no sea por ser español su asunto y extranjero su autor.

Mr. Rouanet pertenece al número de los hispanófilos ó hispanólogos que consagran asidua atención á nuestra literatura clásica y á nuestra historia, y entre los cuales figuran escritores y sabios tan conocidos y estimados como A. Farinelli, Morel Fatio, Fitzmaurice Kelly, Hübner, etc.

Mr. Rouanet ha dado á la estampa un auto sacramental inédito, que formaba parte, manuscrito, de la biblioteca de Salvá, y que, á juzgar por la censura y licencia para representarlo, debió de ser escrito en los primeros años del siglo XVII, toda vez que dichos documentos aparecen fechados en 1605.

Titúlase *Auto sacramental nuevo de las pruebas del linaje humano y encomienda del hombre*, y con su ortografía original, como se ve por el título, ortografía modificada tan sólo añadiendo la puntuación donde faltaba para facilitar la lectura, lo ha impreso esmeradamente el Sr. Rouanet, poniéndole, por vía de introducción, una breve advertencia, escrita en muy correcto castellano, y en la cual, sin farragoso aparato, sin alardes de erudición traída por los cabellos y sin dar importancia excepcional al auto, achaque común en los que sacan á luz algún manuscrito inédito, se explica el carácter de *Las pruebas del linaje humano*, se mencionan las obras bibliográficas en que aparece citado este auto y se indican algunos de los que mayor semejanza guardan con él por su asunto, como *Los hijos de María del Rosario*, de Lope de Vega; *El maestrazgo del Toyson* y *Las órdenes militares*, de Calderón de la Barca.

Dice con razón Mr. Rouanet que, sin ser de primer orden, el auto de *Las pruebas* presenta cualidades literarias estima-

bles, siendo, por otra parte, interesante para los aficionados á la literatura española cualquier obra dramática castellana anterior al siglo XVIII.

Por mi parte, declaro que he leído con gusto é interés *La encomienda del hombre*. No es, en verdad, una maravilla literaria, pero tampoco es obra despreciable. En general, el verso en que está escrito es bueno. La acción es sencilla y se desarrolla con facilidad y lógica, el lenguaje tiene nobleza y en algunos pasajes elegancia. El simbolismo de la obra, aunque apartado de las ideas actuales, es bastante claro é ingenioso para que el lector pueda comprenderlo é interesarse en su desarrollo.

Comparado este auto (mediano con relación á las obras maestras de su época) con los engendros dramáticos que hoy se aplauden en los teatros, parece como que damos un salto de las Humanidades al caló, del salón á la taberna, de la tragedia griega á las comedias de un Plauto malo, que sólo se asemejase al dramático latino en los rasgos de grosería popular. El estado intelectual del público que acudía á ver representar obras como *Las pruebas del linage umano* tenía que diferenciarse profundamente del de la concurrencia que acude á los teatros por horas á presenciar la eterna exhibición de tipos plebeyos, y á oír chistes y donaires de chulapos y de mujerzuelas, en escenas en que unas veces se quiere plagiar un género de decadencia, como los sainetes de D. Ramón de la Cruz, herederos de los entremeses que en la época gloriosa de nuestra dramática fueron las producciones ínfimas, y en que otras veces, con menos pretensiones y con mayor franqueza, se prodigan la sal y la pimienta del burdel y la tasca, supliendo con el descaro el ingenio y haciendo alarde de obscenidad antiestética, grosera, de baja estofa, por el estilo de la que á ciertas horas pulula por algunas calles. Los autores siguen el consejo de Lope, y el público de *señoritos* que acude á deleitarse con los hechos y los dichos de chulos y de *golfos*, se califica y se retrata á sí propio con tales aficiones.

El público de los autos se elevaba á lo más alto: á los misterios religiosos, á las cuestiones teológicas y filosóficas; departía un rato con los ángeles, con los patriarcas, con las virtudes, hasta con Dios, y aun á veces con el diablo, que es al cabo, con todas sus maldades, persona de suposición y de viso. El público de las piececillas de hoy baja al arroyo á rozarse con tomadores y *golfas*, con rufianes y tarascas. El uno recibía un baño de sentimientos aristocráticos, el otro se zambulle en un charco de apetitos plebeyos.

El autor anónimo de *Las pruebas del linage umano* (que probablemente no sería una eminencia en su tiempo) revela en su obra un grado de cultura que no es hoy común entre los autores dramáticos. Tenía algunos conocimientos teológicos y algún barniz de jurisprudencia romana; no era un sabio, pero sí un hombre de espíritu cultivado, de inteligencia nutrida con las enseñanzas que se estimaban más importantes en su tiempo y que eran, sin duda, de mayor substancia que el repertorio cómico francés, que es hoy lo que más á fondo conocen y lo que con mayor asiduidad estudian nuestros dramaturgos por horas.

Como casi todas las obras de su género, el *Auto sacramental nuevo de las pruebas del linage umano* refleja bien las ideas de aquel tiempo y de aquella sociedad en que fué escrito. La comedia nos presenta las costumbres; los dramas simbólicos y los autos sacramentales nos abren el pensamiento de su época. La alegoría y el simbolismo de estas obras manifiestan la psicología del pueblo en el cual y para el cual se escribieron. La elección de las metáforas declara qué creencias ó qué preocupaciones eran entonces familiares. Así, cuando el autor anónimo del auto nos presenta al hombre como galán y pretendiente de la Gracia, esta alegoría, que relaciona cosas al parecer tan diferentes y heterogéneas como el cortejar á una dama y el aspirar á la gracia para salvar el alma, expresa bien la mezcla de amor divino y amor humano, de mística y galantería que ofrece el espíritu español en el siglo XVI.

De igual manera la principal acción del auto: las pruebas de nobleza del hombre (del hombre en abstracto, ó del linaje humano) para conseguir el hábito de la bienaventuranza, muestran una sociedad en que estaba muy vivo el sentimiento nobiliario y en que se daba tan grande importancia al ingreso en las Ordenes militares de Caballería, que podía esto ser figura alegórica de la dignidad del linaje humano á los ojos de su Creador, sin que pareciese la comparación, como hoy nos lo parece, ridícula y afectada, por la nimiedad é insignificancia del término tomado como símbolo.

El argumento del auto merece relatarse. El Hombre, asistido de la Misericordia, como abogado, va á hacer sus pruebas de nobleza ante un Consejo en que Cristo y el Espíritu Santo son oidores y Dios Padre presidente. El secretario es San Juan Evangelista. El diablo actúa de fiscal. Deponen como testigos ante el augusto Consejo Job, David y Moisés: el primero en contra del Hombre y los dos últimos en su favor. La controversia jurídica es curiosa y tiene en ocasiones un candor y una ingenuidad que le dan el encanto de un arte primitivo. El diablo, experto en los ardides de la curia y muy versado en el Código y el Digesto, procura desvirtuar las declaraciones favorables al hombre; pero la malicia del Enemigo no traspasa los límites de la de cualquier abogado enredador. A Cristo le recusa, por haberse hecho hombre, como juez apasionado. Y cuando la Virgen María habla en defensa del Hombre, el Enemigo objeta:

Que mujer, según Derecho
por nadie puede abogar.

Mas la abogada del linaje humano le sale al paso diciendo:

Yo del pecador soy madre
y ligitima tutora.

Con lo cual está habilitada para defenderle, *por Derecho*.

Al cabo vence el Hombre: se le concede el hábito de la bienaventuranza, y Cristo le arma caballero; las espuelas son

para poner sus pies en el camino de la salvación, las armas son las de la fe, y los tres espaldarazos las tres virtudes: Fe, Esperanza y Caridad.

Entre los episodios merece citarse la discusión del Hombre con la Gentilidad y la Idolatría sobre si hay uno ó varios dioses, y si el mundo es eterno ó perecedero. El Hombre sostiene la doctrina ortodoxa é invoca la autoridad de Aristóteles, quedando al fin vencedor.

Por estas breves noticias podrá formarse el lector idea del auto de *Las pruebas*. Al publicarlo, Mr. Leo Rouanet ha prestado un servicio á nuestra literatura y ha mostrado su competencia, pues la edición (que es sólo de 350 ejemplares) está hecha con gran esmero.

*
*
*

El libro del Sr. Egidio Gorra, *Lingua e letteratura spagnuola delle origine*, es una obra didáctica, destinada á la enseñanza en las Facultades de letras de las Universidades italianas. Comprende tres partes: una gramatical ó filológica (Fonología y Morfología), otra la *Crestomatia* ó colección de textos que comienza por el bajo latín del siglo VIII y llega á los documentos literarios del siglo XIII y principios del XIV. La última parte es un glosario de las voces castellanas.

No es la índole de este libro propia para que contenga grandes novedades, pero al hojearle no se puede menos de recordar con pena, que mientras en Universidades extranjeras se estudia científicamente nuestro idioma, entre nosotros sólo es materia oficial de enseñanza el castellano en las escuelas de primeras letras, y en parte, como complemento del latín, (latín y castellano se llama la asignatura) en los Institutos de segunda enseñanza. En las Facultades de letras sólo por iniciativa particular de algún profesor se trata de Filología castellana, pues el plan oficial de estudios parece basado en la creencia de que la literatura española puede ser estudiada con

provecho sin conocer la historia del idioma, ó que este conocimiento debe suponerse en los alumnos sin que se les enseñe en parte alguna. Así andamos de castellano.

De los demás libros extranjeros citados al principio se hablará en otra Crónica, si me deja espacio para ello el examen de algunos de los libros españoles que he recibido recientemente, entre ellos, *Versos* (tomo II) de Enrique W. Fernández; *El Bachiller*, de Amado Nerva (mexicano); *La Vida nueva*, de José Enrique Godó (uruguayo); *Francisca de Rimini*, de Vicente Colorado; *Euskariana*, de Arturo Campión, y algún otro.

E. GÓMEZ DE BAQUERO.

LA PRENSA INTERNACIONAL.

EL JARDÍN DE ALFONSO KARR

Todos los hombres de mi generación deben á los libros de Alfonso Karr algunas de las horas bellas de su juventud. Unos recuerdan con placer las páginas apasionadas de *Bajo los tilos*, otros piensan sonriendo en las amables aventuras de *Hortensia* y de *El camino más corto*. Además, el maestro encantó luego nuestra edad madura con obras más serias, llenas de chispeante filosofía. Y, estoy seguro de ello, nadie ha olvidado la sátira mordaz de *Las avispas* y los *Estudios acerca de las mujeres*.

Algunos críticos descontentadizos afirman que hoy son menos de moda esos escritos delicados. Pertenezco al número de aquellos que creen que el ingenio no envejece y que el buen sentido es inmortal.

Lo que sobre todo quedará (para mayor júbilo de nuestros niños) es la obra maestra que se llama *Viaje alrededor de mi jardín*. En ese librito puso Alfonso Karr lo mejor de sí mismo. Se nos presenta alternativamente como profundo observador, sabio sin pretensiones y censor sin amarguras. Y nada divierte tanto como las moralejas que hace contra las debilidades humanas, al contar los episodios desconocidos de la vida de

animales y plantas. También se revela como un admirador ardiente y sincero de las maravillas de la Naturaleza, y acaba por conmover á los más escépticos con sus descripciones y sus paisajes.

Primero, á la vuelta de una calle de árboles, sobre la tela tendida encima de un macizo de plantas, el famoso encuentro de las dos arañas: el macho, más pequeño y más débil que la hembra, es también más sensible. Casi siempre es el primero en marchar hacia aquella á quien desea. Pero avanza con timidez, retrocede á veces; porque sabe muy bien que si no ha elegido la hora que agrada á su caprichosa amiga, se arrojará sobre él sin dar aviso, para cogerle y devorarle. El macho del jardín es bastante hábil para sorprender en el paso de la inhumana algo de anormal; y sin afrontar la batalla, sin entablar el menor parlamento, huye con una rapidez vertiginosa. Es deplorable su falta de valor, pero á lo menos tiene la fortuna de salvar su vida. Por supuesto, el autor nos deja adivinar que ha conocido en el mundo muchos matrimonios cuya unión no era más segura.

Después, á la sombra de vetusto tapial que desaparece bajo el espeso terciopelo de los líquenes y musgos, la alineación zumbadora de las colmenas. Más sagaz que Plinio, nuestro filósofo se extiende con una competencia real acerca de los hábitos y trabajos de sus moradores. Nos presenta á las abejas divididas en dos grupos: las primeras, cargando con polen de las flores los cestillos de sus patas vellosas; las segundas construyendo con paciencia las celdillas de la colmena. Nos explica la constitución de ese reino en miniatura, donde diez mil obreras están á discreción de su reina y sólo se ocupan de alimentarla y guardar sus huevos. Y se asombra con razón al ver en esas bestiezuelas tanto trabajo unido á la estricta observancia de la disciplina y de la jerarquía. Dicho se está que el bueno de Karr considera estos hechos como una dura lección para más de una monarquía y para algunas repúblicas... que él conoce.

Ahora presenciamos con nuestro precioso guía la lucha por la existencia de las hierbas y los árboles, de los insectos y las aves, que combaten todos ellos con aspereza para asegurarse un poco de alimento, de aire y de luz. Y esta parte del libro termina por una página conmovedora acerca de los amores de los seres infinitamente pequeños, desde la luciérnaga, que se tumba de espaldas encendiendo su fanal verde para llamar á su amante, hasta la libélbula, á quien el macho sorprende y lleva á los aires, porque debe imponer su ternura como antaño aconteció á las sabinas, seducidas y domadas por el astuto Romano.

Por último, Alfonso Karr, que siempre tuvo marcada preferencia por las flores, nos hace la biografía (si se me permite expresarme así) de cada una de ellas. Comienza (á gran señor, grande honor) por su flor favorita, la violeta, cuyo discreto encanto hizo que en otro tiempo fuese elegida para embalsamar el féretro de las vírgenes. Después celebra la majestad de la adormidera, de tallo recto y flexible, cuya opulenta copa de color de púrpura mira naturalmente al sol. Habla luego de la madreselva, rival de la hiedra, que abraza con gracia las ruínas de los monumentos del pasado, y cuyo suave aroma le parece ser «el alma de los antepasados, que se exhala y sube al cielo.» Y pasa revista sucesivamente á las variadas especies que son gala y alegría de los jardines y de los campos en nuestros países templados.

... Iba á olvidárseme un capítulo acerca de los aficionados á tulipanes, donde se burla con mucha donosura de las manías de los coleccionistas, y también el retrato del horticultor monomaniaco que quiere crear la rosa negra y la rosa verde, persiguiendo con tesón su quimera, como cada cual se afana más ó menos ¡ah! en las imposibilidades de la vida.

Diríase que esos ligeros bocetos han sido trazados por un La Bruyère de buena pasta.

Leído el *Viaje*, se quiere ver el jardín. Ese deseo acabo de realizar.

Cuando Alfonso Karr fué expulsado de su eremitorio de Sainte-Adresse por la siempre ascendente marea de los profanos, buscó en el Mediodía el refugio ideal donde poder recogerse con sus recuerdos y pensamientos, donde se puede trabajar hasta la hora señalada por Dios para el descanso eterno.

Buscó por largo tiempo, estudiando desde el fondo de su barco las costas de Provenza, hasta descubrir el soñado asilo: un rincón perdido en la «Costa de Coral», que se llamaba Saint-Raphaël.

Esa aldea, ignorada hasta entonces, dormía apaciblemente en el fondo de una bahía redonda, cuyos contornos dibujaba la franja de espuma de las olas. A la derecha, altos peñascos de color de sangre hundían su base en el mar azul intenso. A la izquierda, la ciudad de Fréjus, orgullosa de sus ruinas romanas, resguardaba sus calles estrechas al abrigo de las montañas de los Moros. De enmedio de las olas surgían acá y allá escollos purpúreos de fantásticos perfiles. Y detrás de las casas de la aldea erguíanse las puntiagudas cimas del Estérel, cuyas pardas laderas, sembradas de brezos blancos, estaban cubiertas por un bosque de pinos quitasoles.

Seducido por esa 'magnífica decoración, resolvió nuestro amigo acabar sus días en aquella playa soleada que la casualidad había puesto en su camino.

Ya no era el tiempo en que exclamaba, en un arranque de entusiasmo: «Dios creó el amor al fin del séptimo día, para dar vida y movimiento á su obra.» Desde entonces había luchado y sufrido como los demás hombres, y ahora aspiraba al sosiego profundo. Maduro estaba para la soledad el pensador que, después de haber descrito las fases brillantes de una puesta de sol en el campo desierto, escribía estas líneas: «Con las manos juntas y apretadas, fijos los ojos en el cielo, que se oscurecía poco á poco, lleno el corazón de júbilo, serenidad y gratitud, pedí á Dios perdón de mis quejas y desagrado, y díle gracias por todas las riquezas que me ha prodigado.»

«Maison-Close» (Casa-Cerrada) no ha cambiado desde la muerte de Alfonso Karr. Escondida más que nunca entre verde espesura, elévase la casita en un extremo del paisaje, cerca de los grandes peñascos rojos de la bahía. La separa de la playa un sendero polvoriento, orillado de cactus y de agaves, y su único piso está cubierto por una techumbre baja, en forma de acento cuircunflejo, como la de las granjas de los Vosgos.

La habitación está blanqueada con cal. Entre las dos ventanas de la fachada se despliegan las rayas negras del reloj de sol que marcó durante largo tiempo las horas laboriosas.

La consigna es severa, y toqué varias veces antes de que el jardinero me introdujese en el patio de entrada, sito á la izquierda de la casa. Subí los escalones de una azotea adornada con geranios-rosa, y penetré en seguida en el aposento donde el autor de *Clotilde* pasó tantos buenos años.

Esa estancia, que tiene veinte pasos de larga por quince de ancha, está un poco ahogada bajo su cielo raso rayado con anchas listas blancas y azules. El actual propietario (1), hombre de corazón y artista de talento, conserva los muebles (excepto la cama, reclamada por la familia). Vense allí dispuestos como para una visita algunos sillones antiguos, unas sillas de paja de colores, dos cofrecillos chinos y un reloj normando. En una mesa cuadrada, de trabajo, puesta entre las dos ventanas, hay un jarrón japonés lleno de mimosas recién cogidas.

Estas flores son un homenaje á la memoria del maestro, quien todos los días renovaba ese ramo.

En la chimenea, cerca de la puerta, una Virgen, de la escuela de los primitivos, muestra su candoroso perfil entre dos figurillas de Delft acompañadas de candelabros macizos.

En un ángulo de la pared opuesta, en el sitio donde estuvo el lecho mortuario, hay fija en el muro una placa que con-

(1) El pintor Coquand, que vive en la *villa* inmediata: Con celoso esmero, conserva en su primitivo estado las cosas en la casita y en el jardín.

tiene un soneto del fiel Juan Aicard, seguido de estas sencillas palabras: «Aquí murió Alfonso Karr, el 1.º de Octubre de 1890.»

Un pasillo separa el dormitorio de una cocina pequeña, donde aún se ven algunas artes de pesca. ¡Y se acabó! Esa es por completo la mansión del sabio; ese es el retiro donde hasta el último día compuso chispeantes artículos acerca de política y de artes.

Satisfízome este comienzo, pero aún más me satisfizo el entrar en el jardín.

Se entra en él de plano por una puerta baja que está en la fachada oriental. Y llama la atención desde el principio un detalle conmovedor. Debajo de las ventanas ante las cuales trabajaba el célebre escritor, se extiende un gran matorral florido, cuyas plantas ocultan las alamedas. Ese ramillete de jazmines y de rosas estaba destinado á conservar junto á la casa varias familias de ruiñeños.

En los últimos tiempos había prohibido Karr que se pasase de este lado de los arriates.

Aún obedecen todos hoy esta orden; y los respetados ruiñeños cantan que se las pelan, más numerosos que nunca.

El jardín mismo es una sorpresa. No es un jardín, sino más bien un gran parque: un parque indescriptiblemente silvestre.

El maestro quiso que se permitiera á los árboles y arbustos principales crecer en libertad. Luego dispuso hábilmente plantas elegantes, de colores por él escogidos, en el entrecruzamiento del ramaje. De suerte que en el centro de los macizos, dominando toda una escala de tonos armoniosos, se encuentra ya un eucalipto gigantesco que inclina al suelo la larga cabellera de su follaje, ya un árbol de la pimienta, que columpia al viento sus sinnúmeros racimos rojos.

Ó en el cruce de los senderos llégase con placer al pie de

anchos pinos de Italia, que redondean sus copas como sombrillas, para preservar de sol á los visitantes. Pero todo ello está hecho con tanto tacto y gusto que no se notan, digámoslo así, esos rebuscamientos refinados.

Alfonso Karr tenía también pasión por los lagos cubiertos de nenúfares y de nelumbos. Hacía crecer en ellos flores raras.

En el «bosque virgen» así creado se encuentran bruscamente, al volver las alamedas, hasta seis estanques de diversos tamaños.

El más curioso consiste en una especie de charca llena de un agua oscura, en la cual se reflejan á duras penas álces con mazorcas azules. Junto á ellos, las mimosas inclinan su masa dorada por encima de enormes cactus que guardan los accesos, como animales feroces armados de garras puntiaguadas.

El estanque más bonito, que es también el más grande, está rodeado por completo de adelfas. El bote pequeño del poeta, con los remos colgando, aguarda junto á la orilla al paseante que ya no vendrá más.

Quiero anotar aquí una postrera particularidad: Alfonso Karr sembraba una por una las semillas de anémonas y violetas, las cuales, aisladas así, adquirirían completo desarrollo.

Y al pasearse, extraña descubrir entre la espesura de lianas y follajes una estrella roja ó blanca de pétalos bien abiertos, una corola de color de lila muy visible y que no recuerda de ningún modo la tan cacareada modestia de la violeta.

Esos puntos de color que salpican el verde uniforme producen un efecto hechicero, que no puede expresarse con palabras.

Al final del parque se había construido otra casita para los hijos de Alfonso Karr. Al enseñármela, el buen hombre que me acompañaba me elogió mucho el cariño que el anciano manifestaba á todos los suyos. Nada me sorprendió esto, pues quien fué siempre tan compasivo para con los pequeños y los débiles tenía que ser un dechado de abuelos. Y acudió á mi memoria el lema escrito encima de la puerta de Maison-Cluse, acabando de explicarme aquella figura original:

Sólo temo á quienes amo.

Sí, aquel hombre de bien que huyó sin vacilar de los ficticios placeres del mundo, hasta de sus aplausos y lisonjas, para refugiarse en la soledad, era presa de una ternura loca por los niñitos que le rodeaban de caricias y le divertían con el ruido de sus juegos. Advertido por la inquieta solicitud que le inspiraba todo cuanto de cerca ó de lejos decía relación con ellos, comprendió muy pronto que el descanso absoluto no era más que un sueño. Y riéndose de su error, con su lenguaje caústico, escribió en el umbral de su casa aquella divisa, que de seguro traducía en el fondo de su corazón por estas palabras «¡Sabré morir por quienes amo!»

Había terminado la visita, y salí. Al cruzar el polvoriento camino, me adelanté hacia la terraza de una *villa* próxima, de rojas barandillas, una *villa* italiana coquetísima. En un pilar de la verja leí: *El ilustre compositor Carlos Gounod escribió ROMEO Y JULIETA en el Oustalet dou Capelan, en la primavera de 1866.*— Y me puse de codos en el pretil, al pié del cual se rompian las olas.

Poníase el sol sobre el inenso mar que, por extraordinario, era aquella tarde de un gris verdoso muy pálido. Cerca de mí se alargaba indefinidamente la cadena de montañas de los Moros. La cima apenas estaba teñida de un azul muy suave, al paso que el elevado macizo que domina á Fréjus y el llano tenía un color violeta obscuro. En la bahía, los contornos de los rojos islotes se borraban por todas partes entre una bruma como sangrienta; y allá lejos, muy lejos, el grupo de las islas de Sainte-Marguerite parecía incendiado por los rayos del astro al trasponer el horizonte.

Me sentí penetrado por la imponente calma de aquella hora sagrada,... hora en que el mundo se abisma en la noche, hora en la cual instintivamente se piensa en quienes ya no existen. Volví un instante á ver el bondadoso rostro del poeta,

su elevada frente y su barba de patriarca; luego se me aparecieron las finas facciones y los ojos ardientes del divino cantor de *Fausto*.

Y sumiéndome en larga meditación, comprendí que todos los artistas dignos de este nombre han profesado necesariamente el culto de la Naturaleza.

Comprendí también que los dos amigos de mi juventud amaron á Provenza como se ama á su patria electiva. Y comprendí con claridad su idea.

Quisieron vivir á la sombra de estos ribazos aromosos, concibieron sus más nobles obras escuchando el murmullo de estas azules aguas, porque en este país bendito sentían mejor la presencia del Dios que les prodigara el genio.

MIGUEL JACQUEMIN.

(De la *Revue Blue*.)

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL
ATENEO BARCELONÉS

EL DESCUBRIMIENTO DE LA VENUS DE MILO

En el Museo del Louvre, sobre el zócalo de la estatua más perfecta que nos legó la antigüedad, se lee lo siguiente:

VENUS DE MILO, adquirida por M. de Marcellus para el marqués de Rivière, embajador de Francia, quien la donó al rey Luis XVIII en 1821.

Y eso es todo.

Los entusiastas por las obras maestras de la escultura griega, lo mismo que los indifentes insulares de las Agencias Cook, atrévense á veces á interrogar á los guías y guardas para obtener de ellos un vago comentario de la inscripción, pero tienen que limitar su curiosidad al texto de esta última.

En cuanto á los sabios oficiales, puede decirse de ellos que

sus folletos contradictorios acerca del descubrimiento de la Venus y la actitud que presentaba la diosa en la época en que fué exhumada no han dado nueva luz respecto á esta cuestión, de tan alto interés desde el punto de vista de la historia del arte.

Uno de los hijos de aquel á quien ante todo debe Francia la posesión de esta incomparable obra de arte, aún existe; gracias á su atención, hemos podido tener noticia de ciertos documentos, de seguro incompletos, pero á los cuales nos conviene conceder un carácter de probabilidad, por lo menos igual al que hasta hoy han tenido las disputas y conjeturas de los arqueólogos.

El 8 de Abril de 1820, un campesino llamado Antonio Yorgos Bottonis, buscaba en una tierra de su propiedad, junto á las ruínas del teatro antiguo, diversos fragmentos de mármol, que apilaba con cuidado para emplearlo más adelante en construir una casita para él y su familia. De pronto, hundióse el suelo y apareció un nicho. En esa cavidad yacía una estatua de mármol de Paros: era la *Venus de Milo*.

M. Voutier, joven Guardia marino de primera clase de la Armada francesa (1), se apresuró á ir á avisar á M. Brest (2) y le rogó con muchas instancias que hiciera todos los esfuerzos posibles para conseguir en beneficio de su patria semejante hallazgo.

El papel representado en aquella época por Luis Brest se ha comentado de diversas maneras; no siempre han sido equi-

(1) M. Voutier murió en Hyères, su pais natal. En la época de las guerras con Turquía, fué coronel del ejército griego.

(2) M. Luis Brest, compatriota de M. Voutier, era agente consular en Milo. Esta dignidad, conferida á los notables comerciantes del Oriente, fué otorgada desde Luis XIV á los miembros de la familia Brest.

Habíase casado en primeras nupcias en Costantinopla con Catalina Bozari, hija de un médico del sultán; y en segundas nupcias con María Regneri, griega de Milo.

Tuvo cuatro hijos. Uno de ellos, Félix Brest, negociante en Esmirna, es quien nos ha dado estas indicaciones.

tativos los juicios para su memoria, sin exceptuar el de monsieur Ravaisson, quien hizo sobre esa materia un sabio trabajo, hasta demasiado sabio, escrito en un lenguaje de seguro muy académico y lleno de puntos de vista más ingeniosos que probatorios, pero en el cual cierto juicio preconcebido parece ir más lejos de lo que se proponía. El antiguo conservador del Louvre, por ejemplo, se complace en citar una conversación habida entre Luis Brest y el arqueólogo Morey, en 1867. Pues bien, habiendo muerto en Milo Luis Brest en 1862, tenemos fundamento para creer que esa conversación sólo pudo haberse tenido... en los Campos Elíseos.

En la noche del 8 de Abril de 1820, á la luz de las antorchas, fueron Brest, Bottonis y el hijo de este último á la cabaña de Yordos para contemplar á la que iba á convertirse en la perla de nuestro Museo de Antigüedades, y de la cual fué comprador nuestro Agente consular, pagando 500 piastras y dos trajes completos.

En 12 de Abril de 1820 se dirigió á M. Pedro David, cónsul de Francia en Esmirna, en los términos siguientes:

«Diré á usted, señor cónsul general, que un labriego acaba de encontrar en un campo suyo tres estatuas de mármol, representando una de ellas una Venus con la manzana de la discordia en una mano. Está un poco mutilada, rotos los brazos, partida en dos por la cintura. Sin embargo, eso no quita para que sea una buena obra. La otra representa el dios Hermes, y la tercera un niño pequeño.

«No obstante, las opiniones están muy divididas: mientras algunos de estos señores oficiales que la han visto dicen que no vale gran cosa, otros, por el contrario, dicen que es una obra hermosísima.

«Los habitantes, es decir los principales, quieren que le sea regalada al drogman acreditado cerca del capitán-pachá.

«He conseguido que nada se haga hasta que yo les dicte una resolución. Si desea V. que yo la compre por cuenta del Gobierno, le ruego me dé órdenes».

La víspera, 11 de Abril, M. Dauriac, comandante de la *Bonite*, había escrito también en el mismo sentido á M. Pierre David.

Algunos dias después, M. Duval d'Ailly, comandante de la estación naval de Levante, de paso por Milo y á bordo de la gabarra *Emulation*, hizo á M. David una petición análoga á la que su colega Dauriac le habia dirigido.

M. David, fundándose en esas solicitudes oficiales, escribió entonces á nuestro embajador en Constantinopla, Marqués de Rivière.

En espera de la respuesta del poderoso representante de Francia, su subordinado Luis Brest veíase asediado de diversas maneras. Por una parte, un inglés le ofrecía 25.000 libras esterlinas por la cesión pura y simple de la estatua; por otra parte, aficionados de la localidad pretendían con alguna razón que Yorgos no había podido vender lo que regularmente no era de él, puesto que las antigüedades descubiertas en territorio otomano deben pertenecer de derecho á Turquía.

Nuestro Agente consular estuvo inquebrantable.

Un príncipe griego, Mussuris-Pachá, hasta intentó sublevar á la población de la isla; no habiendo podido conseguirlo, solicitó la intervención de Poizadé-Effendi, drogman de las escuadras otomanas, que giraba una visita á las islas para recaudar el impuesto. Este personaje, descontento de que no se le hubiera consultado antes, impuso á los principales de Milo una contribución extraordinaria; y Luis Brest, causa principal de esa cuota imprevista, la pagó de su bolsillo particular.

¡Cosa apenas creible: aunque esencialmente administrativa, esta multa no fué restituída á M. Brest sino después de innumerables formalidades!

El embajador no siempre respondía.

Un joven alférez de navío, que más tarde llegó á ser un almirante ilustre, Dumont-d'Urville, embarcado en la gabarra *Chevrette*, desembarcaba en Milo el 16 de Abril; vió la Venus y prendóse de ella con gran entusiasmo.

El embajador se decidió á obrar esta vez. Ya era tiempo, pues M. Brest tuvo que impedir diferentes tentativas de raptó de la estatua, una de las cuales estuvo á punto de consumarse.

Por intervención del Marqués de Rivière, el gran visir Abdulláh-Pachá dirigió el 10 de Octubre de 1820 á las autoridades de Milo el *takir* siguiente, cuyo original, escrito en turco y en griego, está en poder de M. Félix Brest y da una idea de la fraseología oficial turca. He aquí ese documento:

«Nos, Abdulláh-Pachá (alabado sea Dios) al visir y *capudhan-pachá*, primates y comisarios de la Isla de Milo.—Os participo que los Tratados entre la Sublime Puerta y Francia ordenan y mandan que se observen con fidelidad todos los artículos relativos á las cuestiones marítimas. Cuando buques de dicha Corte, de paso á la ida ó á la vuelta por vuestra Isla, desembarquen hombres para comprar víveres, deben de ser recibidos como amigos. También debéis conducirnos respetuosamente, como es costumbre inmemorial, con el Cónsul de Francia residente en vuestra isla, para que los súbditos y el Cónsul de dicha Corte estén agradecidos y satisfechos de vuestro modo de obrar con ellos.

»Sin embargo, hemos sabido que habiendo llegado á vuestra isla Poizadé, drogman de la Armada Imperial, para el cobro de los impuestos, ha removido la cuestión de las estatuas vendidas á los franceses, castigado á los habitantes de la isla y causádoles perjuicio, diciendo palabras injuriosas, cuando cada uno es libre de vender sus propios bienes, sin que eso constituya delito. Su Excelencia el Embajador de Francia nos ha comunicado que dicho drogman pronunció palabras ofensivas, las cuales no confirmamos nosotros. Por estas causas, publicando el presente Buyuruldi imperial, ponemos en vuestro conocimiento, señores Primates y demás comisarios, que no sólo va contra nuestra intención que seais castigados sin motivo y que se profieran tales expresiones injuriosas, sino que Su Alteza Imperial no consiente de ninguna manera que se diga ni una palabra fría á los súbditos de una Monarquía.

antigua amiga de la nuestra, como la Côte francesa, ni que el menor hecho atente contra los derechos de la amistad.

»Os ordenamos que en lo sucesivo os conduzcáis amistosamente con los súbditos de dicha Corona. Y como el supradicho Embajador de la Corte francesa se propone regresar á Francia, si pasa por vuestra isla, recibidle con todas las atenciones y todos los honores debidos á su carácter, para que salga satisfecho y nos lo haga saber por carta.

»Por último, así como en tiempos pasados os condujisteis amistosamente con los súbditos de dicha Corona, en lo sucesivo os conduciréis de la misma manera para sernos gratos. Y si el drogman os ha sacado dinero sin razón, lo sabremos cuando aquí venga.

»Haced, pues, lo que os ordenamos y no hagais nada en contra.

»Constantinopla, 10 de Octubre de 1820.

»Publicado por el Diván del Bezmauíé Imperial».

El conde de Marcellus, secretario de embajada, partió de Constantinopla con plenos poderes de su superior jerárquico.

El buque en el cual se embarcó llamábase *Estafette*, mandado por el capitán Robert. Al dar vista á la isla de Milo, la tripulación vió anclado en la rada un barco de Ragusa, el *Galaxidi*, hacia el cual bogaba con aspecto sospechoso un bote. Iba cargado con la Venus de Milo, robada por cuenta del príncipe Mussuris por un sacerdote griego llamado Ecónomos Vergi. Nuestros marinos se apoderaron de la estatua, transportándola á Constantinopla, desde donde fué al Louvre.

La aventura tuvo un término bastante chusco. Uno de los predecesores de M. Ravaison no aceptó fácilmente el regalo hecho al Museo, de que entonces era conservador, porque (según sus propias palabras) «aquella obra sin firma le parecía de poquísimo interés.»

Tales son las peripecias del descubrimiento y traslación de la Venus.

Plantéase en seguida un problema candente: ¿cómo era

primitivamente, ó por lo menos cuando se hizo su descubrimiento?

La primera idea que se ocurre al contemplar ese torso divino, ante el cual nos tenemos por bárbaros, es esta: el escultor, presa de entusiasmo análogo al que un día se apoderó de Miguel Angel y que le hizo dar un martillazo en la rodilla á su Moisés, exclamando «¡habla, pues, ahora!», pudo él mismo romper los brazos de propósito, los cuales encajaban entonces como en marco esas bellezas sobrehumanas que nada disimula ya hoy (sabido es que los griegos hicieron de sus cariátides unas admirables mancas); pero esta audacia de artista es un supuesto más que gratuito, en el cual no podemos detenernos.

La Venus tenía brazos.

Pretenden unos que se apoyaba en un personaje, un dios Marte, á quien desarmaba ella, ó mejor, hacia el cual se inclinaba para elevarle hasta ella misma; otros, que estaba aislada, dirigiendo el brazo derecho á su túnica, próxima á caerse, mientras el izquierdo sostenía la manzana. Nos afiliamos á este último partido y hasta creemos que la estatua debía de ocupar una hornacina en el teatro de Milo, á causa de una negligencia de trabajo que se nota en la parte posterior y que de otro modo no se explica.

Además, probablemente pertenece á la escuela de Lisipo, y, con toda seguridad, su cabeza está inspirada en la Venus de Cnido de Praxiteles.

Pero, ¿se deja sentir en absoluto la necesidad de dar un acompañante á la Venus de Milo? Del hecho de que muchos monumentos antiguos (como los sarcófagos, las medallas, las piedras grabadas) representan á veces mujeres contemporáneas de la estatua, en la misma actitud que ella y unidas á otro personaje (Marte, Tirteo, Teseo, á veces Esculapio, ó un combatiente descansando, como el guerrero Borghèse) ¿debe inducirse que formaba parte de un grupo y no era, además, sino una reproducción, aunque genial de seguro, de un prototipo creado en las grandes épocas? Pero, en este caso se ocurre una

eria objeción. Venus, asunto principal del grupo, hubiera tenido en ese caso á su izquierda á su acompañante. Pues bien: en la antigüedad, el personaje de categoría inferior está siempre á la derecha; luego es preciso abandonar esa suposición.

En el Louvre hay dentro de un pequeño escaparate de cristal un brazo encontrado junto á las ruinas del teatro de Milo, en los campos de Yorgos; termina por una mano apretando una manzana. Es más que temerario el afirmar que pertenece á la Venus. Sin embargo, puesto que en otro tiempo se recargó á la diosa con un brazalete y probablemente con otros adornos de metal (como una diadema), puede suponerse también que la rotura de los brazos no es reciente y procede de una época en que la estatua pudo ser objeto de un remotísimo intento de restauración. Quatremère de Quincy admitía esta hipótesis.

Los arqueólogos dicen que no tenía brazos cuando fué descubierta. Entonces, ¿qué significan los testimonios siguientes?

El 12 de Abril de 1820, M. Brest escribió á M. David:

«Tiene en una mano la manzana de la discordia», como se ha visto más arriba.

La carta del 25 de Abril, dirigida por el Cónsul general de Francia en Esmirna al embajador francés en Constantinopla, está concebida en estos términos:

«El señor comandante Dauriac me escribe desde Milo, con fecha del 11, que tres días antes se encontró en dicha isla por un campesino, que hacía cavas en su campo, una estatua de mármol blanco, representando á Venus en el acto de recibir la manzana; es de tamaño mayor que el natural; hasta ahora no se tiene de ella más que el busto hasta la cintura.

»Ese oficial fué á verla, pareciéndole bien conservadas la cabeza y la cabellera. Así la ha visto el señor comandante de la *Estafette* y ha encontrado bien modelado el torso; él podrá dar más detalles á Vucencia.

»Hase dicho al campesino que su descubrimiento era de gran valor. Hay personas que ya le han ofrecido 1.000 pias-

tras, según asegura M. Dauriac. M. Brest obtuvo de los primates que la estatua no se vendiese hasta nueva orden. Vea Vucencia si quiere tomar sobre sí la carga de hacer esta adquisición para el Real Museo. Será para Vucencia una gloria el haber enriquecido este gran depósito de las Artes.

«P. S.—Acabo de recibir una carta de M. Brest; anuncia que el mismo campesino ha encontrado otras dos estatuas, una representando al dios Hermes y la otro un niño pequeño. Me hace observar que hay divergencia de pareceres, pues algunos de nuestros oficiales no creen de gran mérito esas estatuas, y otros las consideran como obras bellas. Pero la opinión de nuestros marinos no puede sentar autoridad en esta materia; necesitaríamos que las viese un artista, y no hay ahora ninguno en Esmirna. Me escribe M. Brest que los primates quieren regalar esa estatua al drogman agregado al capitán-pachá.

«Nuestro Agente consular ha conseguido que nada se disponga acerca de ello antes de darles á conocer la decisión que reclama, y me propone que haga compar ese mármol por cuenta del Gobierno. No me atrevo á tomar á mi cargo semejante gasto; ruego á Vucencia que me dé órdenes lo antes posible».

Al margen de este despacho está escrito de mano del embajador: «La estatua podrá restaurarse».

¿No parece probado, por las noticias que se le dieron, que la estatua tenía brazos? Porque, ¿cómo hubiera pensado en una restauración, si la Venus hubiese estado tan mutilada como hoy lo está?

El informe de Dumont d'Urville, publicado por los *Annales maritimes*, es un documento de capital importancia.

«El 19 (de Abril) fuí á visitar algunos trozos de antigüedades descubiertas pocos días antes de nuestra llegada. Como me parecieron dignos de atención, voy á consignar aquí algo por extenso el resultado de mis observaciones.

»Encima de un ribazo pedregoso, no lejos del pueblecillo

E. M.—Diciembre 1897.

moderno llamado Castro por los habitantes y conocido por la mayoría de los marinos franceses con el nombre de Six-Fones (*Seis-Hornos*), descubrióse pocos años ha un bien conservado anfiteatro de mármol, adquirido luego por el príncipe de Baviera. Todo alrededor, el terreno está sembrado de fustes de columnas y trozos de estatuas. Encuéntranse acá y acullá enormes fragmentos de murallas de una construcción muy sólida; y recientemente, por la curiosidad de los extranjeros y la codicia de los habitantes, se han descubierto varios sepulcros de importancia. En fin, todo indica que en ese montecillo debió de estar construída Milo.

»Unas tres semanas antes de nuestra llegada á Milo (por lo que acaba de leerse, dicho tiempo hay que reducirlo á once días), cavando su campo un aldeano griego encontró algunas piedras labradas.

»Como esas piedras tienen cierto valor, esta consideración le indujo á cavar más hondo, y así consiguió descubrir una especie de nicho dentro del cual había una estatua de mármol, dos Hermes y algunos trozos también de mármol. La estatua era de dos piezas, unidas por medio de dos fuertes abrazaderas de hierro. El griego, temiendo perder el fruto de su trabajo, había hecho depositar en un establo la parte superior, con dos Hermes; la otra, aún estaba en el nicho. Visité todo ello con atención, y esos diversos trozos me parecieron de buen gusto.

»La estatua, cuyas dos porciones medí por separado, tenía unos seis pies de altura. Representaba una mujer desnuda, cuya mano izquierda levantada, sostenía una manzana, y la derecha un ceñidor hábilmente plegado y cayendo al descuido desde los riñones hasta los pies; ambas manos han sido mutiladas y en la actualidad están desprendidas del cuerpo. Los cabellos están levantados por detrás, sujetos por una cinta. La cara es hermosísima, y estaría bien conservada si no estuviese un poco rota la punta de la nariz. El único pie que queda está desnudo; las orejas están agujereadas y debieron

tener pendientes. Todos estos atributos parecen convenir bastante á la Venus del juicio de Páris; pero, entonces, ¿donde estarían Juno, Minerva y el hermoso pastor? Verdad es que se encontraron al mismo tiempo un pie calzado de coturno y otra tercera mano; por otra parte, el nombre de la isla (Milo) tiene las mayores relaciones con la palabra que significa manzana.

»¿No estará indicada esta analogía de palabras por el principal atributo de la estatua?

»Los dos Hermes que la acompañaban en el nicho no tienen nada de notable; su altura és de tres pies y medio; uno de ellos tiene cabeza de mujer ó de niño, y el otro tiene cara de viejo con larga barba. Encima de la entrada del nicho había un mármol de cuatro pies y medio de longitud y seis á ocho pulgadas de anchura. Tenía una inscripción, cuya primera mitad es la única respetada por el tiempo, habiéndose borrado por completo la otra mitad. Esta pérdida es inapreciable; quizá nos hubiera dado alguna luz respecto á la historia de esa isla, que todo prueba haber sido muy floreciente, y cuya suerte ignoramos por completo desde la invasión de los Atenienses, es decir desde hace más de veinte siglos. A lo menos hubiéramos sabido en qué ocasión y por quién fueron consagradas esas estatuas. Sin embargo, copié con cuidado los caracteres que aún quedaban de esa inscripción; y puedo garantizarlos todos excepto el primero, del cual no estoy seguro. El número que indico para la parte borrada ha sido estimado según el espacio que ocupan las letras visibles.

»El pedestal de uno de los Hermes también debió tener una inscripción, pero los caracteres están borrosos y me fué imposible descifrarlos.

»A nuestro paso por Constantinopla, habiéndome preguntado el señor Embajador acerca de esa estatua, le dije lo que pensaba respecto á ella; y entregué al secretario de embajada, M. de Marcellus, copia de la noticia que acaba de leerse. A mi regreso, el señor Embajador me hizo saber que la había

adquirido para el Museo é iba embarcada á bordo de uno de los buques de la estación naval. Luego supe que M. de Marcellus llegó á Milos en el mismo momento en que la estatua iba á ser embarcada con otro destino; pero que, después de diversos obstáculos, este amigo de las artes logró por fin conservar para Francia esa preciosa reliquia de la antigüedad.»

M. Matterer, oficial de Marina, antiguo compañero de Dumont d'Urville y autor de una biografía de su ilustre amigo, publicada en 1842, escribió, según Juan Aicard, una nota, en la cual decía: «Vimos la estatua en la choza: el brazo derecho estaba roto al nivel de la sangría; pero existía el brazo izquierdo, con la mano izquierda levantada al aire y sosteniendo una manzana. Si hubiese tenido rotos los dos brazos cuando la vimos, no se le hubiera ocurrido á Dumont d'Urville la idea de llamarla *Venus Victrix*.» ¿Qué más puede añadirse? Enrique Rochefort, algo pariente del marqués de Rivière (1), recuerda haber oído decir que cuando fué embarcada la Venus era menos completa que en el momento de descubrirla. M. de Clarac, en su noticia de 1821, escribió: «Los hombres están echados á perder; las huellas de las maromas con que se ató la estatua y que ensuciaron el mármol, indicaban que fué arrastrada á lo largo de la ribera para conducirla al buque griego. Pero el mayor daño consiste en la pérdida de una parte de los brazos, pérdida que pondrá largo tiempo y quizá siempre en el potro á los anticuarios.»

A nuestro parecer, para contemplar la Venus de Milo desde su punto de vista más admirable no se debe seguir la galería al cabo de la cual se advierte; es preferible ir por la sala

(1) M. de Saint-Maur, antes de casarse con la Srta. de Rochefort-Lucay, hermana mayor del padre del director del *Intransigente*, estuvo por primera vez casado con la Srta. de Rivière, hermana del Embajador en Costantinopla que donó al Museo del Louvre la Venus comprada por Luis Brest.

del Tíber, pasar por delante del Marsias y la Palas de Velletri, hasta la Melpómene; se levanta una cortina roja y se os aparece la incomparable estatua. Su altivez enteramente viril os confirma en la idea de que, en efecto, aquella es una Venus triunfante, desdeñosa de sus rivales; no la Venus que recibió el premio de belleza del pastor Páris, porque la leyenda del monte Ida es relativamente moderna, sino la gloriosa patrona de Milo, teniendo en la mano la manzana, símbolo de paz y de felicidad divina, y cuya forma recuerda el nombre y la configuración de la isla. El verdadero punto de vista es contra esa cortina. El cuerpo se vuelve con ese movimiento celebrado por Virgilio al hablar de la madre de Eneas; la cara está de frente por completo, intencionalmente pequeña; y el talle, que parece en extremo robusto cuando se está mal situado para verlo, se manifiesta allí con una dignidad y una gracia inexplicables. Su rostro no respira orgullo; hace un leve mohín imperceptiblemente arrogante, como un signo de superioridad y de raza apenas indicado, con ese sentimiento de justa medida y de discreción que constituye todo el arte de los griegos. Ante esa inimitable obra maestra se olvidan todas las mutilaciones que ha sufrido.

«Dejad obrar el encanto», dice Paul de Saint-Víctor. «Fatigados por las dudas y angustias del pensamiento moderno, descansad al pie del mármol augusto, como á la sombra de una encina antigua. Muy pronto entrará en vuestra alma una paz profunda.... La estatua os envolverá con sus lineamientos solemnes, os sentiréis como enlazados por sus brazos ausentes. Os elevará sin notarlo á la contemplación de la belleza pura. Su serena vitalidad pasará á vuestro ser. Haránse la luz y el orden en vuestro espíritu, oscurecido por vanos ensueños, asediado por fantasmas gigantescos. Vuestras ideas tomarán el sencillo giro de los pensamientos antiguos. Os parecerá renacer en la aurora del mundo, cuando el hombre adolescente hollaba con leve pie la tierra primaveral y el sueño ruidoso de los dioses resonaba bajo las

bóvedas del Olimpo, cual un trueno juguetero en un cielo sereno.»

Pero, una vez disfrutados esos goces artísticos, nos apartamos de allí con tristeza al ver en el pedestal los únicos nombres de Marcellus y de Rivière y no los de Yorgos Bottonis y Luis Brest, ausentes por injusto pero no irreparable olvido.

JUAN FUGAIRON.

(De la *Neuvelle Revue Internationale*.)

BRIZNAS DE IDEAS

En moral, todo es relativo. Hombre político hay que tendría escrúpulo de decir una mentira hablando con una persona sola, y miente con impudencia y sin remordimientos ante mil electores, en una reunión pública. Mujer de sociedad hay que no se atrevería á despechugarse delante de sus amigos, y se deja ver medio desnuda en un baile, si la moda lo exige.

*
* *

El sentimiento vago y constante de nuestras impotencias, de este anfiteatro de obstáculos escapados é insuperables que aprisionan dentro de su círculo estrecho nuestros vastos deseos; la continua aprensión de lo desconocido, de los riesgos sin nombre y sin número, de las enfermedades horribles, de los tormentos del corazón, de las calamidades de toda especie con que el porvenir nos amenaza en espera de la muerte; por último, la certeza de morir algún día, en la cual no pensamos de continuo, pero que siempre nos impresiona inconscientemente como el contacto de nuestros vestidos ó el calor

del medio que nos rodea; todo esto, ¿no forma un conjunto de impresiones densas que comprimen con su continua pesadumbre, comparable al peso del aire, nuestra necesidad esencial de dicha, de poderío, de seguridad en grado infinito? Y así como basta una ínfima variación en más ó en menos de la presión atmosférica para hacer sonreír ó llorar al cielo, acaso todas nuestras tristezas y alegrías, todas nuestras angustias y expansiones de ánimo, ¿no se deben en el fondo á insignificantes agravaciones ó á mínimos aligeramientos de nuestra habitual opresión, según olvidamos un tantico más ó menos la muerte, nuestra inanidad, nuestro mísero destino? El colmo de la desventura consiste en que ese peso interior, que agobia, es casi tan necesario para nuestra salud moral y mental como la carga de nuestra columna de aire lo es para el equilibrio de nuestros órganos. Olvidar por completo que somos mortales, perder el sentimiento de la resistencia invencible de las cosas ó el de los peligros posibles, como lo hacen los ambiciosos, es caer en demencia. En el momento en que uno se hace dios, se vuelve loco.

*
* *

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL
ATENEU BARCELONÉS

En otro tiempo el mundano se contraponía al devoto; ahora se contrapone al sabio.

*
* *

El hígado es una fábrica de azúcar, pero también es una fábrica de hiel. En esto se parece al corazón.

*
* *

¿Merece la vida vivirse? ¿Merece la verdad pensarse? Pueden caber dudas de ello. Pero, ¿quién dudará nunca de que la belleza merece ser amada, y sobre todo la bondad?

*
* *

No se concede al colectivismo lo que le es debido. Cuando Tertuliano escribe: «Todo es común entre nosotros, menos las mujeres», no comprendo el por qué de esta excepción. Tampoco la comprendieron aquellas sectas heterodoxas de la Edad Media, en Italia y en el Languedoc, que para realizar plenamente el ideal comunista practicaron la proximidad de sexos.

*
* *

El amor no es tan mortal para la curiosidad sino porque él mismo es una curiosidad estrecha y exclusiva, pero intensa: la avidez de experiencias dolorosas, más interesantes que la exploración de todo el universo. No es tan mortal para la actividad sino porque ata más que el resto de las ocupaciones.

*
* *

Las mujeres engañan mucho, pero también son lo que menos engaña.

*
* *

El hombre miente tanto y más que la mujer; pero preciso es convenir en que sólo la mujer sabe mentir con gracia y tiene el gusto innato de hacerlo. La franqueza ruda no es en ella una cualidad, sino una especie de vicio adquirido por el contacto con el hombre, como el impudor cínico. Imaginad que el Alceste de *El Misántropo* sea una mujer: no podría sufrirse.

La Sra. X. tiene pintoresco el ingenio y uniforme el carácter: tipo raro y encantador. Por el contrario, la Sra. Z. es llana de ingenio y abrupta de carácter: tipo muy difundido.

*
* *

El ingenio es la imaginación seca y nerviosa, pero que no ha cambiado de naturaleza por haber adquirido más enflaquecimiento y agilidad.

*
* *

La Bruyère parece extrañarse de que las mujeres luzcan «los hombros, la garganta, los brazos y las orejas». Admírese esta gradación. ¿No hace eso pensar que, cuando escribía tales palabras, era muy reciente la moda de enseñar la oreja y por ende parecía muy inconveniente, aún más que la de lucir la garganta y los brazos?

*
* *

¿No habéis notado esto? Conforme avanza en edad un novelista ó un dramaturgo, avanza también la de sus protagonistas y heroínas. Al principio, éstas tenían 18 años, aquéllos 25. Después llegan á tener las segundas 20, 22, 28, 38, hasta 40 años, y los primeros 30, 40, 50..... No se sabe dónde se detendría este progreso, si no se le cayese de las manos la pluma al literato senil.

*
* *

Con razón temen toda mudanza las personas entradas en años. La uniformidad de su vida es lo único que puede disimular su declinación; lo inmutable de sus costumbres es lo único que puede producirles la ilusión de la inmortalidad. Repitiendo todos los días los mismos actos en los mismos lugares y en el mismo medio, se persuaden vagamente de que no han cambiado.

*
* *

Ser pesimista es hacer gala de una desilusión absoluta, y esto mismo es una ilusión.

*
* *

Despreciad muchas cosas, no despreciéis ni envidiéis á ninguna persona. No seais envidiosos más que de su independencia.

*
* *

Por un pensamiento de La Bruyère se ve que en su tiempo era indecente para un magistrado ir al teatro.

*
* *

Entre los inventos industriales y militares hay, además de otras muchas, esta diferencia: cada nueva máquina para uso de la industria produce el efecto de hacer despedir á cierto número de obreros; al paso que cada nueva máquina de guerra exige nuevo contingente de soldados.

G. TARDE.

(Revista Azul).

CRÓNICA INTERNACIONAL.

Perfidia y maquiavelismos de los yankees en sus relaciones con España.— Perturbación sistemática y continua llevada por ellos á Cuba, en prueba de que no pueden los cubanos gobernarse á sí mismos.— Protestas naturales contra estos maquiavelismos y perfidias.— Repetición en Cuba por un pueblo libre, del crimen cometido por los reyes absolutos en Polonia.— Cuestión de Cuba.— Importancia y trascendencia de la cuestión cubana.— Interés universal por ella despertado.— Método seguido por los estadistas de la revolución y método seguido por los estadistas de la restauración en los conflictos cubanos.— Facilidad con que los revolucionarios convertimos la guerra en un pleito vulgar.— Monomanía de las grandezas.— Julio Ferry, Francisco Crispi, Antonio Cánovas.— Las guerras tropicales no pueden jamás confundirse con las guerras europeas porque no es natural en aquellas la naturaleza.— Nuestros soldados no pelean jamás con los enemigos, pelean siempre con los elementos.— Sucesos artísticos.— Algunas consideraciones sobre mitología é historia.— Reflexiones.— Conclusión.

I

No conozco perfidia tan criminal como la que usa el gíngoe yankee en sus procederés y en sus relaciones con España. La fe púnica, baldonada por todos los historiadores latinos, las traiciones y los embustes de aquellos reyes que fundaron la unidad de sus reinos en una diplomacia verdaderamente criminal, el maquiavelismo formulado por el gran pensador de Florencia, se quedan atrás y solos, ante la política de los gíngoes consagrados á astraer de una guerra civil desgraciada, en daño de nación amiga y cercana, nada menos que una violenta y horrible conquista. Parece imposible hayan los ciudadanos

de América podido dar á mortal desdén principios tan justos como aquellos que presiden á la moderna democracia republicana. No lo creeríamos si á ciencia cierta no lo supiéramos, que se haya constituido en América un verdadero Sindicato con objeto de comprar Cuba como se compra un predio, y cabezas de cubanos, como se compran cabezas de ganado. Aquella idea de la patrimonialidad de los reinos, idea feudal, traída de allende por Sancho el Mayor á Navarra, bajo cuyo numen dividió sus territorios en pequeñas porciones y entregó estas porciones á sus hijos en herencia, esta idea, invisible por inadaptable á nuestras costumbres y á nuestro pensamiento, se reproduzca en estos días, cuando se han redimido del antiguo yugo todos los pueblos civilizados y se ha puesto al frente de las Constituciones el principio divino de los humanos derechos. Y este Sindicato, esta Sociedad que intenta explotar las desgracias de sus vecinos, como pudiera explotar plantíos ó minas, tiene su Gobierno, sus Cámaras, su ministerio de Hacienda, su papel moneda, su emisión de acciones cotizadas y cotizables, imposiciones de tributos á sus asociados; especie de nueva nación erigida dentro de la nación legal y puesta como una catapulta de sitio y como una escala de asalto al pecho de nuestra Cuba.

II

El pueblo que primero personificó el espíritu moderno aparece, por los errores y por los crímenes de tales hijos espúreos, como el más apartado entre todos de las ideas progresivas, pues pretende comprar y vender, como si fueran cosas y objetos de mercancía, los hombres libres, los súbditos de un Gobierno independiente y autónomo. Tal compraventa infame, tal mercancía de nuevo cuño, tales cotizaciones inverosímiles, tales ofertas y demandas insólitas, no pueden de manera ninguna comprenderse y explicarse sino por un deseo de

los antiguos esclavistas, empeñados, como dementes reaccionarios, en rehacer y resucitar los antiguos bazares de la esclavitud, los antiguos mercados de negros. Pudieron ceder territorios españoles al mundo americano los Reyes absolutos, faltos por completo de ideas claras sobre la nación y sobre la humanidad; pero desde la hora y punto en que todas las Constituciones modernas consagran como indivisible bajo su grande y superior unidad los territorios nacionales, menguados aparecen aquellos que, perteneciendo á una democracia y á una República libres, intentan empujarnos en un movimiento regresivo hacia los horrores y los crímenes de la proterva Edad Media. Las enseñanzas de la experiencia nada hoy dicen á esa reacción ciega é imbecil como todas las reacciones. Hubo un tiempo en que los Estados Unidos trataron de comprar la isla de San Thomas. Y cuando la compra estuvo convenida y el precio de tal adquisición tasado, un asomo de sana política impidió aquella enorme insensatez para siempre. Hubo otro tiempo, más próximo á nosotros, en que la bahía de Samaná, tan útil para los Estados Unidos como la misma incomparable bahía de la Habana, se ofreció en venta solemne al General Grant, llegando éste á tasar el precio de tal venta. Pero una resolución de las Cámaras se opuso á este malhadado proyecto de la presidencia, y la codiciada bahía no entró en el acerbo común de los bienes americanos, quedando por completo en poder de sus poseedores naturales y legítimos.

III

E hicieron bien los Estados Unidos cuando desecharon tan horrible adquisición. El temperamento de tal sociedad no pertenece á los temperamentos de combate y conquista; pertenece á los temperamentos de trabajo é industria. Toda grande adquisición, especialmente si pertenece á pueblos tan indómitos y pundonorosos como los pueblos de raza española, impon-

drá por necesidad al Gobierno americano un ejército numeroso, una escuadra más numerosa todavía, un presupuesto enorme, una tributación excesiva, los dispendios imperiales de que surgen los Emperadores y nacen los Imperios. Todavía se comprende adquiriera el Gobierno americano territorios asiáticos ó semiasiáticos, como las miserables islas que codicia en los derroteros de Asia; mas tierras cultas de origen hispánico, amasadas con la sangre hirviente de nuestras heroicas venas, henchidas de razas que hacen de la independencia y de la libertad su culto y su religión atávicos, podrán luchar por su autonomía propia y por su apartamiento de la Metrópoli, pero no en pro del poder de ninguna otra raza, ni del dominio de ningún otro pueblo, y mucho más si estas razas y pueblos son sajones, contradictorios por completo con la naturaleza y con la historia nuestras. Digan cuanto quieran los ilusos al ofrecer su mesías y su mesianismo á Cuba, que lo rechaza, podrá en esta isla existir y existirán muchos separatistas, pero en lo tocante á su reincorporación inverosímil con América, se oye una sola voz, que protesta contra tal deshonor y la rechaza. Los pueblos españoles en el Nuevo Mundo han pasado por guerras horribles, por dictaduras neronianas, por desmembraciones y apartamientos de sus provincias más feraces, por un atomismo de pueblos como el existente hoy en las regiones centrales, pero á ninguno se le ha ocurrido reclamar Gobiernos extranjeros y mucho menos Gobiernos dimanados de la raza inglesa, que hoy habita una parte considerable del nuevo continente. Proyectos de Zolverein americano, esbozos de Ligas americanas, reunión de asambleas continentales, todo se ha ensayado y todo ha tenido que marrar por el sentimiento natural de independencia que domina en los pueblos y en los corazones hispanos.

IV

Nunca poseerán los gingos á Cuba. Existe allí el partido constitucional, el partido reformista, el partido de los autónomos, el partido de la separación, pero un partido que defienda la incorporación á los Estados Unidos con claridad y constancia no existe, porque lo ahogarían los sentimientos antillanos. El faccioso de la manigua quiere y aclama los Estados Unidos por la infame protección que le dispensa, mas no haría nada favorable á los Estados Unidos si alguna vez, por imposible, pudiese regular la suerte y la gobernación de aquella isla. Y este convencimiento de que nunca tendrán los gingos á Cuba por más sindicatos que funden y por más subido precio que les señalen, debía, si tuvieran sentido político, ya que no tienen sentido moral, disuadirles de todo plan cuyo cumplimiento no podrá nunca realizarse, frustrado por las ideas y los afectos de aquel pueblo. El mundo civilizado no concibe la conducta del pueblo americano y la índole de sus procedimientos con España. Eso de favorecer una rebelión en que al incendio y al exterminio se apela contra todo el derecho de gentes, los hacen, no ya cómplices, reos del crimen quizás mayor que registra en sus anales cruentísimos la historia universal. Conspirar, arremeter contra la nación creadora de América, congregar expedicionarios piratas y lanzarlos á los mares como en el tiempo de los filibusteros históricos y de la esclavitud negra; constituir sindicatos que se corresponden á la continua con el faccioso incendiario de la manigua; juntar fondos, que han de concluir siendo una colosal estafa; poblar de naves semejantes á las antiguas naves negreras, tan voraces como los tiburones que las siguen, el mar de las Antillas; exponer su propio pueblo y sus propios conciudadanos á una guerra internacional, compone un conjunto de crímenes tan enorme, que deshonra

y envilece á los ojos de la conciencia humana, el pueblo capaz de fomentarlos ó consentirlos.

V

Al fin del siglo XIX se comete, por una República libre, atentado análogo al cometido por los reyes absolutos con la desmembrada y destruída Polonia en fines del siglo pasado. Sin escrúpulo de ningún género, con voluntad completamente determinada por intereses egoístas, se pretende mostrar la imposibilidad absoluta de que una región y una familia españolas se gobiernen á sí mismas, echando en la hoguera de sus pasiones todos los combustibles destinados á mantener y aumentar el incendio. Repiten los republicanos de América el mismo proceder seguido por los déspotas europeos con los súbditos y los ciudadanos de Polonia. Después de dividir sus Dietas, conspirar contra sus reyes, encender los odios de los partidos entre sí, levantar facciones en armas, clamaban para que Polonia desapareciese, y á su tutela se entregase por incapaz de gobernarse á sí misma, incapacidad que sostenían y sustentaban sus implacables y tiranos enemigos. Así ahora el pueblo americano da esas infames ciudadanías dobles que permiten desgarrar los senos de un pueblo amigo, bajo los resplandores del pabellón estrellado; mantienen los delirios y las supersticiones de tantos suicidas insurrectos, aun sabiendo la imposibilidad absoluta de que prevalezcan y triunfen sobre su incontrastable metrópoli; arman asociaciones encargadas de minar la independencia de una isla cercana; expiden á la manigua cooperadores de la rebelión insensata y los amparan bajo su Gobierno, y los defienden ciegos contra el castigo de que se han hecho merecedores, sosteniendo con nosotros la guerra de peor género y de peor intención que ha visto jamás América; y luego, cuando á merced de estas manipulaciones yankees, las maniguas arden, los trenes descarrilan, los caña-

verales quedan valdíos, las fábricas caen asaltadas por los faciosos, el aire se corrompe y envenena, atribuyen á nuestra incapacidad para el gobierno de la Isla los crímenes difundidos por su perversa intención y por su perdurable malquerencia.

VI

El proceder de los reyes con Polonia se ha renovado, repito, por los demócratas, en Cuba, y estos procederes malvados tienen siempre un castigo, porque no puede prescindirse de la conciencia en el hombre y de Dios en el Universo. La justicia llega por caminos misteriosos, por sucesos inesperados, por catástrofes súbitas, pero llega, tarde ó temprano, siempre. Acababan de cometer los déspotas la descuartización de Polonia creyéndose facultados para todo, indemnes de todo, impunes en todo, y de súbito unos suben al cadalso, caen de sus tronos otros, ven penetrar en sus palacios las huestes republicanas, desprenderse de sus sienes las coronas de derecho divino, trocarse la Europa entera en una confederación constitucional y fundirse los viejos ídolos desde las alturas, mientras se apoderaban las nuevas creencias de todos los espíritus. Moscou tiene que suicidarse como Nínive ó Babilonia; Berlín tiene que caer tras Jena bajo las plantas de los soldados que continúan el poema épico de Valmy; Viena pide con la rodilla en tierra el tálamo de los verdugos de sus archiduquesas para una hija suya, reina en el Nápoles de los Borbones, un soldado de fortuna y en el Stokolmo de los Gustavos un pobre notario de Navarra; el Papa cae cautivo de la República y el Rey de nuestra España se huelga llamándose cortesano del César democrático, porque Dios quiere que estos crímenes reciban el condigno castigo y que la justicia y el honor queden vengados en un terrible y sangriento y universal desquite. Los germanos caídos sobre Roma llevaron en sus teas la venganza pedida

por los mismos gladiadores en el circo, y algún día, cuando América logre convertir la tierra cubana en tierra negra, mandada por los negros, éstos se acordarán de los dolores y de los tormentos sufridos por sus padres, y llegará una hora, prevista por todos cuantos ven las oscilaciones y los cambios de las razas, en que arda el capitolio de Washington incendiado por teas cortadas en esas maniguas de Cuba, donde soplan los indignos nietos de Washington la discordia y la guerra.

VII

La cuestión cubana sobrepuja en alto y vivo interés á todas las cuestiones continentales é intercontinentales que hay planteadas y extendidas en el planeta. Inútilmente Francia trata de sus próximas elecciones y eleva discursos numerosos con sendos programas cada uno, ya de oposición, ya de gobierno; en vano Italia reanuda alianzas con Inglaterra en requerimiento de su indispensable seguridad mediterránea; en vano el imperio austriaco amenaza excindirse por las competencias y luchas entre las tribus y razas diversas, que llegan desde los griegos hasta los turcos, y que no se rinden jamás á la superior unidad imperial; en vano Alemania pugna con su Emperador, que pide y desea numerosas escuadras, negadas por su Parlamento; en vano se desarrolla cada día más y se afirma el pacto franco-ruso, que ha rehecho el equilibrio europeo; en vano los tratos de paz entre Grecia y Turquía se dilatan promoviendo mil enojosas cuestiones; en vano aglomera el imperio sajón sus naves en Malta con indicaciones de que defenderá el Niger y las posesiones al Niger cercanas, si es preciso con una guerra, mientras iza el imperio germánico su pabellón en territorio chino, so color de proteger á los cristianos: nadie se cura de todos estos problemas y todo el mundo vuelve los ojos á la isla que arde bajo un tremendo incendio sobre los mares de las Antillas y so los cielos del trópico. Con-

sejos de la diplomacia europea, artículos de las más importantes publicaciones, tratados y estudios de las revistas principales, hasta conversaciones privadas en Londres y en París y en Viena y en Berlín, ponen sobre todos los asuntos el asunto cubano, á causa de la importancia que siempre tuviera nuestra patria en la Historia y del choque tremendo que puede sobrevenir por el problema cubano entre dos continentes.

VIII

Así habremos de consagrar á este problema especial atención. Yo no sé cómo nos las compusimos en los tiempos revolucionarios, que, teniendo la cuestión cubana el mismo aspecto guerrero de hoy, nunca embargó nuestros ánimos, ni agitó nuestros nervios, ni alarmó nuestros intereses, ni trascendió á la política interior y extranjera, como trasciende la cuestión cubana presente, de una exacerbación y de una gravedad incalificables. Los revolucionarios supimos no desangrar al país con esos numerosos ejércitos de ahora, que han tendido agostada la flor de nuestra juventud sobre la proterva manigua; los revolucionarios declinamos en Cuba el gasto de la guerra, puesto que la sostenía Cuba, y ocurrimos á las bajas con recluta voluntaria, bien pagada y bien satisfecha; los revolucionarios nunca nos dividimos en la cuestión cubana, teniéndola todos por una cuestión eminentemente nacional; los revolucionarios aislamos la guerra en Oriente, imposibilitada de invadir los feraces campos del tabaco, del café y de la caña, intangibles por una sabia defensa, é intactos durante todo el período de la revolución; los revolucionarios contestamos á los Estados Unidos con la noble altivez que cumple á un pueblo conocedor de su fuerza, y redujimos la guerra transatlántica en términos, que no pasó nunca de un pleito vulgar y ordinario, aunque tuviera fecundidad tristísima de daños y perjuicios para la patria. Entonces la guerra tuvo una grande orga-

nización, las familias más patricias del antiguo régimen colonial y esclavista la dirigieron; hombres de gobierno, muy probados y muy expertos, la gobernaron; una Constitución muy bien formulada contuvo sus principios, y un partido muy bien nutrido la mantuvo con sus holocaustos de sangre y con sus tributos de dinero. Pero todo supimos superarlo, dejando la guerra en tales términos reducida, que, por su poca importancia, sólo podía compararse á la sustentada en período de treinta y más años por los holandeses de Sumatra.

IX

Pero hemos llegado á una edad en que pasa por Europa entera el viento de esa manía de las grandezas, que tanto se parece, aunque por opuesto sentido, á la otra manía llamada de las persecuciones. Reclusas dentro de sus límites las viejas nacionalidades europeas, han soñado con las grandezas coloniales, y han convertido por su mal, en problemas inmensos, dificultades vulgarísimas que acaso hubiéranse podido superar mejor y con más acierto reduciéndolas á términos modestos y apreciándolas en menos. Tres grandes hombres contemporáneos han sufrido golpes tremendos de la suerte por generosas ambiciones patrióticas que les movían á empresas dignas de su genio, pero inadecuadas al punto y al tiempo en que se plantearan. Hacer grande, muy grande, intentar cosas extraordinarias, fué la idea de Ferry en Asia, la idea de Crispi en Africa, la idea de Cánovas en América. Y el primero cayó del Gobierno y desapareció ante sus conciudadanos para siempre, sin alcanzar una rehabilitación justa, sino á la hora de su muerte, por el Tonkín; á su vez el segundo, estadista de gran fuste, muy enérgico y muy tenaz, perdió el Gobierno y la dirección de su Italia, por Eritrea; mientras el tercero, el mayor de los tres por su alta elocuencia y por su profundo entendimiento, nos ha dejado la cuestión cubana, el día de su terri-

ble muerte, metida en inmensa laguna de lágrimas y sangre. No pueden medirse las guerras tropicales en territorios apartadísimos, caldeados como un horno por cielos ardientes, como se miden las guerras europeas. En Europa el clima se nos aparece neutral entre los combatientes, en el Trópico está por nuestros enemigos y contra nosotros, elemento de suyo tan vital como el clima. Y cuando expedimos nuestros soldados de aquí, los expedimos para que combatan con los hombres, y luego, al llegar allí, tienen que combatir estos infelices, héroes y mártires á un mismo tiempo, con los elementos. No hay nada que suscite tanto el entusiasmo en el soldado español como tener visible y palpable su enemigo enfrente, pero nada que lo rinda y lo desespere como luchar, no con facciosos en armas, con invisibles microbios.

X

Debimos, indudablemente, considerar que guerras como las guerras tropicales, mantenidas desde puntos inaccesibles, ayudadas por maniguas inextricables, servidas por el cólera disuelto en las aguas y por la fiebre palúdica disuelta en los aires y por el vómito tan asolador y espantoso, deben sujetarse á reglas diversas de las que rigen los grandes combates europeos. Cuando no se acude á ningún llamamiento, cuando no se acepta ningún reto, cuando no hay espacio siquiera donde citarse á combatir, cuando el enemigo huye y hurta el cuerpo en todas direcciones, cuando se libra á las enfermedades el estrago que hacen los combates heroicos, se necesita someter á esta fatalidad inevitable el plan de una guerra que no puede medirse por nuestras experiencias y que no puede saberse por nuestra táctica, pues el mayor número, decisivo en todos los empeños guerreros, aquí resulta muchas veces para la persecución de los facciosos y para el triunfo sobre sus desparramadas huestes, una verdadera im-

pedimenta. Son indispensables las largas aclimataciones, indispensable una gran adaptación al medio ambiente predecesora de la guerra, indispensable poseer un ejército colonial de que pueden darnos base y ejemplo los heroicos voluntarios cubanos y las milicias filipinas que nos han servido en estos últimos trances, para seguir las guerras tropicales en que huelgan los soldados bisoños que suelen ir como borregos y tornar como sombras. Así es indudable que nuestra guerra de Cuba, la cual habría de resolverse siempre por la victoria definitiva de la Península sobre sus ingratos colonos, hubiera ahorrado numerosos males y hubiera tenido aspecto menos agudo ahora, si en vez de aglomerar allí tal número de gentes como jamás los contara la Historia trasladados del viejo mundo al nuevo, nos redujéramos á guardar nuestras poblaciones y á impedir por las trochas y demás métodos ya sabidos desde otros tiempos, el paso de los rebeldes desde las estériles zonas de Oriente á las feraces zonas de Occidente.

XI

Amén de todo esto, yo he creído y sigo creyendo que no debiera la cuestión de Cuba promover partidos contrarios y suscitar fórmulas diversas de solución, cuando nosotros hemos sido provocados por la manigua, y ya provocados, heridos, puestos en la necesidad inevitable de salvarnos ó defendernos, debiendo por esto responder á la guerra con la guerra. ¿Qué significa eso de programas opuestos, de soluciones contradictorias, como si de un pueblo se tratase sobre quien ejerciéramos dominio entero y pacífico? Yo he visto que al promoverse la guerra separatista en los protervos Estados yankes de la esclavitud, contra los Estados del Norte, jamás estos ofrecieron á sus contrarios ningún programa favorable á sus intereses: los exterminaron con todo cuanto pudieron. Las correrías de quinientos mil caballos por los campos del Sur, el incendio

de Rismond, asolado, la entrada en la grande Nueva Orleans, reducida como los pueblos rendidos por los déspotas antiguos á la miseria, el trato infligido á los facciosos cuyas tierras se calificaban de territorio tratándolas en aquel tiempo los vencedores como trataran siempre á los indios, demuestran que los Estados Unidos, quienes hoy nos exigen tantas blanduras con nuestros infames facciosos, han contestado la guerra con la guerra y han repelido la fuerza con la fuerza. Una guerra es un estado excepcional morboso, en que las funciones naturales y ordinarias de la vida se suspenden por fuerza, resultando hasta la nutrición tan indispensable á toda normalidad, esa nutrición que nos sustenta y mantiene, peligrosísima y dañosa. No conozco territorio en estado de guerra que no pida y necesite medidas excepcionales. Y cuando esta guerra cruel no recuerda ningún humano sentimiento, hasta valerse de la dinamita y de las balas explosivas pohibidas por el Derecho de gentes contemporáneo, lo excepcional del ataque impone una defensa también excepcional.

XII

Háse inaugurado el teatro de la Opera. Y tras esta inauguración se ha cantado una obra nueva del maestro Mancinelli, que se titula *Hero y Leandro*. Tal novedad lírica despierta en mi ánimo el recuerdo literario de una leyenda muy antigua titulada *Los amores de Hero y Leandro*, los cuales dieron inspiraciones sublimes á Ovidio en sus *Heroidas* y en sus *Geórgicas* á Virgilio. Así, voy á evocar estos amores, porque al evocarlos refiero el argumento de la ópera, tal y como se ha cantado en Madrid. Es interesantísima la leyenda, y se holgarán mis lectores con ella.

XIII

El amor, tal como Hero y Leandro lo sentían, aparece muchos siglos antes que lo describiera el dramático y poeta Museo. Entre los poemas naturalistas que nos ha legado el viejo mundo latino, como la naturaleza de las cosas y las metamorfosis de los seres por Lucrecio y Ovidio, ninguno como las *Geórgicas* de Virgilio. El perfecto músico y poeta de la creación y de los campos acierta por modo maravillosísimo á unir la realidad viviente con la poesía ideal. De la menta que puede crecer entre las piedras en los cercados, del espliego que aroma los riscos en el cerro, de la blanca leche que rebosa en los odres, de los aceites destilados por la oliva y de las mieles cortadas en la colmena, extrae con arte divino ideas poéticas en canoros enjambres, sin que pierdan por eso tan reales y vivos objetos su realidad y su vida. El cántico tercero de las *Geórgicas* está consagrado al instinto que reproduce los seres. Ceñido el poeta con una corona de oliva, desdeña los cantores guerreros y exhala, como de pastoril zampona ó de flauta recién cortada en las cañas, idílicas armoniosas cadencias. Y estas cadencias se han impregnado en el calor vivaz, cuya virtud, por primavera, lo mismo puebla los nidos que los apriscos. Y al ver cómo la leona cruel, que parece para el odio engendrada por los dioses, ama, y la jabalina feroz que destroza el monte y arremete al pastor, se ablanda y enternece al celo, el poeta siente las afinidades misteriosas que llaman unos seres á otros seres, y entona un himno lleno de casta voluptuosidad á todos los amores. Y cantando la savia que se despierta en la yema, el aleteo de la mariposa tenue sobre los ramos aromáticos, las miradas profundísimas de las lunas á los soles, la serenata del ruiseñor, el relincho de la yegua, el mugido de la vaca, el arrullo de la tórtola, recuerda que dos almas se han querido como si concentraran en su seno todos estos amores y

han llevado tan encendida pasión hacia más allá de la muerte. Poco después de habernos presentado el jabalí de la Savina, en cuyos durísimos huesos y en cuya piel impenetrable entra el amor como en los seres más tiernos, pinta en versos inmortales, de una perfección absoluta, modelos eternos del hermoso decir, aquel joven frigio abrasado hasta en sus tuétanos por el soplo ardoroso de un amor infinito, y que solo, abandonado á sí mismo, escondiendo su cariño en los senos del corazón y en los senos del mar, nada y nada por el Helesponto en obscura tormentosa noche, sin curarse del hervor de las olas que braman y palpitan bajo su cuerpo, ni del estruendo de los cielos, que truenan por cien nubes relampagueantes sobre su cabeza, ni de sus padres, á quienes ha dejado, para buscar tan sólo, impelido por el amor y llamado por la muerte, aquella hermosísima virgen, con la cual no podrá dormir en paz á causa del exceso de su temeridad y de su pasión, sino bajo el sueño de la eternidad y sobre la tierra del sepulcro.

XIV

Ovidio mismo, ese gran representante de los sensuales amores, por los que perdió su patria, Roma, y por los que juntó á un renombre ilustre una infamia eterna, parece como que se purifica cuando trata de esta tierna historia y describe con su elocuencia natural estos dulces amores. Bien es verdad que pocos idilios tan melancólicos, tan elegiacos y tan bellos como este idilio marítimo. Abydos y Sestos, aunque se miran complacientes en las mismas aguas y viven felices bajo el mismo cielo, están separadas por hallarse la una en Asia y la otra en Europa, compartiendo así los odios mutuos entre aquellas regiones y llevando el peso de las guerras históricas entre aquellas razas. Las familias de uno y otro pueblo no podían unirse tan fácilmente con sus sendas familias rivales, como lo podían entre sí, cumpliendo las leyes y las tradiciones patrias.

Pero el amor no conoce la Historia, no estima la diferencia de razas, no sabe cosa ninguna de los odios seculares que hayan podido dividir á dos familias en guerra; él salta los abismos, suprime las distancias, convierte un suspiro en el aire necesario al espíritu, y de la mirada despedida por unos ojos enamorados hace un cielo eterno, en el cual no pueden reinar ni el triste olvido ni la implacable muerte. Celebrábanse las fiestas de Venus en los jardines de Sestos. La diosa resplandecía en su ara y los coros de sus sacerdotisas la saludaban en himnos amorosos sin fin. Entre las sacerdotisas de Venus brillaba con brillo singular la hermosa Hero. Verla, oirla entre las llamas sacras, las guirnaldas votivas, las cítaras armoniosas, cantando el amor y á la divinidad del amor, ofreciendo puros holocaustos, era un espectáculo demasiado bello para que no tentase á un joven marino de alma pura y de sentimientos ardorosos. A no dudarlo, en cuanto se vieron los dos jóvenes se enamoraron, y en cuanto se amaron debieron reconocer la imposibilidad completa de unirse legítimamente y legítimamente satisfacer aquel amor intenso. Ya fuese por odio entre sus dos familias, ya por triste recuerdo y conmemoración de pasadas guerras, ya por diferencia de religiones, ya por odiosidades mutuas de raza, no podían verse y hablarse á su arbitrio para convenir la unión legal de sus nombres, que debía responder á la unión eterna de sus almas. Habitante de Abydos él, vivía ella en una torre de Sestos. El no tenía confidente alguno de su amor: compatriotas, familia, padres, amigos, todos lo ignoraban. En cambio, ella tenía la vieja nodriza, que hace papel de confidente allá en todas las letras y en todas las artes griegas. Dentro del alma suya vertía Hero las lágrimas y al seno suyo confiaba sus secretos. Ella, la nodriza, encendía todas las noches la tenue luz que brillaba como una estrella de amor sobre la torre donde residía Hero. Los dos jóvenes se amaban con igual intensidad, y siendo suspiros y ojos los pregoneros inconscientes é indeliberados del amor, tenían que ocultar esta pasión del alma, la cual trasciende por toda la exterioridad

del ser como si fuera un crimen. Leandro no podía ver á Hero sino de noche, y Hero no podía sino de noche aguardar á Leandro. Una barca, deslizándose, aunque fuese al amor de las sombras, entre las dos riberas, podía traicionar al barquero y desvanecer el misterio. Los dos amantes por tal manera estaban seguros de la mutua imposibilidad alzada entre los dos amores, que se convinieron, el uno en ir nadando á la torre de Sestos, y la otra en la torre de Sestos aguardar al intrépido y enamorado nadador.

XV

¡Cuántas dificultades! En primer lugar necesitaba Leandro que la población de Abydos llegase á profundo sueño y no advirtiese de ningún modo su fuga, cosa poco asequible sino á las altas horas de la noche. Después debía burlar la doble vigilancia que por tierra y por agua empleaban contra los vecinos y contra sus rivales aquellas poblaciones heridas por tantas guerras y atravesadas por una continua invasión. Luego que ya hubiese todos estos obstáculos vencido y superado ¡cuántas celadas terribles podía el mar tenderle, y cuántos abismos de muerte abrían sus fauces en torno suyo para devorarlo! Un viento súbito, una onda traidora, la zozobra inesperada de cualquier cambio repentino, los monstruos varios que corren por las infinitas soledades del mar, los mil accidentes propios de una peligrosa natación, amenazábanle con las amenazas más terribles y le tendían por doquier amagos de muerte. Luego, podía conocerse la marcha entre las aguas, bien por un relámpago en tormentosa noche, bien por un rayo de luna en noche serena, bien por la estela y el fosforeo que su propio cuerpo produjera en las luminosísimas y esplendentes aguas. Aunque había menos de una milla entre las dos riberas, el frío nocturno entumecería mucho los músculos y la corriente opuesta resistiría mucho también á los es-

fuerzas del nadador, aunque hábil y diestro fuera. Estas distancias marinas ¡ay! siquier corta en estrechos angostísimos, cual el Bósforo, se agrandan en cuanto, después de haberlas medido con la vista, queréis medirlas á nado. Todo lo que se acortan al contacto del ojo se alargan al contacto del cuerpo. Hay un poeta, lord Byron, que ha tendido su éter de poesía sobre todas estas costas y sobre todos estos mares de Grecia. El Egeo, el Jonio, el Bósforo, las islas del Archipiélago que parecen madreperlas, el puerto de Atenas, las canteras de Paros, los desfiladeros de Lacedemonia, los cercados de Arcadia, las montañas de Tesalia, todos aquellos territorios llevan como una corona de ideas ceñida por el poeta seminorando y semisajón, que no habiendo podido nacer de Grecia como lo deseaba su alma y lo merecía su genio, murió joven é inspirado en los brazos de Grecia. Bogaba un día por el Bósforo, acompañado de varios marinos ingleses, cuando se les ocurrió una disputa sobre la verosimilitud ó inverosimilitud reales del paso de Leandro á nado por aquel extremo de la mar de Tracia. Sostenían unos la facilidad manifiesta, sostenían otros la dificultad insuperable. Aquellos agujijoneos que sentía el poeta inglés por todas las aventuras poéticas, lanzáronlo al mar, donde ensayó el viaje que hacía Leandro todas las noches á su regreso de Sestos. Pasó, pues, desde las riberas europeas á las riberas asiáticas. El experimento no se frustró. En una hora y diez minutos llegó el nadador normando, ilustre lobo marino, á las costas asiáticas desde las costas europeas. Pero no pudo abordar al sitio donde supone la leyenda que abordaba Leandro; lleváronle más lejos las corrientes. El joven enamorado griego hacía todas las noches dos expediciones, una de ida y otra de vuelta. Si á la expedición atractiva de ir le impulsaban los ardientes deseos y las esperanzas de hallar al otro lado satisfacciones indecibles á su amor, todo esto se tornaba en contra suya, naturalmente, á la vuelta, oponiéndole invencibles obstáculos, así las satisfacciones halladas como el amor intenso que lo retenían en las costas don-

de residiera su amada. ¿Pero qué resistencias no superan las pasiones humanas?

XVI

Ocultar el amor é ir todas las noches á la torre de su amada, ¡terrible situación verdaderamente dramática y muy propia para despertar las grandes emociones que avivan en nosotros siempre todos los combates del alma! ¡Cuán importuna le debía parecer á Leandro la población entera de Abydos interpuesta en el camino de su felicidad! Estos pueblos mediterráneos duermen poco y están siempre al aire libre. Dificilísimo, pues, el esquivar á su natural, nervioso y curiosísimo, un secreto de suyo tan interesante como un secreto de amor. Las noches en que no podía Leandro emprender su expedición, pasábalas entre insomnios más procelosos que todas las tormentas y más fatigadores que todos sus nados. Para él, más tranquilidad ofrecía la onda y la brisa que la cama. Así, cuando robaba con facilidad el cuerpo al hogar y al pueblo natales, poníase en escollos altísimos columbrando la esperada luz que debía encender Hero en la torre de Sestos. ¡Cómo aguzaría la vista para penetrar en las tinieblas, deseando á un tiempo que las sombras llegaran á espesarse para no ser visto y á esclarecerse para ver! ¡El náufrago perdido no vió nunca el faro con la emoción despertada en Leandro á la vista del fanal encendido por la nodriza de su hermosa Hero en la torre de Sestos! ¡Cuántas veces, ya resuelto, se volvería para ver si en el hogar paterno alguien velaba, ó si en la ciudad natal le seguía sospechoso y vigilante algún vecino rival! Cerciorado por sí de los hombres, no podía con la misma seguridad cerciorarse de los elementos. ¿Quién le decía que la brisa más suave no se trocara en súbito huracán? Las aguas palpitaban siempre, y á estas palpitaciones entregaba su cuerpo. ¡Cuántas veces, aterrido de frío, daba diente con diente, sintiendo esparcirse por

todo su cuerpo el hedor de los cadáveres! ¡Cuántas veces llegaba, fatigado y sudoroso, á las opuestas arenas, después de haber pasado como un pez bajo las tumultuosas olas y tenido, al arribar, una especie de síncope que le presagiaba la muerte! A veces la hermosa luz que riela con tanto esplendor sus rayos de plata en las aguas celestes le hacía verdadera traición y le inspiraba recelo de revelaciones y advertencias que hubieran podido traerle, de seguro, irreparables dolores á él y á su amada. Recordando entonces que la casta y virgen Diana también había querido, como los mortales y los inmortales quieren, bien ó mal de su grado, y también había puesto sus puros labios en la frente de su Endimión, dormido sobre la roca del Atmos, rogábale de hinojos, tendiendo sus dos brazos en acción suplicante al plateado disco, tan hermoso en el cielo azul como en el mar callado, á que le favoreciese y prosperara su difícil carrera entre los vientos y las aguas. Pero como el amor está muy cerca de la muerte, Leandro y Hero se ahogaron en aquellos mares, pasando así, tras su trágica muerte, á la leyenda y á la historia.

EMILIO CASTELAR.

Madrid, 30 de Noviembre de 1897.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS.

Derecho administrativo comparado.—Análisis de los sistemas administrativos de los Estados Unidos, Inglaterra, Francia y Alemania, por Francisco J. Goodnow, profesor de Derecho administrativo en la Facultad de Ciencias políticas del Colegio universitario de Nueva York. Tomo I: Organización. Un vol. de 369 págs.—LA ESPAÑA MODERNA, Madrid, 1897.—Su precio: 7 pesetas.

El libro del profesor Goodnow, excelente por muchos conceptos, es un digno y adecuado complemento de la obra del profesor Burgess, que LA ESPAÑA MODERNA ha comenzado á publicar en castellano, y de la que he hablado en uno de los números anteriores de esta Revista. El profesor Goodnow se propone; y lo consigue, exponer una doctrina positiva de la Administración y del Derecho administrativo, tal cual resulta prácticamente formulada como obra de los Derechos positivos de los cuatro grandes Estados políticos á que su estudio se refiere (Estados Unidos, Inglaterra, Francia y Alemania). Quizá debido á esto, y debido también al influjo más importante y predominante, hoy por hoy, en la mayoría de los grandes tratadistas de Derecho administrativo, el profesor Goodnow, sin examinar detenidamente en principio el problema de lo que es propiamente la Administración como función del Estado, toma aquélla en la acepción más corriente, según la cual la Administración es la función de ejecución, referida por otra parte, por el lado orgánico, á la totalidad de las autoridades

ejecutivas y administrativas. (V. págs. 14 y 15 de la obra) (1). Fundándose en este concepto positivo de la Administración, el autor define el Derecho administrativo, como el Derecho que rige las relaciones de las autoridades ejecutivas y administrativas del Gobierno (pág. 13).

El plan desarrollado por el profesor Goodnow en su primer tomo de su obra, que trata de la organización (2), está muy bien pensado, y en parte impuesto por el carácter *comparativo* del estudio de las instituciones administrativas. Bajo el epígrafe general de *La división de los Poderes*, en el libro primero, expone los puntos de vista doctrinales de orientación crítica y de construcción sistemática del Derecho y organización administrativos. Es importante, en extremo, el capítulo IV, por las rectificaciones fundadísimas que de la formalísima teoría de la división de los poderes hace; pero quizá lo es más aún en el capítulo siguiente, en que trata de las relaciones de la autoridad ejecutiva con las demás (legislativa y judicial), sobre todo en la parte que se refiere á las relaciones con los Tribunales, por la teoría que desarrolla acerca de los actos del poder, políticos, legislativos, contractuales y de aplicación especial. De esta teoría puede inferirse una doctrina de los actos administrativos, fundamental, en mi concepto, para toda sistematización del Derecho administrativo. El libro primero termina con la exposición de la distribución territorial de las funciones administrativas, y en ella el profesor Goodnow se revela gran conocedor de los métodos positivos de Administración en sus dos tipos capitales distintos: el tipo inglés y el tipo continental (francés, sobre todo).

(1) Esto no obstante, el profesor Goodnow no confunde en absoluto lo administrativo y lo ejecutivo. Al dar cuenta de mi *Tratado de Derecho administrativo* en la *Political Science Quarterly* (Septiembre, 1897), toma muy en cuenta, como distancias dignas de estudio, las que yo procuro establecer entre lo administrativo y lo ejecutivo político.

(2) El tomo segundo tiene como título especial *Legal Relations*.

El resto del primer tomo comprende ya la exposición comparativa de la organización del Poder ejecutivo, á quien el autor atribuye la función de administrar, siguiendo la corriente general. El plan del profesor Goodnow reduce en este punto á resumir los caracteres propios de las cuatro partes de las dos grandes Administraciones que componen el Estado: la central y la local. La Administración central comprende, como órganos principales, la autoridad suprema del Presidente ó de la Corona, los Consejos ejecutivos y los jefes de los departamentos. La Administración local abarca los centros territoriales que, con diversa forma y organización, viven dentro del organismo de los grandes Estados de carácter nacional.

Para terminar, la obra del profesor Goodnow, de proporciones y corte muy análogos á la del profesor Burgess, es una obra de gran interés científico, que puede recomendarse, sin reserva alguna, á nuestros políticos, á nuestros profesores de Derecho, á los estudiantes mismos y á cuantos en España tengan afición á las ciencias políticas y jurídicas.

A. POSADA.

Mélanges féministes. Questions de Droit et de Sociologie, por Luis Bridel, profesor de la Facultad de Derecho de Ginebra. Un vol., 251 págs. París, V. Geard y E. Brière, 1897.—Su precio 3 francos.

El Sr. Bridel es un publicista ya conocido entre nosotros, pues no hace mucho se ha publicado en español un importante trabajo suyo análogo al libro de que hoy voy á dar cuenta, acerca de *Los derechos de las mujeres y el matrimonio*. El profesor de Ginebra es un decidido defensor de los derechos de la mujer, y á conseguir la propaganda de muchas de las más capitales soluciones del llamado feminismo, viene consagrando su pluma. En el volumen que motiva estas líneas continúa esta noble campaña propagandista, hoy tan en auge en todos los países cultos, y llamada, sin duda, á obtener muy señalados

é importantísimos triunfos; ¿qué digo á obtener? en muchos Estados los ha obtenido ya, y en otros, la opinión imparcial se halla tan trabajada en el sentido feminista, que seguramente no está lejos el día en que tales triunfos se verifiquen.

Como su mismo título—*Miscelánea feminista*—indica, no se trata de un trabajo sistemático, ordenado. El volumen del Sr. Bridel comprende una serie de estudios distintos, pero que, sin embargo, tienen algo de común que hace de ellos un conjunto homogéneo hasta cierto punto: como el mismo autor dice, lo que constituye la unidad de los diversos trabajos, es que en todos se trata de *Los derechos de la mujer*, y que todos han sido escritos desde un punto de vista *reformista*.

Por lo demás, los diferentes trabajos del libro del profesor Bridel tienen un doble carácter: son trabajos á la vez de jurista y de sociólogo. Las cuestiones que en ellos se ventilan son unas de índole predominantemente jurídica, y otras de índole señaladamente social. Trata, en efecto, el distinguido publicista de los derechos de la mujer en la familia, de la incapacidad de la mujer en materia de tutela y de testimonio, de la reforma de la condición legal de las mujeres, de las dos morales y de la compleja cuestión, tan jurídica y tan social al propio tiempo, de la prostitución. Este es quizá el trabajo más interesante de todos, porque, sin duda, el problema que entraña es de todos el más grave y el que doquier reclama con mayor urgencia una solución menos vergonzosa y más humana que la que suelen ordenar las legislaciones sobre las costumbres en los Estados que por más cultos y cristianos se tienen.

A. POSADA.

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL
ATENEU BARCELONÉS

Procedimiento electoral en España.—Proyecto de Ley electoral por R. Andreu y Serra; un vol., 191 págs.—Barcelona 1897.—Su precio 2,50 pesetas.

Redactado este trabajo del Sr. Andreu y Serra para concurrir á un certamen científico-literario del *Ateneo Graciense*, obtuvo el premio. El lema del concurso, desenvuelto en esta Memoria, es de los más interesantes que en España pueden abordarse con relación á la vida y organización del Estado y del Gobierno. Notorio es, que una de las funciones en que se revela con más fuerza nuestro atraso político, la falta de moralidad social y la carencia casi absoluta de fuentes sinceras por donde manifestarse la opinión pública, es la función electoral. Los escándalos, las iniquidades, los chanchullos que se perpetran entre nosotros en las elecciones, y que hacen de España una excepción tristísima en Europa, son de tal calibre, que pocos problemas pueden ofrecerse á la consideración del político y del sociólogo, tan interesantes como el que supone la vida electoral, vida de mentira, de engaño y de inmoralidad. Bien ha hecho, pues, el Sr. Andreu en dedicar su tiempo á investigar la naturaleza del mal que las prácticas electorales al uso suponen, y en esforzarse por buscar é indicar algunos remedios.

La Memoria del ilustrado publicista puede en rigor dividirse en dos partes; la primera es puramente doctrinal y crítica, con sus antecedentes históricos indispensables. La segunda comprende un proyecto de ley electoral. En la primera se comienza haciendo una exposición ó resumen histórico del procedimiento electoral en España; luego se resume (con mucha claridad por cierto) el procedimiento electoral vigente entre nosotros, para después estudiar las causas de la inmoralidad que se observa en el ejercicio del procedimiento electoral y los medios prácticos de corregir los vicios de dicho procedimiento. El proyecto de la ley electoral condena naturalmen-

te estos medios, formulados articuladamente, para que el legislador pueda aceptarlo y adaptarlo con facilidad.

Si hubiéramos de criticar con algún detenimiento la Memoria del Sr. Andreu, no resultaría la tarea demasiado ingrata, porque desde luego empezaríamos por reconocer que el Sr. Andreu ha estudiado con cariño el asunto y revela no escasa competencia en materia que, no por estar muy trillada, deja de tener sus dificultades. Además, consignaríamos con gusto que el distinguido autor ha estado bastante feliz al señalar muchas de las causas de la inmoralidad electoral, y al destruir no pocos de sus vicios; y aplaudiríamos, por lo bien orientadas, algunas de sus ideas acerca de la índole del voto. Pero la imparcialidad nos impondría mucha reserva en cuanto á la apreciación doctrinal del valer y eficacia de la reforma que propone como medida salvadora y acerca del alcance práctico de las modificaciones incluídas en el proyecto de ley. No se trata allí, en verdad, de grandes novedades, ni se pueden considerar el voto obligatorio, ni la elección indirecta, ni menos la votación por clases, como medidas que ni de lejos ni de cerca moralicen el sufragio. Y no es que yo desconozca que á veces da á esa y á otras medidas análogas ese alcance; pero aunque así sea, preciso es ir pensando en que por tales caminos sólo puede conseguirse un cambio de postura; la moralización del sufragio, si puede conseguirse, ha de ser mediante otro género de reformas más internas y de más difícil aplicación: como que no hay articulado de ley que pueda contenerlas.

A. POSADA.

OBRAS NUEVAS

- Aranceles de Aduanas para la isla de Cuba, autorizados por Real decreto de 8 de Agosto de 1897. En 4.º, 407 págs.: 3 pesetas.
- Alcázar (J. de).—Historia de los dominios españoles en Oceanía. Filipinas. En 8.º, vi-190 págs.: 5 pesetas.
- Alvarez Vega (J.).—Harmonías entre lo sensible y lo suprasensible. En 8.º, 510 págs.: 5 pesetas.
- Aller y Vicente (J.).—Costas y fronteras españolas. En 8.º, xvii-334 páginas: 2 pesetas.
- Anacreonte.—Odas de Anacreonte, traducidas al gallego por Florencio Vahamonde. En 16.º, xvi-159 páginas.
- Arniches (C.), Lucio (C.) y Pardo (J.).—El plan de Ataque, zarzuela cómica en un acto. En 8.º, 37 páginas: 1 peseta.
- Arozena (M.).—Chispazos y perfiles. En 12.º, 207 págs.: 1,50 pesetas.
- Ascarza (V. F.) y Solana (E.).—Colección de problemas de aritmética. En 8.º menor, 176 págs.: 1,50 pesetas.
- Asociación de dependientes del comercio de la Habana. Demostración pormenorizada del producto de la suscripción popular llevada á cabo por esta Asociación: trabajos realizados para la adquisición de la lancha cañonera de vapor *El Dependiente*, y cuenta justificada de la inversión de la misma. En 8.º, 276 págs. y una lámina.
- Blasco (E.).—Corazonadas. Nuevas poesías. En 12.º, x-218 págs.: 2,50 pesetas.
- Boletín de la Real Academia de la Historia. Tomo XXXI. Cuaderno IV. Octubre de 1897. (Páginas 157 á 352): 1,25 pesetas.
- Burgas (J.).—Íntimas vulgares. (Cosas nuevas). En 8.º, 91 págs.: 1 peseta.
- Cervera y Royo (A.).—Contestaciones sumarias á los programas de Gramática castellana. En 8.º, 552 páginas: 8 pesetas.
- Clemente y Guerra (L.).—Discurso leído en la Universidad de Valladolid. En 4.º, 70 páginas.
- Tema:* De las necesidades más sentidas en el Profesorado y de las reformas que más imperiosamente reclama la actual organización de las Universidades españolas.
- Obras completas de D. Angel de Saavedra, duque de Rivas. Tomo III. El moro expósito. En 8.º, xxxiv-548 págs.: 5 pesetas.
- Coll (Fr. J.).—El voto de ánimas. En 8.º, 306 págs.: 75 céntimos.

- Correa (F.)—Miscelánea matemática. Teoremas, problemas y aplicaciones. En 4.º, xv-201 páginas: 5 pesetas.
- Crespo y Ortega (G.)—Diccionario poético de la infancia, En 12.º, 88 páginas: 1 peseta.
- Daunis y Casanovas (J.)—Cuaderno para las cabidas y dimensiones de los envases de forma circular. En 8.º, 15 págs.: 1,50 pesetas.
- Delgado y Martín (E.)—La renta de tabacos, En 4.º, 805 págs.: 12,50 pesetas.
- Echegaray (M.)—La viejecita, zarzuela cómica. En 8.º menor, 49 páginas: 1 peseta.
- Escolano Marí (S.)—Crisálidas (cuentos). En 2.º, 128 págs.: 50 céntimos.
- Franco Fernández (F.)—Prosa y versos, con un prólogo de D. Rafael Serrano Alcázar. En 8.º, xvi-127 págs.: 1 peseta.
- García de la Riega (C.)—*La Gallega*, nave capitana de Colón en el primer viaje de descubrimientos. En 4.º, viii-199 págs.: 2 pesetas.
- García Quintana (M.)—Derechos y deberes arreglados á la Constitución y al Código. En 8.º, xv-82 páginas: 60 céntimos.
- Gil Maestre (M.)—Los problemas del trabajo y del socialismo. En 8.º, 210 págs.: 1 peseta.
- Gómez Quintana (I.)—Apuntes ne-erológico-biográficos de los lidiadores muertos á consecuencia de cogidas desde 1771 hasta nuestros días. En 12.º, 66 págs.; 50 céntimos.
- Guimerá (A.) y Parellada (P.)—La Basilia, sainete en un acto y en prosa. En 8.º, 38 págs.: 50 céntimos.
- Gullón y Terán (E.) y Curros Ca-
- pua (R.)—Manolita la prendera, zarzuela cómica en un acto. En 8.º, 36 págs.: 1 peseta.
- Gutiérrez Gamero (E.)—Sitilla, novela. En 8.º, 345 págs.: 3,50 pesetas.
- Haebler (K.)—The early printers of Spain and Portugal by Konrad Haebler. London. En 4.º may., 4 hoj. prels., 165 págs., 33 hojas de reproducciones y una con el escudo de la imprenta.
- Illustrated Monography, núm. iv.
No se ha puesto á la venta.
- Idem.—Spanische und Portugiesische bucherzeichen des xv und xvi jahrhunderst. En fol. m. 2 hojas sin numeración xl páginas y XLVI hoj. de láminas, precedidas de una anteportada.
- Die büchermarcken oder buchdrucker und verlegerzeichen.
- Ibarra y Rodríguez (E.)—Discurso leído en la apertura del curso de 1897 á 1898 en la Universidad de Zaragoza. En 4.º, 67 páginas.
- Tema: Progresos de la ciencia histórica en el presente siglo.
- Jaén Torres (C.)—Nueva guía indicadora de la ciudad de Elche (provincia de Alicante). En 12.º, 15 páginas: 10 céntimos.
- Jiménez Prieto (D.)—La torre de Babel, zarzuela cómica en un acto. En 8.º mayor, 54 págs.: 1 peseta.
- Jimeno Ajius (L.)—Naderías. Colección de artículos sobre asuntos gramaticales. En 4.º, 243 páginas: 2 pesetas.
- Labra (R. M. de.)—Historia de las relaciones internacionales de España. En 4.º, 48 págs.: 1 peseta.
- Lemasi (J.)—El libro del estudiante en la Universidad Central. En 8.º, 297 págs.: 2 pesetas.

- López (R.)—El grano de mostaza. Artículos de oposición. En 8.º prolongado, 149 págs.: 75 céntimos.
- Manjón (A.)—Discurso leído en la apertura del curso de 1897 á 1898 en la Universidad de Granada. En 4.º, 48 páginas.
Tema: Condiciones pedagógicas de una buena educación, y cuáles nos faltan.
- Mélida (J. R.)—Historia del arte griego. En 8.º mayor, 280 páginas: 4 pesetas.
- Millán y Villanueva (C.)—El gran problema en las islas Filipinas, planteado por *El Español*, periódico de Manila. En 4.º, 121 páginas: 1,50 pesetas.
- Montero Ríos (E.)—Restablecimiento de la unidad religiosa en los pueblos cristianos. Conferencias pronunciadas en la Escuela de estudios superiores del Ateneo de Madrid. En 8.º, 256 págs.: 3,50 pesetas.
- Moret y Perramón (N.)—Anselmo, drama en tres actos y en verso, original. En 8.º, 73 págs.: 2 pesetas.
- Munilla (A.) y Ferreiro (L.)—La primera vara, zarzuela. En 8.º mayor, 40 págs.: 1 peseta.
- Núñez Sampelayo (A.)—Discurso leído en la Universidad de Salamanca en la inauguración del curso de 1897 á 1898. En 4.º, 53 páginas.
Tema: Destino de la mujer con relación á sus condiciones sociales y fisiológicas.
- Pagés y Bori (M.)—Completo manual del contramaestre. En 4.º, 183 págs.: 5 pesetas.
- Pastor de la Rosa (J.)—Conocimiento para la instrucción de las clases é individuos de tropa de la Guardia civil. En 8.º, 223 páginas: 2,25 pesetas.
- Pedrel (F.)—Hisponiae schola musica sacra. Opera varia (sæcul. xv, xvi, xvii et xviii) diligenter experta. Vol. VII, Antonius A. Cabezón. En fol., VIII-75 páginas: 8,50 pesetas.
Tomos por separado á 12 y 12,50 pesetas.
- Pellicer (J.)—Pinceladas. En 8.º, 182 págs.: 4 pesetas.
- Pereyra de Armas (M.)—Tipos de mi tierra. Estudios del natural. En 8.º, xvi-197 págs.: 2,50 pesetas.
- Pérez (R.)—La Compañía de Jesús en Colombia y Centro-América después de su restauración. *Segunda parte.* Desde el establecimiento de la Compañía en Guatemala, en 1851, hasta su segunda expulsión de la Nueva Granada, en 1861. En 4.º, 436 págs. Láminas: 8 pesetas.
- Pérez Barreiro (R.)—Gramática castellana razonada según los actuales conocimientos lingüísticos. En 4.º, 391 págs.: 8 pesetas.
- Pérez Gayoso (J.) y Pérez Alvarez (R.)—Enciclopedia político-administrativa. En 4.º, 134 págs.: 5 pesetas.
- Pérez y González (F.)—Peccata minuta, versos. En 12.º, 181 páginas: 50 céntimos.
- Pineda (Rafael).—Viajes marítimos de exploración científica en el siglo XIX. En 8.º, 54 págs.: 1 peseta.
- Prieto (E.)—Escuela musical, zarzuela en un acto. En 8.º menor, 43 págs.: 1 peseta.
- Pruebas (Las) del linaje humano. Auto sacramental, nuevo, publi-

- cado por Léo Rouanet. En 8.º, xi-95 págs.: 3 pesetas.
- Relaciones geográficas de Indias. Publicalas el ministerio de Fomento. *Perú. Tomo III.* En folio, xl-276 págs. y cxxv de apéndices: 15 pesetas.
- Repullés y Vargas (E. M.)—Escuela de Ingenieros de minas de Madrid y Laboratorio de Gómez Pardo. En folio, 36 págs. y siete láminas en fototipia y tres de planos: 12,50 pesetas.
- Rodríguez Huertas (J.)—Mnemocencia ó arte de auxiliar á la memoria. En 12.º, 56 págs., 70 cénts.
- Rodríguez-Jaén (J.)—La noche de San Silvestre ó un Cid de guardarropía. En 8.º, 35 págs.: 1 peseta.
- Roldán y Vizcaíno (F.)—Estudio estratégico de la Península Ibérica desde el punto de vista del ingeniero. En 4.º, 311 págs. y tres mapas: 10 pesetas.
- Rubio Argüelles (J.)—Discurso leído en la Universidad de Sevilla en la inauguración del curso de 1897 á 1898. En 4.º mayor, 35 páginas.
- Tema:* Algunos consejos á la mujer.
- Salvador y Rodrigáñez (A.)—Sobre la perspectiva. En 4.º, 141 páginas: 5 pesetas.
- Sanz Romo (M.)—Manual de gimnástica higiénica y juegos escolares. En 8.º, 318 págs.: 4 ptas.
- Soldevilla Carrera (M.)—La infancia y la criminalidad. En 4.º, 240 páginas: 50 céntimos.
- Suárez de Figueroa (R.)—La gloria póstuma; novela psíquico-social. En 4.º, 328 págs.: 8 pesetas.
- Tarín y Juaneda (F.)—La Real Cartuja de Miraflores (Burgos). Su historia y descripción. En 4.º, 624 págs. con láminas y planos: 6,50 pesetas.
- Idem.—La Cartuja de Porta-Coeli (Valencia). En 8.º, viii-324 páginas: 2 pesetas.
- Tortosa y Picón (M.)—Nociones de geografía natural y humana. *Primera parte.* En 8.º, 204 páginas. (Las dos partes): 5 pesetas.
- Torre de Trassierra (G. de la).—Cuéllar. *Segunda parte.* En 8.º, 308 y xxxix págs.: 7 pesetas.
- Ureña y Semejaud (R. de).—Sumario de las lecciones de historia crítica de la literatura jurídica española. En 4.º, *Cuaderno I*, 26 páginas. La obra completa constará de seis cuadernos: 20 pesetas en provincias.
- Urios y Gras (E.)—Discurso leído en la apertura del curso de 1897 á 1898 en la Universidad de Oviedo. En 4.º, 18 páginas.
- Valdivia (L. de).—Nueve sermones en lengua de Chile. En folio, 73 páginas de la *Bibliografía* y 77 de los *Sermones*: 15 pesetas.
- Vázquez (L.)—Reglamento para las corridas de toros. En 32.º, 36 páginas: 25 céntimos.
- Vázquez y Rodríguez (L.)—Agenda taurina. *Año III.* En 12.º, 89 páginas: 1 peseta.
- Vergara y Velasco (F. J.)—1818 (Guerra de la Independencia). Bogotá, imprenta Nacional, 1897. En 8.º, xiv-272 págs.: 4,50 ptas.
- Victory (A.)—Memorandum del oficial de Estado Mayor en campaña y en grandes maniobras. En 8.º, 630 págs. Tela: 7 pesetas.
- Vilanova (E.)—Quadros. En 8.º, 117 págs.: 50 céntimos.
- Colección selecta catalana. Tomo I*
- Vilus (R. A.)—El ángel de Chile al Congreso argentino. En 8.º. 49 ps.

INDICE

por orden alfabético de autores de los artículos
publicados en «La España Moderna»
durante el año 1897.

- ALZOLA (Pablo de).—*Propaganda regional en España*: Junio, pág. 32; Julio, pág. 83; Agosto, pág. 89; Septiembre, pág. 93; Octubre, página 56.
- ANÓNIMO.—*Obras nuevas*: Enero, pág. 205; Febrero, pág. 205; Marzo, página 205; Abril, pág. 206; Mayo, pág. 196; Junio, pág. 203; Julio, página 203; Agosto, pág. 197; Septiembre, pág. 205; Octubre, pág. 205; Noviembre, pág. 205; Diciembre, pág. 197.
- ARAUJO Y SANCHEZ (Ceferino).—*Palmaroli y su tiempo*: Septiembre, página 121; Octubre, pág. 91; Noviembre, pág. 66.
- ARIAS DE VELASCO (J.).—*Notas bibliográficas*: Junio, pág. 193.
- ART (G.).—*Los archimillonarios americanos*: Enero, pág. 169.—*Los clubs femeninos en Londres*: Septiembre, pág. 169.
- ASENSIO (José María).—*El teatro de D. Manuel Bretón de los Herreros*: Enero, pág. 79.
- AZCÁRATE (G. de).—*Un libro sobre el problema social*: Marzo, pág. 53.
- BONNAL DE GANGES *Los impuestos y la Hacienda en España, desde Felipe III á Carlos II*: Febrero, pág. 113.
- CASTELAR (Emilio).—*Crónica internacional*: Enero, pág. 115; Febrero, pág. 182; Marzo, pág. 176; Abril, pág. 168; Mayo, pág. 177; Junio, página 168; Julio, pág. 169; Agosto, pág. 161; Septiembre, pág. 178; Octubre, pág. 175; Noviembre, pág. 185; Diciembre, pág. 171.
- CAZE (D. L.).—*El telégrafo sin hilos*: Julio, pág. 151.
- COURRIERE (C.).—*Las escuelas en Rusia*: Enero, pág. 180.
- DORADO (P.).—*Notas bibliográficas*: Enero, págs. 194 y 200.—*Misión de la justicia en el porvenir*: Abril, pág. 87.—*Notas bibliográficas*: Mayo, pág. 193; Junio, pág. 196; Julio, págs. 196 y 200; Agosto, pág. 192; Octubre, pág. 203.—*El discurso de apertura de los Tribunales y la Memoria del Fiscal del Supremo*: Noviembre, pág. 49.—*Notas bibliográficas*: Noviembre, pág. 201.

- ECHEGARAY (José).—*Recuerdos*: Enero, pág. 63; Abril, pág. 71.
- ERNEST (Charles).—*Nota bibliográfica*: Mayo, pág. 192.
- ESCRICHE (Tomás).—*Proyecto de un plan de estudios de segunda enseñanza*: Mayo, pág. 107.
- FAGUET (Emilio).—*Victor Hugo y Sainte-Beuve*: Enero, pág. 159.—*Mérimée y su confidente*: Noviembre, pág. 162.
- FARIAS (Rafael).—*Cartas de tierras lejanas; Aden*: Febrero, pág. 22.
- FUGAIRON (Juan).—*El descubrimiento de la Venus de Milo*: Diciembre, pág. 53.
- GÓMEZ DE BAQUERO (Eduardo).—*Crónica literaria*: Enero, pág. 101; Febrero, pág. 135; Marzo, pág. 163; Abril, pág. 122; Mayo, pág. 127; Junio, pág. 90; Julio, pág. 120; Agosto, pág. 148; Septiembre, pág. 155; Octubre, pág. 131; Noviembre, pág. 146; Diciembre, pág. 132.
- IGLESIAS (Pablo).—*El partido socialista en España*: Mayo, pág. 23.
- JACQUEMIM (Miguel).—*El jardín de Alfonso Karr*: Diciembre, pág. 145.
- KAETHE SCHIRMACHER.—*El feminismo en la Universidad de Zurich*: Abril, pág. 136.
- LACROIX (Alberto).—*Recuerdos de un editor; Lamartine*: Enero, página 142.
- LÁZARO E IBIZA (Blas).—*Nota bibliográfica*: Abril, pág. 202.
- LUBBOCK (Sir John).—*El empleo de la vida*: Abril, pág. 146; Mayo, página 137; Junio, pág. 102; Julio, pág. 133.
- MALET (Alberto).—*Mazarino y D. Luis de Haro*: Marzo, pág. 157.
- MÉLIDA (José Ramón).—*Ávila (iglesias románicas)*: Junio, pág. 73; *Las últimas adquisiciones del Museo Arqueológico.—Leyes hispano-romanas grabadas en bronce*: Septiembre, pág. 77; *D. Ceferino Araujo y Sánchez*: Diciembre, pág. 114.
- MENÉNDEZ Y PELAYO (M).—*Nueva biografía del abate Marchena*: Febrero, pág. 36.
- MÉRIMÉE (Próspero).—*La Venus de Ille*: Febrero, pág. 149.
- MÜNTZ (Eugenio).—*Una nueva historia del Papado, en tiempo de Alejandro IV y de Julio II*: Noviembre, pág. 173.
- NEERA.—*Teresa (novela)*: Julio, pág. 5; Agosto, pág. 5; Septiembre, página 5.
- OLMEDILLA Y PUIG (Joaquín).—*Historia del pan*: Marzo, pág. 71; *Curiosidades acerca de la invención de la pólvora*: Agosto, pág. 113.—*Historia del hierro é importancia social y científica de este metal*: Diciembre, pág. 94.
- PALACIOS (Leopoldo).—*Notas bibliográficas*: Enero, pág. 192; Mayo, página 188.
- PARDO BAZÁN (Emilia).—*El saludo de las brujas*: Enero, pág. 5; Febrero, pág. 5; Marzo, pág. 5; Abril, pág. 5; Mayo, pág. 5; Junio, pág. 5.—*Escritores franceses contemporáneos: Eduardo Rod*: Diciembre, página 57.
- POSADA (Adolfo).—*Notas bibliográficas*: Enero, pág. 190 y 196; Febrero, pág. 202.—*Progresos del feminismo*: Marzo, pág. 91.—*Notas biblio-*

- gráficas*: Marzo, pág. 199; Abril, pág. 200; Junio, pág. 195; Julio, página 198; Agosto, pág. 195; Septiembre, pág. 201; Octubre, pág. 200; Noviembre, pág. 203; Diciembre pág. 191.
- RÍOS DE LAMPÉREZ (Blanca de los).—*Algunas observaciones sobre el Quijote de Avellaneda*: Mayo, pág. 37.—*De vuelta de Salamanca*: Junio, pág. 52.—*Algunas observaciones sobre el Quijote de Avellaneda*: Noviembre, pág. 84.
- RIZZO Y ALMELA (Felipe).—*Marruecos*: Julio, pág. 107.
- ROD (Eduardo).—*El silencio* (novela): Octubre, pág. 5; Noviembre, página 5; Diciembre, pág. 5.
- SELA (A.).—*Notas bibliográficas*: Marzo, pág. 197.
- SOLDADO VIEJO (Un).—*Aventuras y desventuras de un soldado viejo, natural de Borja*: Enero, pág. 47; Febrero, pág. 92; Marzo, pág. 32; Abril, pág. 37; Mayo, pág. 90.
- SPRONCK (Mauricio).—*Anatolio France en la Academia Francesa*: Julio, pág. 163.
- STRAUSS (Pablo).—*Los niños mártires*: Octubre, pág. 159.
- TAINÉ (H.).—*Una vuelta por Inglaterra*: Agosto, pág. 130.—*España en 1679, según Mad. D'Aulnoy*: Septiembre, pág. 143; Octubre, página 114.
- TARDE (G.).—*Briznas de ideas*: Diciembre, pág. 166.
- TORRES CAMPOS (R.).—*Nota bibliográfica*: Octubre, pág. 197.
- TURGUENEFF (Ivan).—*Khor y Kalinych: Siervos rusos en los campos*: Marzo, pág. 138.
- VALMAR (Marqués de).—*Cleopatra*: Julio, pág. 67; Agosto, pág. 71.
- VALERA (Juan).—*El superhombre con ocasión del libro del Sr. D. Pompeyo Gener, titulado Amigos y Maestros*: Diciembre, pág. 71.
- YERGATE (Tigranes).—*Los millonarios griegos*: Octubre, pág. 141.

INDICE

	<u>Págs.</u>
<i>El silencio, novela (conclusión), por Eduardo Rod.....</i>	5
<i>Escritores franceses contemporáneos: Eduardo Rod, por Emilia Pardo Bazán.....</i>	57
<i>El Superhombre, con ocasión del libro del Sr. D. Pompeyo Gener, titulado Amigos y maestros, por Juan Valera.....</i>	71
<i>Historia del hierro, é importancia social y científica de este metal, por Joaquín Olmedilla y Puig.....</i>	94
<i>Don Ceferino Araujo Sánchez, por José Ramón Mélida.....</i>	114
<i>Crónica literaria, por E. Gómez de Baquero.....</i>	132
<i>La prensa internacional: El jardín de Alfonso Karr, por Miguel Jacquemin.—El descubrimiento de la Venus de Milo, por Juan Fugairón.—Briznas de ideas, por G. Tarde.....</i>	145
<i>Crónica internacional, por Emilio Castelar.....</i>	171
<i>Notas bibliográficas, por A. Posada.....</i>	191
<i>Obras nuevas.....</i>	197
<i>Índice, por orden alfabético de autores, de los artículos publicados en LA ESPAÑA MODERNA durante el año 1897.....</i>	201